UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

CUENTOS Y DIÁLOGOS

94

Es propiedad de sus Editores.

Eablecimiento tipográfico de FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª,
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los
Sermos. Sres. Infantes Duques de Montpensier,
Tetuan 24.

5
V.162.CU

JUAN VALERA

CUENTOS Y DIÁLOGOS

MADRID
MENDEZ Y CARDEVILLE

SEVILLA: 1882

FRANCISCO ALVAREZ Y C.ª, EDITORES
Tetuan 24.

21181
23/1/92

Al Excmo. Sr.

D. Enrique R. de Saavedra, Duque de Rivas.

Mi querido amigo: Bien hubiera querido yo escribir algo nuevo expresamente para dedicárselo á V., pero mi pobre ingenio está marchito y seco desde hace dos ó tres años, y empiezo á perder toda esperanza de que reverdezca y vuelva á florecer algun dia.

En tan desengañada situacion y urgiéndome pagar la deuda de la lindísima *fantasía* que tuvo V. la bondad de dedicarme, me decido á dedicar á V. esta coleccion de Cuentos y Diálogos, que, si bien publicados ántes aisladamente, salen hoy por vez primera reunidos en un tomo.

Ahí van *Parsondes*, que V. tanto celebra; *El pájaro verde*, cuento vulgar que me contó con singular talento su señora madre de usted y que yo no he hecho sino poner por escrito, procurando competir con Perrault, Andersen y Musaus; *El bermejino prehistórico*, que yo encuentro gracioso en fuerza de ser disparatado; y los diálogos de *Asclepigenia* y *Gopa*, el primero de los cuales sigo creyendo que es lo más elegante y discreto, ó si se quiere lo ménos tonto, que he escrito en mi vida.

Acoja V. con benignidad estas obrillas ligeras, sobre las cuales nada más se me ocurre que decir, pues las escribí sin intencion de enseñar y sólo con el fin de pasar el tiempo y de ver si lograba divertirme yo y divertir tambien á quien me leyese.

Lo primero lo he conseguido. ¿Por qué no confesarlo? Como me quiero bien, me rio á mí mismo las gracias. Así es que CUENTOS Y DIÁLOGOS me han encantado al escribirlos y áun al leerlos y releerlos despues de escritos. Ya esto es bastante triunfo, aunque el en-

canto de la diversion no pase de mí ni se transmita á otros. Harto lo sentiré, pero me consolaré imaginando, porque el amor propio es muy sutil inventor, que si no me rien las gracias los demás es porque las tales gracias están disimuladas y escondidas en el texto, y así no las ve quien no le penetra y ahonda. Yo procuraré, en otra ocasion, poner las gracias, si las tengo, algo más superficiales. Entretanto, conténtese V. ó mejor dicho no se disguste con esto que le dedico, pues bien sé yo que, si vale algo y si tiene chiste, V. habrá de hallarle, sin que tenga yo necesidad de indicar dónde está lo chistoso para que V. lo ria.

Créame V. siempre su buen amigo

J. Valera.

Lisboa 20 de Febrero de 1882.

EL PÁJARO VERDE

I.

Hubo, en época muy remota de esta en que vivimos, un poderoso Rey, amado con extremo de sus vasallos, y poseedor de un fertilísimo, dilatado y populoso reino, allá en las regiones de Oriente. Tenía este Rey inmensos tesoros y daba fiestas espléndidas. Asistían en su corte las más gentiles damas y los más discretos y valientes caballeros que entónces había en el mundo. Su ejército era numeroso y aguerrido. Sus naves recorrían como en triunfo el Océano. Los parques y jardines, donde solía cazar y holgarse, eran maravillosos por su grandeza y frondosidad, y por la copia de alimañas y de aves que en ellos se alimentaban y vivían.

Pero ¿qué diremos de sus palacios y de lo que en sus palacios se encerraba, cuya magnificencia excede á toda ponderacion? Allí muebles riquísimos, tronos de oro y de plata, y vajillas de porcelana, que era entónces ménos comun que ahora; allí enanos, jigantes, bufones y otros monstruos para solaz y entretenimiento de S. M.; allí cocineros y reposteros profundos y eminentes, que cuidaban de su alimento corporal, y allí no ménos profundos y eminentes filósofos, poetas y jurisconsultos, que cuidaban de dar pasto á su espíritu, que concurrían á su consejo privado, que decidían las cuestiones más árduas de derecho, que aguzaban y ejercitaban el ingenio con charadas y logogrifos, y que cantaban las glorias de la dinastía en colosales epopeyas.

Los vasallos de este Rey le llamaban con razon *el Venturoso.* Todo iba de bien en mejor durante su reinado. Su vida había sido un tejido de felicidades, cuya brillantez empañaba solamente con negra sombra de dolor la temprana muerte de la señora Reina, persona muy cabal y hermosa á quien S. M. había querido con todo su corazon. Imagínate, lector, lo que la lloraría, y más habiendo sido él, por el mismo acendrado cariño que le tenía, causa inocente de su muerte.

Cuentan las historias de aquel país que ya llevaba el Rey siete años de matrimonio sin lograr sucesion, aunque vehementemente la deseaba, cuando ocurrieron unas guerras en país vecino. El Rey partió con sus tropas; pero ántes se despidió de la señora Reina con mucho afecto. Esta, dándole un abrazo, le dijo al oido:—No se lo digas á nadie para que no se rían si mis esperanzas no se logran, pero me parece que estoy en cinta.

La alegría del Rey con esta nueva no tuvo límites, y como todo le sale bien al que está alegre, él triunfó de sus enemigos en la guerra, mató por su propia mano á tres ó cuatro reyes que le habían hecho no sabemos qué mala pasada, asoló ciudades, hizo cautivos, y volvió cargado de botin y de gloria á la hermosa capital de su monarquía.

Habían pasado en esto algunos meses; así es que al atravesar el Rey con gran pompa la ciudad, entre las aclamaciones y el aplauso de la multitud y el repiqueteo de las campanas, la Reina estaba pariendo, y parió con felicidad y facilidad, á pesar del ruido y agitacion y aunque era primeriza.

¡Qué gusto tan pasmoso no tendría S. M. cuando, al entrar en la real cámara, el coma-

dron mayor del reino le presentó á una hermosa princesa que acababa de nacer! El Rey dió un beso á su hija y se dirigió lleno de júbilo, de amor y de satisfaccion, al cuarto de la señora Reina, que estaba en la cama tan colorada, tan fresca y tan bonita como una rosa de Mayo.

—¡Esposa mia!—exclamó el Rey, y la estrechó entre sus brazos. Pero el Rey era tan robusto y era tan viva la efusion de su ternura, que sin más ni ménos ahogó sin querer á la Reina. Entónces fueron los gritos, la desesperacion y el llamarse á sí propio animal, con otras elocuentes muestras de doloroso sentimiento. Mas no por esto resucitó la Reina, la cual, aunque muerta, estaba divina. Una sonrisa de inefable deleite se diría que aún vagaba sobre sus labios. Por ellos, sin duda, había volado el alma envuelta en un suspiro de amor, y orgullosa de haber sabido inspirar cariño basbante para producir aquel abrazo. ¡Qué mujer verdaderamente enamorada no envidiará la suerte de esta Reina!

El Rey probó el mucho cariño que le tenía, no sólo en vida de ella, sino despues de su muerte. Hizo voto de viudez y de castidad perpétuas, y supo cumplirle. Mandó componer á

los poetas una corona fúnebre, que áun dicen que se tiene en aquel reino como la más preciosa joya de la literatura nacional. La corte estuvo tres años de luto. Del mausoleo que se levantó á la Reina sólo fué posteriormente el de Caria un mezquino remedo.

Pero como, segun dice el refran, no hay mal que dure cien años, el Rey, al cabo de un par de ellos, sacudió la melancolía, y se creyó tan venturoso ó más venturoso que ántes. La Reina se le aparecía en sueños, y le decía que estaba gozando de Dios, y la Princesita crecía y se desarrollaba que era un contento.

Al cumplir la Princesita los quince años, era, por su hermosura, entendimiento y buen trato, la admiracion de cuantos la miraban y el asombro de cuantos la oían. El Rey la hizo jurar heredera del trono, y trató luégo de casarla.

Más de quinientos correos de gabinete, caballeros en sendas cebras de posta, salieron á la vez de la capital del reino con despachos para otras tantas córtes, invitando á todos los príncipes á que viniesen á pretender la mano de la Princesa, la cual había de escoger entre ellos al que más le gustase.

La fama de su portentosa hermosura había recorrido ya el mundo todo; de suerte que,

apénas fueron llegando los correos á las diferentes córtes, no había príncipe, por ruin y para poco que fuese, que no se decidiera á ir á la capital del *Rey Venturoso,* á competir en justos, torneos y ejercicios de ingenio por la mano de la Princesa. Cada cual pedía al Rey su padre armas, caballos, su bendicion y algun dinero, con lo cual al frente de una brillante comitiva, se ponía en camino.

Era de ver cómo iban llegando á la corte de la Princesita todos estos altos señores. Eran de ver los saraos que había entónces en los palacios reales. Eran de admirar, por último, los enigmas que los príncipes se proponían para mostrar la respectiva agudeza; los versos que escribían; las serenatas que daban; los combates del arco, del pugilato y de la lucha, y las carreras de carros y de caballos, en que procuraba cada cual salir vencedor de los otros y ganarse el amor de la pretendida novia.

Pero ésta, que á pesar de su modestia y discrecion, estaba dotada, sin poderlo remediar, de una índole arisca, descontentadiza y desamorada, abrumaba á los príncipes con su desden, y de ninguno de ellos se le importaba un ardite. Sus discreciones le parecían frialdades, simplezas sus enigmas, arrogancia sus rendimientos

y vanidad ó codicia de sus riquezas el amor que le mostraban. Apénas se dignaba mirar sus ejercicios caballerescos, ni oir sus serenatas, ni sonreir agradecida á sus versos de amor. Los magníficos regalos, que cada cual le había traido de su tierra, estaban arrinconados en un zaquizamí del regio alcázar.

La indiferencia de la Princesa era glacial para todos los pretendientes. Sólo uno, el hijo del Kan de Tartaria, había logrado salvarse de su indiferencia para incurrir en su odio. Este Príncipe adolecía de una fealdad sublime. Sus ojos eran oblícuos, las mejillas y la barba salientes, crespo y enmarañado el pelo, rechoncho y pequeño el cuerpo, aunque de titánica pujanza, y el genio intranquilo, mofador y orgulloso. Ni las personas más inofensivas estaban libres de sus burlas, siendo principal blanco de ellas el Ministro de Negocios extranjeros del *Rey Venturoso*, cuya gravedad, entono y cortas luces, así como lo detestablemente que hablaba el *sanscrito*, lengua diplomática de entónces, se prestaban algo al escarnio y á los chistes.

Así andaban las cosas, y las fiestas de la corte eran más brillantes cada dia. Los Príncipes, sin embargo, se desesperaban de no ser queridos; el *Rey Venturoso* rabiaba al ver que

su hija no acababa de decidirse; y ésta continuaba erre que erre en no hacer caso de ninguno, salvo del Príncipe tártaro, de quien sus pullas y declarado aborrecimiento vengaban con usura al famoso ministro de su padre.

II

Aconteció, pues, que la Princesa, en una hermosa mañana de primavera, estaba en su tocador. La doncella favorita peinaba sus dorados, largos y suavísimos cabellos. Las puertas de un balcon, que daba al jardin, estaban abiertas para dejar entrar el vientecillo fresco y con él el aroma de las flores.

Parecía la Princesa melancólica y pensativa y no dirigía ni una palabra á su sierva.

Ésta tenía ya entre sus manos el cordon con que se disponía á enlazar la áurea crencha de su ama, cuando á deshora entró por el balcon un preciosísimo pájaro, cuyas plumas parecían de esmeralda, y cuya gracia en el vuelo dejó absortas á la señora y á su sirvienta. El pájaro, lanzándose rápidamente sobre esta última, le

arrebató de las manos el cordon, y volvió á salir volando de aquella estancia.

Todo fué tan instantáneo que la Princesa apénas tuvo tiempo de ver al pájaro, pero su atrevimiento y su hermosura le causaron la más extraña impresion.

Pocos dias despues, la Princesa, para distraer sus melancolías, tejía una danza con sus doncellas, en presencia de los Príncipes. Estaban todos en los jardines y la miraban embelesados. De pronto sintió la Princesa que se le desataba una liga, y suspendiendo el baile, se dirigió con disimulo á un bosquecillo cercano para atársela de nuevo. Descubierta tenía ya S. A. la bien torneada pierna, había estirado ya la blanca media de seda, y se preparaba á sujetarla con la liga que tenía en la mano, cuando oyó un ruido de alas, y vió venir hácia ella el pájaro verde, que le arrebató la liga en el ebúrneo pico y desapareció al punto. La Princesa dió un grito y cayó desmayada.

Acudieron los pretendientes y su padre. Ella volvió en sí, y lo primero que dijo fué:—«Que me busquen al pájaro verde.... que me le traigan vivo.... que no le maten.... yo quiero poseer vivo al pájaro verde!»

Mas en balde le buscaron los Príncipes. En

balde, á pesar de lo mandado por la Princesa de que no se pensase en matar al pájaro verde, se soltaron contra él neblíes, sacres, gerifaltes y hasta águilas caudales, domesticadas y adiestradas en la cetrería. El pájaro verde no pareció ni vivo ni muerto.

El deseo no cumplido de poseerle atormentaba á la Princesa y acrecentaba su mal humor. Aquella noche no pudo dormir. Lo mejor que pensaba de los Príncipes era que no valían para nada.

Apénas vino el dia, se alzó del lecho, y en ligeras ropas de levantar, sin corsé ni miriñaque, más hermosa é interesante en aquel *deshabillé,* pálida y ojerosa, se dirigió con su doncella favorita á lo más frondoso del bosque que estaba á la espalda de palacio, y donde se alzaba el sepulcro de su madre. Allí se puso á llorar y á lamentar su suerte.—¿De qué me sirven, decía, todas mis riquezas, si las desprecio; todos los Príncipes del mundo, si no los amo; de qué mi reino, si no te tengo á tí, madre mia; y de qué todos mis primores y joyas, si no poseo el hermoso pájaro verde?-

Con esto, y como para consolarse algo, desenlazó el cordon de su vestido y sacó del pecho un rico guardapelo, donde guardaba un rizo de su madre, que se puso á besar. Mas apénas em-

pezó á besarle, cuando acudió más rápido que nunca el pájaro verde, tocó con su ebúrneo pico los labios de la Princesa, y arrebató el guardapelo, que durante tantos años había reposado contra su corazon, y en tan oculto y deseado lugar había permanecido. El robador desapareció en seguida, remontando el vuelo y perdiéndose en las nubes.

Esta vez no se desmayó la Princesa; ántes bien se paró muy colorada y dijo á la doncella:—Mírame, mírame los labios; ese pájaro insolente me los ha herido, porque me arden.

La doncella los miró y no notó picadura ninguna; pero indudablemente el pájaro había puesto en ellos algo de ponzoña, porque el traidor no volvió á aparecer en adelante, y la Princesa fué desmejorándose por grados, hasta caer enferma de mucho peligro. Una fiebre singular la consumía, y casi no hablaba sino para decir:—Que no le maten.... que me le traigan vivo.... yo quiero poseerle.

Los médicos estaban de acuerdo en que la única medicina para curar á la Princesa, era traerle vivo el pájaro verde. Mas ¿dónde hallarle? Inútil fué que le buscasen los más hábiles cazadores. Inútil que se ofreciesen sumas enormes á quien le trajera.

El *Rey Venturoso* reunió un gran congreso de sabios á fin de que averiguasen, so pena de incurrir en su justa indignacion, quién era y dónde vivía el pájaro verde, cuyo recuerdo atormentaba á su hija.

Cuarenta dias y cuarenta noches estuvieron lo sabios reunidos, sin cesar de meditar y disertar sino para dormir un poco y alimentarse. Pronunciaron muy doctos y elocuentes discursos, pero nada averiguaron.—Señor, dijeron al cabo todos ellos al Rey, postrándose humildemente á sus piés é hiriendo el polvo con las respetables frentes, somos unos mentecatos; haz que nos ahorquen; nuestra ciencia es una mentira: ignoramos quién sea el pájaro verde, y sólo nos atrevemos á sospechar si será acaso el ave fénix del Arabia.

—Levantaos, contestó el Rey con notable magnanimidad, yo os perdono y os agradezco la indicacion sobre el ave fénix. Sin tardanza saldrán siete de vosotros con ricos presentes para la reina de Sabá, y con todos los recursos de que yo puedo disponer para cazar pájaros vivos. El fénix debe de tener su nido en el país sabeo, y de allí habeis de traérmele, si no quereis que mi cólera regia os castigue aunque trateis de evitarla escondiéndoos en las entrañas de la tierra.

En efecto, salieron para el Arabia siete sabios de los más versados en lingüística, y entre ellos el Ministro de Negocios extranjeros, sobre lo cual tuvo mucho que reir el Príncipe tártaro.

Este príncipe envió tambien cartas á su padre, que era el más famoso encantador de aquella edad, consultándole sobre el caso del pájaro verde.

La Princesa, en el ínterin, seguía muy mal de salud y lloraba tan abundantes lágrimas, que diariamente empapaba en ellas más de cincuenta pañuelos. Las lavanderas de palacio estaban con esto muy afanadas, y como entónces ni la persona más poderosa tenía tanta ropa blanca como ahora se usa, no hacían más que ir á lavar al rio.

III

Una de estas lavanderas, que era, valiéndonos de cierta expresion á la moda, una *pollita muy simpática,* volvía un dia, al anochecer, de lavar en el rio los lacrimosos pañuelos de la Princesa.

En medio del camino, y muy distante aún de las puertas de la ciudad, se sintió algo cansada y se sentó al pié de un árbol. Sacó del bolsillo una naranja; y ya iba á mondarla para comérsela, cuando se le escapó de las manos y empezó á rodar por aquella cuesta abajo con singular ligereza. La muchachuela corrió en pos de su naranja; pero miéntras más corría, más la naranja se adelantaba, sin que jamás se parase y sin que ella llegase á alcanzarla en la carrera, si bien no la perdía de vista. Cansada

de correr, y sospechando, aunque poco experimentada en las cosas del mundo, que aquella naranja tan corredora no era del todo natural, la pobre se detenía á veces y pensaba en desistir de su empeño; pero la naranja al punto se detenía tambien, como si ya hubiese cesado en su movimiento y convidase á su dueño á que de nuevo la cogiese. Llegaba ella á tocarla con la mano, y la naranja se le deslizaba otra vez y continuaba su camino.

Embelesada estaba la lavanderilla en tan inaudita persecucion, cuando notó al fin que se hallaba en un bosque intrincado, y que la noche se le venía encima, oscura como boca de lobo. Entónces tuvo miedo, y rompió en desconsoladísimo llanto. La oscuridad creció rápidamente, y ya no le permitió ni ver la naranja, ni orientarse, ni dar con el camino para volverse atras.

Iba pues, vagando á la ventura, afligidísima y muerta de hambre y cansancio, cuando columbró no muy léjos unas brillantes lucecitas. Imaginó ser las de la ciudad; dió gracias á Dios, y enderezó sus pasos hácia aquellas luces. Pero ¡cúan grande no sería su sorpresa al encontrarse, á poco trecho y sin salir del intrincado bosque, á las puertas de un suntuosísimo palacio, que parecía un ascua de oro por lo que bri-

llaba, y en cuya comparacion pasaría por una pobre choza el espléndido alcázar del *Rey Venturoso.*

No había guardia, ni portero, ni criados que impidiesen la entrada; y la chica, que no era corta, y que además sentía el estímulo de la curiosidad y el deseo de albergarse y de comer algo, traspasó los umbrales, subió por una ancha y lujosa escalera de bruñido jaspe, y empezó á discurrir por los más ricos y elegantes salones que imaginarse pueden, aunque siempre sin ver á nadie. Los salones estaban, sin embargo, profusamente iluminados por mil lámparas de oro, cuyo perfumado aceite difundía suavísima fragancia. Los primorosos objetos, que en los salones había, eran para espantar por su riqueza y exquisito gusto, no ya á la lavanderilla, que poco de esto había disfrutado, sino á la mismísima reina Victoria, que hubiera confesado la relativa inferioridad de la industria inglesa, y hubiera dado patentes y medallas á los inventores y fabricantes de todos aquellos artículos.

La lavandera los admiró á su sabor, y admirándolos se fué poco á poco hácia un sitio de donde salía un rico olorcillo de viandas muy suculento y delicioso. De esta suerte llegó á la

cocina; pero ni jefe, ni sota-cocineros, ni pinches, ni fregatrices había en ella; todo estaba desierto, como el resto del palacio. Ardían, no obstante, el fogon, el horno y las hornillas, y en ellos estaban al fuego infinito número de peroles, cacerolas y otras vasijas. Levantó nuestra aventurera la cubierta de una cacerola y vió en ella unas anguilas; levantó otra y vió una cabeza de jabalí desosada y rellena de pechugas de faisanes y de trufas; en resolucion, vió los manjares más exquisitos que se presentan en las mesas de los reyes, emperadores y papas: y hasta vió algunos platos, al lado de los cuales los imperiales, papales y regios, serían tan groseros, como al lado de estos un potaje de judías ó un gazpacho.

Animada la chica con lo que veía y olía, se armó de un cuchillo y de un trinchante, y se lanzó con resolucion sobre la cabeza de jabalí. Mas apénas hubo llegado á ella, recibió en sus manos un golpe, dado al parecer por otra poderosa é invisible, y oyó una voz que le decía, tan de cerca que sintió la agitacion del aire y el aliento caliente y vivo de las palabras:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Se dirigió entónces á unas truchas salmonadas, creyéndolas manjar ménos principesco y

que le dejarían comer; pero la mano invisible vino de nuevo á castigar su atrevimiento, y la voz misteriosa á repetirle:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

Tentó, por último, mejor fortuna en tercero, cuarto y quinto plato, pero siempre le aconteció lo propio; así tuvo con harta pena que resignarse á ayunar, y se salió despechada de la cocina.

Volvió luégo á recorrer los salones, donde reinaba siempre la misma misteriosa soledad y donde el más profundo silencio parecía tener su morada, y llegó á una alcoba lindísima, en la cual sólo dos ó tres luces, encerradas y amortecidas en vasos de alabastro, derramaban una claridad indecisa y voluptuosa, que estaba convidando al reposo y al sueño. Había en esta alcoba una cama tan cómoda y mullida, que nuestra lavandera, que estaba cansadísima, no pudo resistir á la tentacion de tenderse en ella y descansar. Iba á poner en ejecucion su propósito, y ya se había sentado y se disponía á tenderse, cuando en la parte misma de su cuerpo con que acababa de tocar la cama, sintió una dolorosa picadura, como si con un alfiler de á ochavo la punzasen, y oyó de nuevo una voz que decía:

—¡Tate... que es para mi señor el Príncipe!

No hay que decir que la lavanderilla se asustó y afligió con esto, resignándose á no dormir, como á no comer se había ya resignado; y para distraer el hambre y el sueño se puso á registrar cuantos objetos había en la alcoba, llevando su curiosidad hasta levantar las colgaduras y los tapices.

Detras de uno de éstos descubrió nuestra heroína una primorosa puertecilla secreta de sándalo, con embutidos de nácar. La empujó suavemente, y cediendo la puerta, se encontró en una escalera de caracol, de mármol blanco. Por ella bajó sin detenerse á uno como invernáculo, donde crecían las plantas y las flores más aromáticas y extrañas, y en cuyo centro había una taza inmensa, hecha, al parecer, de un solo, limpio y diáfano topacio. Se levantaba del medio de la taza un surtidor tan gigantesco como el que hay ahora en la *Puerta del Sol,* pero con la diferencia de que el agua del de la *Puerta del Sol* es natural y ordinaria, y la de éste era agua de olor, y tenía, además, en sí misma todos las colores del íris y luz propia, lo cual, como ya calculará el lector, le daba un aspecto sumamente agradable.—Hasta el murmullo que hacía esta agua al caer tenía algo de más mu-

sical y acordado que el que producen otras, y se diría que aquel surtidor cantaba alguna de las más enamoradas canciones de Mozart ó de Bellini.

Absorta estaba la lavandera mirando aquellas bellezas y gozando de aquella armonía, cuando oyó un grande estrépito y vió abrirse una ventana de cristales.

La lavandera se escondió precipitadamente detrás de una masa de verdura, á fin de no ser vista y poder ver á las personas ó séres, que sin duda se acercaban.

Éstos eran tres pájaros rarísimos y lindísimos, uno de ellos todo verde, y brillante como una esmeralda. En él creyó ver la lavandera, con notable contento, al que era causa, segun todo el mundo aseguraba, de la pertinaz dolencia de la *Princesa Venturosa.* Los otros dos pájaros no eran, ni con mucho, tan bellos; pero tampoco carecían de mérito singular. Los tres venían con muy ligero vuelo, y los tres se abatieron sobre la taza de topacio y se zambulleron en ella.

Á poco rato vió la lavandera que del seno diáfano del agua salían tres mancebos tan lindos, bien formados y blancos, que parecían estatuas peregrinas hechas por mano maestra,

con mármol teñido de rosas. La chica, que en honor de la verdad se debe decir que jamás había visto hombres desnudos, y que de ver á su padre, á sus hermanos y á otros amigos, vestidos y mal vestidos, no podía deducir hasta dónde era capaz de elevarse la hermosura humana masculina, se figuró que miraba á tres genios inmortales ó á tres ángeles del cielo. Así es, que sin ruborizarse, los siguió mirando con bastante complacencia, como objetos santos y nada pecaminosos. Pero los tres salieron al punto del agua, y pronto se vistieron de elegantes ropas.

Uno de ellos, el más hermoso de los tres, llevaba sobre la cabeza una diadema de esmeraldas y era acatado de los otros, como señor soberano. Si desnudo le pareció á la lavanderilla un ángel ó un genio por la hermosura, ya vestido la deslumbró con su majestad, y le pareció el emperador del mundo y el príncipe más adorable de la tierra.

Aquellos señores se dirigieron en seguida al comedor y se sentaron en una espléndida mesa, donde había tres cubiertos preparados. Una música sumisa é invisible les hizo salva al llegar y les regaló los oidos miéntras comían. Criados, invisibles tambien, iban trayendo los

platos y sirviendo admirablemente la mesa. Todo esto lo veía y notaba la lavanderilla, que sin ser vista ni oida, había seguido á aquellos señores, y estaba escondida en el comedor detras de un cortinaje.

Desde allí pudo oir algo de la conversacion, y comprender que el más hermoso de los mancebos era el Príncipe heredero del grande imperio de la China, y los otros dos, el uno su secretario y el otro su escudero más querido; los cuales estaban encantados y transformados en pájaros durante todo el dia, y sólo por la noche recobraban su sér natural, prévio el baño de la fuente.

Notó, asimismo, la curiosa lavandera que el Príncipe de las esmeraldas apénas comía, aunque sus familiares le rogaban que comiese, y que se mostraba melancólico y arrobado, exhalando á veces de lo más hondo del hermosísimo pecho un ardiente suspiro.

IV.

Refieren las crónicas que vamos extractando que, terminado ya aquel opíparo y poco alegre festin, el Príncipe de las esmeraldas, volviendo en sí como de un sueño, alzó la voz y dijo:

—Secretario, tráeme la cajita de mis entretenimientos.

El secretario se levantó de la mesa y volvió de allí á poco con la cajita más preciosa que han visto ojos mortales. Aquella en que encerró Alejandro la *Iliada* era, en comparacion de ésta, más chapucera y pobre que una caja de turron de Jijona.

El Príncipe tomó la cajita en sus manos, la abrió y estuvo largo rato contemplando con ojos amorosos lo que había en el fondo de ella. Metió luégo la mano en la cajita y sacó un cor-

don. Lo besó apasionadamente, derramó sobre él lágrimas de ternura y prorumpió en estas palabras:

¡Ay cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Colocó de nuevo el cordon en la cajita, y sacó de ella una liga bordada y muy limpia. La besó, la acarició tambien y exclamó al besarla:

¡Ay linda liga de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

Sacó, por último, un precioso guardapelo, y si mucho había besado cordon y liga, más le besó y más le acarició aún, diciendo con acento tristísimo, que partía los corazones y hasta las peñas:

¡Ay guardapelo de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

A poco el Príncipe y los dos familiares se retiraron á sus alcobas, y la lavanderilla no se atrevió á seguirlos. Viéndose sola en el come-

dor, se acercó á la mesa, donde aún estaban casi intactos los ricos manjares, los confites, las frutas y los generosos y chispeantes vinos; pero el recuerdo de la voz misteriosa y de la mano invisible la detenían, y la obligaban á contentarse con mirar y oler.

Para gozar de este incompleto deleite, se acercó tanto á los manjares, que vino á ponerse entre la mesa y la silla del Príncipe. Entónces sintió, no ya una, sino dos manos invisibles que le caían sobre los hombros oprimiéndola. La voz misteriosa le dijo:

—Siéntate y come.

En efecto, se halló sentada en la misma silla del Príncipe; y, ya autorizada por la voz, se puso á comer con un apetito extraordinario, que la novedad y lo exquisito de la comida hacían mayor aún, y comiendo se quedó profundamente dormida.

Cuando despertó, era muy de dia. Abrió los ojos, y se encontró en medio del campo, tendida al pié del árbol donde había querido comerse la naranja. Allí estaba la ropa que había traido del rio, y hasta la naranja corredora estaba allí tambien.

—¿Si habrá sido todo un sueño? dijo para sí la lavanderilla. Quisiera volver al palacio del

Príncipe de la China para cerciorarme de que aquellas magnificencias son reales y no soñadas.

Diciendo esto, tiró al suelo la naranja para ver si le mostraba nuevamente el camino; pero la naranja rodaba un poco, y luégo se detenía en cualquiera hoyo ó tropiezo, ó cuando el impulso con que se movía dejaba de ser eficaz. En suma, la naranja hacía lo que hacen de ordinario, en idénticas circunstancias, todas las naranjas naturales. Su conducta no tenía nada de extraño ni de maravilloso.

Despechada entónces la muchacha, partió la naranja y vió que por dentro era como las demás. Se la comió, y le supo á lo mismo que cuantas naranjas había comido ántes.

Ya apénas dudó de que había soñado.—Ningun objeto tengo, añadió, con que convencerme á mí propia de la realidad de lo que he visto; mas iré á ver á la Princesa y se lo contaré todo, por lo que pueda importarle.

V.

Miéntras acontecían, en sueño ó en realidad los poco ordinarios sucesos que quedan referidos, la *Princesa Venturosa,* fatigada de tanto llorar, estaba durmiendo tranquilamente, y aunque eran ya las ocho de la mañana, hora en que todo el mundo solía estar levantado y áun almorzado en aquella época, la Princesita, sin dar acuerdo de su persona, seguía en la cama.

Muy interesante juzgó, sin duda, su doncella favorita las nuevas que le traía, cuando se atrevió á despertarla. Entró en su alcoba, abrió la ventana y exclamó con alborozo:

—Señora, señora, despertad y alegraos, que ya hay quien os traiga nuevas del pájaro verde.

La Princesa se despertó, se restregó los ojos, se incorporó y dijo:

—¿Han vuelto los siete sabios que fueron al país sabeo?

—Nada de eso, contestó la doncella; quien trae las nuevas es una de las lavanderillas que lavan los lacrimosos pañuelos de V. A.

—Pues hazla entrar al momento.

Entró la lavanderilla, que estaba ya detras de una puerta aguardando este permiso, y empezó á referir con gran puntualidad y despejo cuanto le había pasado.

Al oir la aparicion del pájaro verde, la Princesa se llenó de jubilo, y al escuchar su salida del agua convertido en hermoso Príncipe, se puso encendida como la grana, una celestial y amorosa sonrisa vagó sobre sus labios, y sus ojos se cerraron blandamente como para reconcentrarse ella en sí misma y ver al Príncipe con los ojos del alma. Por último, al saber la mucha estima, veneracion y afecto que el Príncipe le tenía, y el amor y cuidado con que guardaba las tres prendas robadas en la preciosa cajita de sus entretenimientos, la Princesita, á pesar de su modestia, no pudo contenerse, abrazó y besó á la lavanderilla y á la doncella, é hizo otros extremos no ménos disculpables, inocentes y delicados.

—Ahora sí, decía, que puedo llamarme pro-

piamente la *Princesa Venturosa*. Este capricho de poseer el pájaro verde no era capricho, era amor. Era, y es un amor, que por oculto y no acostumbrado camino, ha penetrado en mi corazon. No he visto al Príncipe, y creo que es hermoso. No le he hablado, y presumo que es discreto. No sé de los sucesos de su vida, sino que está encantado y que me tiene encantada, y doy por cierto que es valiente, generoso y leal.

—Señora, dijo la lavanderilla, yo puedo asegurar á V. A. que el Príncipe, si mi vision no es un sueño vano, parece un pino de oro, y tiene una cara tan bondadosa y dulce que da gloria verla. El secretario no es mal mozo tampoco; pero al que yo, no sé por qué, le he tomado aficion, es al escudero.

—Tú te casarás con el escudero, replicó la Princesa. Mi doncella, si gusta, se casará con el secretario, y ambas sereis mandarinas y damas de mi córte. Tu sueño no ha sido sueño, sino realidad. El corazon me lo dice. Lo que importa ahora es desencantar á los tres pájaros mancebos.

—¿Y cómo podrémos desencantarlos? dijo la doncella favorita.

—Yo misma, contestó la Princesa, iré al pa-

lacio en que viven y allí verémos. Tú me guiarás, lavanderilla.

Ésta, que no había terminado su narracion, la terminó entónces, é hizo ver que no podía servir de guía.

La Princesa la escuchó con mucha atencion, estuvo meditando un rato, y dijo luégo á la doncella.

—Vé á mi biblioteca y tráeme el libro de *Los Reyes contemporáneos* y el *Almanaque astronómico.*

Venidos que fueron estos volúmenes, hojeó la Princesa el de *Los Reyes*, y leyó en alta voz los siguientes renglones:

«El mismo dia en que murió el Emperador chinesco, su único hijo, que debia heredarle, desapareció de la córte y de todo el imperio. Sus súbditos, creyéndole muerto, han tenido que someterse al Kan de Tartaria.»

—¿Qué deducís de eso, señora? dijo la doncella.

—¿Qué he de deducir, respondió la *Princesa Venturosa*, sino que el Kan de Tartaria es quien tiene encantado á mi Príncipe para usurparle la corona? Hé ahí por qué aborrezco yo tanto al Príncipe tártaro. Ahora me lo explico todo.

—Pero no basta explicarlo; menester es remediarlo, dijo la lavandera.

—De ello trato—añadió la Princesa—y para ello conviene que al instante se manden hombres armados, que inspiren la mayor confianza, á todos los caminos y encrucijadas por donde puedan venir los correos que envió el Príncipe tártaro al Rey su padre, para consultarle sobre el caso del pájaro verde. Las cartas que trajeren les serán arrebatadas y se me entregarán. Si los mensajeros se resisten, serán muertos; si ceden, serán aprisionados é incomunicados, á fin de que nadie sepa lo que acontece. Ni el Rey mi padre ha de saberlo. Todo lo dispondrémos entre las tres con el mayor sigilo. Aquí teneis dinero bastante para comprar el silencio, la fidelidad y la energía de los hombres que han de ejecutar mi proyecto.

Y efectivamente, la Princesa, que ya se había levantado y estaba de bata y en babuchas, sacó de un escaparate dos grandes bolsas llenas de oro, y se las dió á sus confidentas.

Éstas partieron sin tardanza á poner en ejecucion lo convenido, y la *Princesa Venturosa* se quedó estudiando profundamente el *Almanaque astronómico.*

VI.

Cinco dias habían pasado desde el momento en que tuvo lugar la escena anterior. La Princesa no había llorado en todo ese tiempo, causando no poco asombro y placer al Rey su padre. La Princesa había estado hasta jovial y bromista, dando leves esperanzas á los Príncipes pretendientes de que al fin se decidiría por uno de ellos, porque los pretendientes se las prometen siempre felices.

Nadie había sospechado la causa de tan repentina mudanza y de tan inesperado alivio en la Princesa.

Sólo el Príncipe tártaro, que era diabólicamente sagaz, recelaba, aunque de una manera muy vaga, que la Princesa había recibido alguna noticia del pájaro verde. Tenía, además, el Príncipe tártaro el misterioso presenti-

miento de una gran desgracia, y había adivinado por el arte mágica, que su padre le enseñara, que en el pájaro verde debía mirar un enemigo. Calculando, además, como sabedor del camino y del tiempo que en él debe emplearse, que aquel dia debían llegar los mensajeros que envió á su padre, y ansioso de saber lo que respondía éste á la consulta que le hizo, montó á caballo al amanecer, y con cuarenta de los suyos, todos bien armados, salió en busca de los mensajeros referidos.

Mas aunque el Príncipe tártaro salió con gran secreto, la *Princesa Venturosa,* que tenía espías, y estaba, como vulgarmente se dice, con la barba sobre el hombro, supo al instante su partida, y llamó á consejo á la lavanderilla y á la doncella.

Luégo que las tuvo presentes, les dijo muy angustiada:

—Mi situacion es terrible. Tres veces he ido inútilmenie á tirar la naranja debajo del árbol, desde donde la tiró la lavanderilla; pero la naranja no ha querido guiarme al alcázar de mi amante. Ni le he visto, ni he podido averiguar el modo de desencantarle. Sólo he averiguado, por el *Almanaque astronómico,* que la noche en que la lavanderilla le vió, era el equinoccio de

primavera. Acaso no sea posible volver á verle hasta el próximo equinoccio de la misma estacion, y ya para entónces el Príncipe tártaro me le habrá muerto. El Príncipe tártaro le matará en cuanto reciba la carta de su padre, y ya ha salido á buscarla con cuarenta de los suyos.

—No os aflijais, hermosa Princesa—dijo la doncella favorita;—tres partidas de cien hombres están esperando á los mensajeros en diferentes puntos para arrebatarles la carta y traérosla. Los trescientos son briosos, llevan armas de finísimo temple, y no se dejarán vencer por el Príncipe tártaro á pesar de sus artes mágicas.

—Sin embargo, yo soy de opinion—añadió la lavandera—de que se envíen más hombres contra el Príncipe tártaro. Aunque éste, á la verdad, sólo lleva cuarenta consigo, todos ellos, segun se dice, tienen corazas y flechas encantadas, que á cada uno le hacen valer por diez.

El prudente consejo de la lavandera fué adoptado en seguida. La Princesa hizo venir secretamente á su estancia al más bizarro y entendido general de su padre. Le contó todo lo que pasaba, le confió sus penas, y le pidió su apoyo. Éste se le otorgó, y reuniendo apresuradamente un numeroso escuadron de soldados, salió de la capital decidido á morir en la de-

manda ó traer á la Princesa la carta del Kan de Tartaria y al hijo del Kan, vivo ó muerto.

Despues de la partida del general, la Princesa juzgó conveniente informar al *Rey Venturoso* de cuanto había acontecido. El Rey se puso fuera de sí. Dijo que toda la historia del pájaro verde era un sueño ridículo de su hija y de la lavandera, y se lamentó de que, fundada su hija en un sueño, enviase á tantos asesinos contra un Príncipe ilustre, faltando á las leyes de la hospitalidad, al derecho de gentes y á todos los preceptos morales.

—¡Ay hija!—exclamaba—tú has echado un sangriento borron sobre mi claro nombre, si esto no se remedia.

La Princesa se acongojó tambien, y se arrepintió de lo que había hecho. A pesar de su vehemente amor al Príncipe de la China, prefería ya dejarle eternamente encantado á que por su amor se derramase una sola gota de sangre.

Así es que enviaron despachos al general para que no empeñase una batalla; pero todo fué inútil. El general había ido tan veloz, que no hubo medio de alcanzarle. Entónces aún no había telégrafos, y los despachos no pudieron entregarse. Cuando llegaron los correos donde estaba el general, vieron venir huyendo á todos

los soldados del Rey y los imitaron. Los cuarenta de la escolta tártara, que eran otros tantos genios, corrían en su persecucion trasformados en espantosos vestiglos, que arrojaban fuego por la boca.

Sólo el general, cuya bizarría, serenidad y destreza en las armas rayaba en lo sobrehumano, permaneció impávido en medio de aquel terror harto disculpable. El general se fué hácia el Príncipe, único enemigo no fantástico con quien podía habérselas, y empezó á reñir con él la más brava y descomunal pelea. Pero las armas del Príncipe tártaro estaban encantadas, y el general no podía herirle. Conociendo entónces que era imposible acabar con él si no recurría á una estratajema, se apartó un buen trecho de su contrario, se desató rápidamente una larga y fuerte faja de seda que le ceñía el talle, hizo con ella, sin ser notado, un lazo escurridizo, y revolviendo sobre el Príncipe con inaudita velocidad, le echó al cuello el lazo, y siguió con su caballo á todo correr, haciendo caer al Príncipe y arrastrándole en la carrera.

De esta suerte ahogó el general al Príncipe tártaro. No bien murió, los genios desaparecieron, y los soldados del *Rey Venturoso* se rehicieron y reunieron á su jefe. Este esperó con

ellos á los enviados que traían la carta del Kan de Tartaria, y que no se hicieron esperar mucho tiempo.

Al anochecer de aquel mismo dia volvió á entrar el general en el palacio del *Rey Venturoso* con la carta del Kan de Tartaria entre las manos. Haciendo un gentil y respetuoso saludo, se la entregó á la Princesa.

Rompió ésta el sello y se puso á leer, pero inútilmente: no entendió una palabra. Al *Rey Venturoso* le sucedió lo mismo. Llamaron á todos los empleados en la interpretacion de lenguas, que no descifraron tampoco aquella escritura. Los individuos de las doce reales academias vinieron luégo y no se mostraron más hábiles.

Los siete sabios, tan profundos en lingüística, que acababan de llegar sin el ave fénix, y que *por ende* estaban condenados á morir, acudieron tambien; mas, aunque se les prometió el perdon si leían aquella carta, no acertaron á leerla, ni pudieron decir en qué lengua estaba escrita.

El *Rey Venturoso* se creyó entónces el más desventurado de todos los reyes; se lamentó de haber sido cómplice en un crímen inútil, y temió la venganza del poderoso Kan de Tartaria.

Aquella noche no pudo pegar los ojos hasta muy tarde.

Su dolor fué, con todo, mucho más desesperado, cuando al despertarse al otro dia muy de mañana supo que la Princesa había desaparecido, dejándole escritas las siguientes palabras:

«Padre, ni me busques, ni pretendas averiguar adonde voy, si no quieres verme muerta. Bástete saber que vivo y que estoy bien de salud, aunque no volverás á verme hasta que tenga descifrada la carta misteriosa del Kan y desencantado á mi querido Príncipe. Adios.»

VII.

La *Princesa Venturosa* había ido con sus dos amigas á pié, y en romería, á visitar á un santo ermitaño que vivía en las soledades y asperezas de unas montañas altísimas que á corta distancia de la capital se parecían.

Aunque la Princesa y sus amigas hubiesen querido ir caballeras hasta la ermita, no hubiera sido posible. El camino era más propio de cabras que de camellos, elefantes, caballos, mulos y asnos, que, con perdon sea dicho, eran los cuadrúpedos en que se solía cabalgar en aquel reino. Por esto y por devocion fué la Princesa á pié y sin otra comitiva que sus dos confidentas.

El ermitaño que iban á visitar era un varon muy penitente y estaba en olor de santidad. El vulgo pretendía tambien que el ermitaño era

inmortal, y no dejaba de tener razonables fundamentos para esta pretension. En toda la comarca no había memoria de cuándo fué el ermitaño á establecerse en lo recóndito de aquella sierra, en la cual raras veces se dejaba ver de ojos humanos.

La Princesa y sus amigas, atraidas por la fama de su virtud y de su ciencia, anduvieron buscándole siete dias por aquellos vericuetos y andurriales. Durante el dia caminaban en su busca entre breñas y malezas. Por la noche se guarecían en las concavidades de los peñascos. Nadie había que las guiase, así por lo fragoso del sitio, ni de los cabrerizos frecuentado, como por el temor que inspiraba la maldicion del ermitaño, pronto á echarla á quien invadía su dominio temporal, ó á quien le perturbaba en sus oraciones. Ya se entiende que este ermitaño, tan maldiciente, era pagano. A pesar de la natural bondad de su alma, su religion sombría y terrible le obligaba á maldecir y á lanzar anatemas.

Pero las tres amigas, imaginando, como por inspiracion, que sólo el ermitaño podía descifrarles la carta, se decidieron á arrostrar sus maldiciones y le buscaron, segun queda dicho, por espacio de siete dias.

En la noche del séptimo iban ya las tres peregrinas á guarecerse en una caverna para reposar, cuando descubrieron al ermitaño mismo, orando en el fondo. Una lámpara iluminaba con luz incierta y melancólica aquel misterioso retiro.

Las tres temblaron de ser maldecidas, y casi se arrepintieron de haber ido hasta allí. Pero el ermitaño, cuya barba era más blanca que la nieve, cuya piel estaba más arrugada que una pasa, y cuyo cuerpo se asemejaba á un consunto esqueleto, echó sobre ellas una mirada penetrante con unos ojos, aunque hundidos, relucientes como dos acuas, y dijo con voz entera, alegre y suave:

—Gracias al cielo que al fin estais aquí. Cien años há que os espero. Deseaba la muerte, y no podía morir hasta cumplir con vosotras un deber que me ha impuesto el rey de los genios. Yo soy el único sabio que habla aún y entiende la lengua riquísima que se hablaba en Babel ántes de la confusion. Cada palabra de esta lengua es un conjuro eficaz que fuerza y mueve á las potestades infernales á servir á quien le pronuncia. Las palabras de esta lengua tienen la virtud de atar y desatar todos los lazos y leyes que unen y gobiernan las cosas naturales.

La cábala no es sino un remedo groserísimo de esta lengua incomunicable y fecunda. Dialectos pobrísimos é imperfectísimos de ella son los más hermosos y completos idiomas del dia. La ciencia de ahora, mentira y charlatanería, en comparacion de la ciencia que aquella lengua llevaba en sí misma. Cada nombre de esta lengua contiene en sus letras la esencia de la cosa nombrada y sus ocultas calidades. Las cosas todas, al oirse llamar por su verdadero nombre, obedecen á quien las llama. Era tal el poder del linaje humano cuando poseía esta lengua, que pretendió escalar el cielo, y lo hubiera indudablemente conseguido, si el cielo no hubiese dispuesto que la lengua primitiva se olvidase.

Sólo tres sabios bien intencionados, de los cuales han muerto ya dos, guardaron en la memoria aquel idioma. Le guardaron asimismo, por especial privilegio de los diablos, Nembrot y sus descendientes. El último de éstos murió, una semana há, por disposicion tuya, ¡oh *Princesa Venturosa!* y ya no queda en el mundo sino una sola persona que pueda descifrarte la carta del Kan de Tartaria. Esa persona soy yo; y para hacerte ese servicio, el rey de los genios ha conservado siglos mi vida.

—Pues aquí tienes la carta, ¡oh venerable y profundo sabio! dijo la Princesa, poniendo en manos del ermitaño el misterioso escrito.

—Al punto voy á descifrártela, contestó el ermitaño, y se caló los espejuelos, y se acercó á la lámpara para leer. Más de dos horas estuvo leyendo en alta voz en la lengua en que la carta estaba escrita. A cada palabra que pronunciaba, el universo se conmovia, las estrellas se cubrían de mortal palidez, la luna temblaba en el cielo, como tiembla su imágen entre las olas del Océano, y la Princesa y sus amigas tenían que cerrar los ojos y que taparse los oidos para no ver los espectros que se mostraban, y para no oir las voces portentosas, terribles ó dolientes, que partían de las entrañas mismas de la conturbada naturaleza.

Acabada la lectura, se quitó el ermitaño los espejuelos, y dijo con voz reposada:

—No es justo, ni conveniente, ni posible ¡oh *Princesa Venturosa!* que sepas todo lo que en esta abominable carta se encierra. No es justo ni conveniente, porque hay en ella tremebundos y endemoniados misterios. No es posible, porque en cuantas lenguas humanas se hablan en el dia son estos misterios inefables, inenarrables y hasta inexplicables. El linaje humano

por medio de su incompleta y enfermiza razon llegará á conocer, cuando pasen millares de años, algunos accidentes de las cosas; pero siempre ignorará la sustancia que yo conozco, que conoce el Kan de Tartaria y que han conocido los sabios primitivos que se valieron, para sus *elocubraciones*, de esta lengua perfectísima é intransmisible ya por nuestros pecados.

—Pues estamos frescas, dijo la lavanderilla; si despues de lo que hemos pasado para encontraros, y siendo vos el único que podeis traducir esa enmarañada carta, salís ahora con que no quereis traducirla.

—Ni quiero ni debo, replicó el vetusto y secular ermitaño; pero sí os diré lo que la carta contiene de interesante para vosotras, y os lo diré en brevísimas palabras, sin pararme en dibujos, porque los momentos de mi vida están contados y mi muerte se acerca.

El Príncipe de la China es por sus virtudes, talento y hermosura, el favorito del rey de los genios, el cual le ha salvado mil veces de las asechanzas que el Kan de Tartaria ponía contra su vida. Viendo el Kan que le era imposible matarle, determinó valerse de un encanto para tenerle léjos de sus súbditos y reinar en

lugar suyo en el celeste imperio. Bien hubiera querido el Kan que este encanto fuera indestructible y eterno, ma no pudo lograrlo á pesar de sus maravillosos conocimientos en la magia. El rey de los genios se opuso á su mal deseo, y si bien no pudo hacer completamente ineficaces sus encantamentos y conjuros, supo despojarlos de gran parte de su malicia.

Al Príncipe, aunque convertido en pájaro, se le dió facultad para recobrar por la noche su verdadera figura. Tuvo tambien el Príncipe un palacio, donde vivir y ser tratado con todo el miramiento, honores y regalo debidos á su augusta categoría. Se acordó, por último, su desencanto, si se cumplian las siguientes condiciones, que el Kan, así por la mala opinion que tienen de las mujeres, como por lo pervertida y viciosa que está la raza humana en general, juzgó imposibles de cumplir.

Fué la primera condicion, ya cumplida, que una mujer de veinte años, discreta, briosa y apasionada y de la más baja clase del pueblo, viese á los tres mancebos encantados, que son los más hermosos que hay en el mundo, salir desnudos del baño, y que la limpieza y castidad de su alma fuesen tales que no se turbasen ni empañasen con el más ligero estímulo de livian-

dad. Esta prueba había de hacerse en el equinoccio de primavera, cuando la naturaleza toda excita al amor. La mujer debía sentirle por la hermosura y admirarla vivamente; pero de un modo espiritual y santísimo.

Fué la segunda condicion, ya cumplida tambien, que el Príncipe sin poder mostrarse sino tres instantes, y esto bajo la forma de pájaro verde, inspirase un amor tan vehemente y casto, cuanto invencible, á una Princesa de su clase.

La tercera condicion, que ahora se está acabando de cumplir, fué que la Princesa se apoderase de esta carta, y que yo la interpretara.

La cuarta y última condicion, en cuyo cumplimiento habeis de intervenir las tres doncellas que me estais oyendo, es como sigue. Sólo me quedan dos minutos de vida, mas ántes de morir os pondré en el palacio del Príncipe al lado de la taza de topacio. Allí irán los pájaros y se zambullirán y se transformarán en hermosísimos mancebos. Vosotras tres los vereis; mas habeis de conservar, viéndolos, toda la castidad de vuestros pensamientos, y toda la virginidad de vuestras almas, amando, empero, cada una á uno de los tres, con un amor santo é inocente. La Princesa ama ya al Príncipe de la China y la lavanderilla al escudero, y ambas han mostrado

la inocencia de su amor: ahora falta que la doncella favorita de la Princesa se enamore del secretario por idéntico estilo. Cuando los tres mancebos encantados vayan al comedor, los seguireis sin ser vistas, y allí permanecereis hasta que el Príncipe pida la cajita de sus entretenimientos y diga, besando el cordoncito:

¡Ay, cordoncito de mi señora!
¡Quién la viera ahora!

La Princesa, entónces, y vosotras con la Princesa, os mostrareis al punto, y cada una dará un tierno beso en la mejilla izquierda al objeto de su amor. El encanto quedará deshecho en el acto, el Kan de Tartaria morirá de repente, y el Príncipe de la China, no sólo poseerá el celeste imperio, sino que heredará asimismo todos los kanatos, reinos y provincias, que por derecho propio posee aquel encantador endiablado.

Apénas el ermitaño acabó de decir estas palabras, hizo una mueca muy rara, entreabrió la boca, estiró las piernas y se quedó muerto.

La Princesa y sus amigas se encontraron de súbito detras de una masa de verdura, al lado de la taza de topacio.

Todo se cumplió como el ermitano había dicho.

Las tres estaban enamoradas; las tres eran castísimas é inocentes. Ni siquiera en el punto comprometido de dar el regalado y apretado beso sintieron más que una profunda conmocion toda mística y pura.

Así es que inmediatamente quedaron desencantados los tres mancebos. La China y la Tartaria fueron dichosas bajo el cetro del Príncipe. La Princesa y sus amigas lo fueron más aún casadas con aquellos hombres tan lindos. El *Rey Venturoso* abdicó, y se fué á vivir á la corte de su yerno, que estaba en Pekin. El general que mató al Príncipe Tártaro obtuvo todas las condecoraciones de China, el título de primer mandarin y una pension de miles de miles para él y sus herederos.

Se cuenta, por último, que la *Princesa Venturosa* y el ya Emperador de China vivieron largos y felices años, y tuvieron media docena de chiquillos á cual más hermosos. La lavanderilla y la doncella, con sus respectivos maridos, siguieron siempre gozando del favor de Sus Majestades, y siendo los señores más principales de toda aquella tierra.

PARSONDES

Aunque se ame y se respete la virtud, no se debe creer que sea tan vocinglera y tan espantadiza como la de ciertos censores del dia. Si hubiéramos de escribir á gusto de ellos, si hubiéramos de tomar su rigidez por valedera y no fingida, y si hubiéramos de ajustar á ella nuestros escritos, tal vez ni las *Agonías del tránsito de la muerte,* de Venegas, ni los *Gritos del infierno,* del padre Boneta, serían edificantes modelos que imitar.

Por desgracia, la rigidez es sólo aparente. La rigidez no tiene otro resultado que el de exasperar los ánimos, haciéndoles dudar y burlarse, aunque sólo sea en sueños, de la hipocresía farisaica que ahora se usa.

Véase, si no, el sueño que ha tenido un amigo nuestro, y que trasladamos aquí íntegro,

cuando no para recreo, para instruccion de los lectores.

Nuestro amigo soñó lo que sigue:

—Más de dos mil seiscientos años há, era yo en Susa un sátrapa muy querido del gran Rey Arteo, y el más rígido, grave y moral de todos los sátrapas. El santo varon Parsondes había sido mi maestro, y me había comunicado todo lo comunicable de la ciencia y de la virtud del primer Zoroastro.

Siete años hacía ya que Parsondes, despues de iluminar el mundo con su doctrina, y de formar varios discípulos dignos de él, había desaparecido, sin que le volviese á ver nadie, ni vivo ni muerto. Los buenos creyentes daban, pues, por seguro que Parsondes había subido á la region de la luz increada, cerca de Ahura-Mazda, donde brillaba casi tanto como los Amschaspandes y los Izeds, y donde eclipsaba á su propio *feruer* con beatíficos resplandores. Allí militaba aún en el ejército de los espíritus luminosos contra el príncipe de las tinieblas Ahrimanes, cuya soberbia había humillado en esta vida terrenal, y cuyo imperio contribuía poderosamente á destruir en la otra vida, procurando que se realizase la santa esperanza del triunfo definitivo del bien sobre el mal. Los

sectarios de la religion de Ahura-Mazda creían, pues, á puño cerrado, que Parsondes debía contarse en el número de los veinte ó treinta grandes profetas, precursores y continuadores de Zoroastro hasta la consumacion de los siglos. Aunque en Susa y en todo el imperio de los medos, con los reinos tributarios, había hombres de otras varias religiones y creencias, todos respetaban y casi divinizaban igualmente á Parsondes, si bien por diversos estilos. Unos decían que había encontrado la flecha de Abaris y se había ido por el aire, montado en ella; otros, que se había elevado al empíreo en el trono flotante de Salomon ó en un carro de fuego; otros, que el dragon Musaros, que en la antigüedad más remota civilizó á los asirios, y que tenía cuerpo de pez, cabeza de hombre y piernas de mujer, se le había llevado consigo á su palacio submarino, en el fondo del golfo pérsico. En resolucion, aunque por distinta manera, todos convenían en que Parsondes, el virtuoso y el sabio, estaba viviendo con los dioses. En las plazas públicas de Susa se veneraba su imágen, coronada la cabeza de una mitra con quince cuernos, en razon de las quince virtudes capitales que resplandecieron en él, y vestido el cuerpo de un ropaje talar lleno de

otros símbolos más extraños aún en nuestros dias, aunque entónces no lo fuesen.

Entre tanto, las malas costumbres, el lujo, la disipacion, los galanteos y las fiestas dispendiosas iban en aumento desde la muerte ó desaparicion de Parsondes, el cual, miéntras vivió entre nosotros, no hizo más que condenar aquellos abusos.

El Rey de Babilonia, Nanar, tributario de mi augusto amo Arteo, Rey de Media, había roto todo freno y corría desbocado por el camino de los deleites. Nosotros acusábamos á Nanar, como Parsondes le había acusado ántes; pero nuestra voz, ménos autorizada que la suya, no tocaba el corazon de Arteo, ni le decidía á destronar á Nanar, y á poner otro Rey más morigerado en Babilonia. Nanar era más descreido y libertino que Sardanápalo, y en Babilonia no se adoraba ya á otro dios que al interés y á Mílita, ó como si dijéramos, á Vénus. En vano mis camaradas y yo predicábamos contra la corrupcion. El vulgo y la nobleza se nos reían en las narices. Nosotros nos vengábamos con hablar de la santa vida de Parsondes y con ponerla en contraposicion de la vida que ellos llevaban.

Así iban las cosas, cuando una mañanita

Arteo me hizo llamar muy temprano á su presencia.

—Hay esperanzas, me dijo, de que Parsondes viva aún; pero, si ha muerto, es menester vengarle y castigar á su matador, que no puede ser otro que el rey Nanar.

—Tu sabiduría, señor, le contesté, es como la luz, que lo penetra y descubre todo. Vences al cocodrilo en prudencia y al lince en perspicacia; pero, ¿cómo has sabido que Parsondes puede vivir aún, y que, si ha muerto, Nanar ha sido su asesino? ¿No han asegurado los magos que Parsondes está en el cielo? ¿No han descubierto los astrólogos en la bóveda azul una estrella, ántes nunca vista, y no han reconocido en esa estrella el alma de Parsondes?

—Así es la verdad, replicó el Rey, pero yo he llegado á averiguar, por revelacion de algunos caballeros babilonios descontentos de Nanar, que éste, furioso de lo que Parsondes clamaba contra él, envió siete años há emisarios por todas partes para que ocultamente le prendiesen y llevasen á su alcázar; y allí debe de estar Parsondes, ó muerto, ó padeciendo tormentos horribles.

—¡Ah, señor! exclamé yo al punto, postrándome á los piés del Rey, justo es vengar una

maldad tan espantosa. Permite que yo sea el instrumento de tu venganza, y que salve á mi querido maestro del cautiverio en que, si no ha muerto, se halla.

El Rey me dijo que con ese fin me había llamado, y que al instante me preparase á partir con el acompañamiento debido, y órdenes terminantes suyas para que Nanar me respondiese con su vida de la del santo varon, ó le pusiese en libertad.

Aquel mismo dia, que era uno de los más calurosos del estío, salí de Susa en un magnífico carro tirado por cuatro caballos árabes. Un hábil cochero iba dirigiéndole, y dos esclavos etíopes me acompañaban tambien en el carro, haciendo aire el uno con un abanico de plumas de avestruz, y sosteniendo el otro, sobre rico varal de marfil, prolijamente labrado, el ancho parasol de seda. Cuatrocientos jinetes, todos con aljabas, arcos y flechas, vestidos de malla y cubierta la cabeza con sendos capacetes de bronce, nielado de refulgentes colores, me seguían y me daban mayor autoridad y decoro. Seis batidores, montados en rayadas y velocísimas cebras, iban delante de mí, á fin de anunciarme en las diversas poblaciones. Las vituallas y refrescos que traíamos para suplir las faltas del

camino, venían sobre los lomos de veinte poderosos elefantes.

Por no pecar de prolijo, no refiero aquí menudamente los sucesos de mi viaje. Baste saber que el décimo dia descubrimos á lo léjos los muros ingentes de Babilonia, obra de Nabucodonosor y de Nitócris. Tenían treinta varas de espesor, circundaban la ciudad, formando una zona de veintidos leguas de bojeo, y se elevaban, por la parte más baja, ciento veinte varas sobre la tierra; tanto como los campanarios de las catedrales de ahora. Un copete de verdura coronaba los muros. Eran los jardines pensiles. Sobre los muros y sobre los jardines descollaban algunos edificios, como los palacios reales, el templo de Belo y la famosa torre de Nemrod, que constaba de ocho pisos, de más de doscientas varas de alto el primero. Desde la cima de esta torre, que parecía tocar la bóveda celeste, presumían tratar los sabios antiguos con los dioses, secretas inteligencias ó genios que mueven los astros. Aunque tan distantes aún, y de un modo confuso, creíamos ya percibir las colosales figuras esculpidas y pintadas en las paredes exteriores de palacios y templos; aquellos toros con cabeza de hombre y aquellos hombres con cabeza de leon; aquellos próceres y aquellos guerreros,

ceñidos los riñones de talabartes, de que se enamoraron Oala y Oliba. El sol reflejaba desde Oriente sobre los gigantescos edificios y sobre las cien puertas enormes de la ciudad, que eran de bronce dorado. El resplandor que despedían deslumbraba los ojos. El Eufrátes y el Tígris, serpenteando y heridos tambien por los rayos del sol que rielaba en sus ondas, se asemejaban á dos cintas de oro en fusion que formaban un lazo.

Los batidores se habían adelantado á anunciar mi llegada. De repente vimos levantarse en la extensa y fértil llanura, entre las huertas, jardines y verdes sotos, por donde estaba abierto el camino, una nubecilla blanca que se iba agrandando. Luégo vimos una mancha oscura que se movía hácia nosotros. Poco despues llegó á todo correr uno de mis batidores á decirme que Nanar se acercaba á recibirme con numerosa comitiva. En esto la mancha oscura se había agrandado en extremo, y empezamos á oir distintamente el són de los instrumentos músicos, el relinchar de los caballos y el resonar de las armas. Notamos, por último, el resplandor del oro y de la plata, el lujo de las vestiduras y la magnificencia de los que á recibirnos venían.

Hice entónces que el cochero aguijase los caballos, y pronto estuve cerca del Rey Nanar, que venía en un soberbio palanquí de bambú, sándalo y nácar, sostenido por doce gallardos mancebos. El Rey bajó del palanquin y yo del carro, y nos saludamos y abrazamos con mutua cordialidad.

La túnica del Rey era de tisú de oro, bordada de seda de mil colores. En el bordado se representaban todas las flores del campo y todos los pájaros del aire y todas las estrellas del éter. Llevaba el Rey una tiara no ménos estupenda, ajorcas y brazaletes, y por zarcillos dos redondas perlas, del tamaño cada una de un huevo de perdiz.

Su cabellera le caía en bucles perfumados sobre la espalda, y la barba formaba menudísimos rizos, artística y simétricamente ordenados. Su vestido y su persona despedían delicada fragancia. A pesar de mi severidad, no pude ménos de admirarme de la finura del Rey Nanar, y confesé, allá en mis adentros, que era la persona más *comm'il faut* que había yo tratado en mi vida.

El Rey me alojó en su alcázar, me dió fiestas espléndidas, y me distrajo de tal suerte que casi me hizo olvidar el objeto de mi mision. Ya

teniamos un concierto, ya un baile, ya una cena por el estilo de la que dió Baltasar muchos años despues. Yo no me atrevía á preguntar al Rey qué había hecho de Parsondes. Yo no comprendía que un señor tan excelente, que agasajaba y regalaba á los huéspedes con aquella elegancia y cortesanía, hubiese dado muerte ó tuviese en duro cautiverio á mi querido maestro.

Por último, una noche me armé de toda mi austeridad y resolucion, y dije á Nanar, en nombre del Rey mi amo, que en el momento mismo iba á decir dónde estaba el virtuoso Parsondes, si no quería perder el reino y la vida. Nanar, en vez de contestarme, hizo venir al punto á todas las bayaderas y cantatrices que había en el alcázar: se entiende que fuera del recinto, haren ó como quiera llamarse, reservado á sus mujeres. Las tales sacerdotisas de Mílita pasaban de novecientas, y eran de lo más bello y habilidoso que á duras penas pudiera encontrarse en toda el Asia. Las muchachas llegaron bailando, cantando y tocando flautas, crótalos y salterios, que era cosa de gusto el verlas y el oirlas. Yo me quedé absorto. Nanar me dijo, y aquí fué mayor mi estupefaccion:

—Ahí tienes al santo Parsondes en medio

de esas mujeres. Parsondes, ven acá y saluda á tu antiguo discípulo.

Salió entónces del centro de aquella turba femenina uno que, á no ser por la barba, hubiera podido confundirse con las mujeres. Traía pintadas las cejas de negro, de azul los párpados, á fin de que brillasen más los ojos, y las mejillas cubiertas de colorete. Estaba todo perfumado, su traje era casi tan rico como el del Rey, su andar afeminado y lánguido; de sus orejas pendían zarcillos primorosos; de su garganta un collar de perlas; ceñía su frente una guirnalda de flores. Era el mismo Parsondes, que me echó los brazos al cuello.

—Yo soy, me dijo, muy otro del que ántes era. Vuélvete, si quieres, á Susa, pero no digas que vivo aún, para que no se escandalicen los magos, y para que sigan teniendo un ejemplo reciente de santidad á que recurrir. Nanar se vengó de mi ruda y desaliñada virtud haciéndome prisionero y mandando que me enjabonasen y fregasen con un estropajo. Despues han seguido lavándome y perfumándome dos veces al dia, regalándome á pedir de boca, y obligándome á estar en compañía de todas estas alegres señoritas, donde he acabado por olvidarme de Zoroastro y de mis austeras predicaciones, y por

convencerme de que en esta vida se ha de procurar pasarlo lo mejor posible, sin ocuparse en la vida de los otros. Cuidados agenos matan al asno, y nadie lo es más que quien se mezcla en censurar los vicios de los otros, cuando sólo le ha faltado la ocasion para caer en ellos, ó cuando, si en ellos no ha caido, se lo debe á su ignorancia, mal gusto y rustiqueza.

Las manos me puse en los oidos para no oir semejantes blasfemias en boca de aquel sabio admirable. Desesperado y rabioso estaba yo de verle convertido en *bon vivant*, con sus puntas y collar de bribon desvergonzado; mas para evitar habladurías escandalosas, determiné aconsejar al colegio de los magos que siguiese sosteniendo que Parsondes había subido al empíreo, y que siguiese venerando su imágen, sin descubrir nunca, ántes negando rotundamente, que Parsondes vivía con las bailarinas de Babilonia, en el alcázar de Nanar.

En esto desperté de mi sueño y me volví á encontrar en mi pobre casita de esta córte.

—Creo, añadía nuestro amigo al terminar su cuento, que con ménos riqueza y á ménos costa pueden los Nanares del dia seducir á los Parsondes que zahieren su inmoralidad y sus vicios, movidos, no de la caridad, sino de la envi-

dia. Los que no estén seguros de la propia virtud y entereza de ánimo han de ser, pues, más indulgentes con los Nanares. ¡Desdichado aquel que hace alarde de virtud sin tenerla probadísima!

¡Dichoso aquel que la practica y calla!

EL BERMEJINO PREHISTÓRICO

Ó LAS SALAMANDRAS AZULES

I

Siempre he sido aficionado á las ciencias. Cuando mozo, tenía yo otras mil aficiones; pero como ya soy viejo, la aficion científica prevalece y triunfa en mi alma. Por desgracia ó por fortuna me sucede algo de muy singular. Las ciencias me gustan en razon inversa de las verdades que van demostrando con exactitud. Así es que apénas me interesan las ciencias exactas, y las inexactas me enamoran. De aquí mi inclinacion á la filosofía.

No es la verdad lo que me seduce, sino el esfuerzo de discurso, de sutileza y de imaginacion que se emplea en descubrir la verdad, aunque no se descubra. Una vez la verdad descubierta, bien demostrada y patente, suele dejarme frio. Así, un mancebo galante, cuando vá por la calle

en pos de una mujer, cuyo andar airoso y cuyo talle le entusiasman, y luégo se adelanta, la mira el rostro, y ve que es vieja, ó tuerta, ó tiene hocico de mona.

El hombre además sería un mueble si conociera la verdad, aunque la verdad fuese bonita. Se aquietaria en su posesion y goce y se volveria tonto. Mejor es, pues, que sepamos pocas cosas. Lo que importa es saber lo bastante para que aparezca ó se columbre el misterio, y nunca lo bastante para que se explique ó se aclare. De esta suerte se excita la curiosidad, se aviva la fantasía y se inventan teorías, dogmas y otras ingeniosidades, que nos entretienen y consuelan durante nuestra existencia terrestre; de todo lo cual careceríamos, siendo mil veces más infelices, si de puro rudos no se nos presentase el misterio, ó si de puro hábiles llegásemos á desentrañar su hondo y verdadero significado.

Entre estas ciencias inexactas, que tanto me deleitan, hay una, muy en moda ahora, que es objeto de mi predileccion. Hablo de la prehistoria.

Yo, sin saber si hago bien, divido en dos partes esta ciencia. Una, que me atreveria á llamar prehistoria geológica, está fundada en el descubrimiento de calaveras, canillas, flechas y lanzas, pucheretes y otros cacharros, que suponen

los sabios que son de una edad remotísima, que llaman de piedra. Esta prehistoria me divierte ménos, y tiene, á mi ver muchísimos ménos lances que otra prehistoria que llamarémos filológica, fundada en el estudio de los primitivos idiomas y en los documentos que en ellos se conservan escritos. Esta es la prehistoria que á mí me hace más gracia.

¡Qué variedad de opiniones! ¡Qué agudas conjeturas! ¡Con qué arte se disponen y ordenan los hechos conocidos para que se adapten al sistema que forja cada sabio! Ya toda la civilizacion nace de Egipto; ya de los acadies en el centro del Ásia; ya viene de la India; ya de un continente que llaman Lemuria, hundido en el seno del mar, al Sur, entre África y Ásia; ya de otro continente, que hubo entre Europa y América, y que se llamó la Atlántida.

Sobre el idioma primitivo, así como sobre la primitiva civilizacion, se sigue disputando. Hasta se disputa sobre si fué uno ó fueron varios los idiomas: esto es, sobre si los hombres empezaron á dispersarse por el mundo *alalos*, ó digamos, sin habla aún, y en manadas, y luégo fueron inventando diversos idiomas en diversos puntos, ó sobre si ántes de la dispersion hablaban ya todos una sola lengua.

Mi prurito de curiosear me induce á leer cuantos libros nuevos van saliendo sobre esta materia, que no son pocos; y miéntras más desatinados son, miradas las cosas por el vulgo de los timoratos, más me divierten los tales libros.

En estos últimos dias los libros que he leido van en contra de los arios, de los egipcios, de los semitas y de otras naciones y castas, que ántes pasaban por las civilizadoras en grado superior. Si los libros antiguos han sostenido que la civilizacion, como la luz solar, se difundió de Oriente hácia Occidente, estos nuevos libros afirman que se difundió en sentido inverso, de Occidente hácia Oriente. Todo el saber de los magos de Iran y de Caldea, de los brahmanes de las orillas del Gánges, de los sacerdotes de Isis y Osíris, de los iniciados en Samotracia y de los pueblos de Fenicia y Frigia, no vale un pito, comparado al saber de ciertos galos primitivos, cuyo centro de luz estuvo en un París prehistórico.

Los galos y sus bardos y druidas, poetas y sacerdotes, lo enseñaron todo; pero su misma ciencia era ya reflejo confuso y recuerdo no completo de la ciencia que poseyeron, en el centro del país fértil y hermoso que hoy se llama Francia, ántes de la venida de los celtas, otros hom-

bres más primitivos y excelentes que llamarémos hiperbóreos ó protoscitas.

Pero ¿qué lengua hablaban estos protoscitas ó hiperbóreos, cuyo centro y foco civilizador fué un París de hace seis ó siete mil años lo ménos? Hablaban la lengua euskara, vulgo vascuence. ¿De dónde habian venido? Habian venido de la Atlántida, que se hundió. ¿Qué conocimientos tenian? Tenian todos los conocimientos que hoy poseemos y muchos más que se han ofuscado por medio de fábulas y de otras niñerías. Así, pues, los arimaspes, que tenian un ojo solo y miraban al cielo, eran los astrónomos de entónces, que ya conocian el telescopio; y la flecha en que Abaris iba cabalgando de un extremo á otro de la tierra, era el globo aerostático ó un artificio para volar con direccion y brújula, etc., etc., etc. Ya se entiende que la época de los arimaspes y la de Abaris son de decadencia para la civilizacion hiperbórea.

Confieso que todo este sistema me encantó. No es mi propósito exponerle aquí. Paso volando sobre él y voy á mi asunto.

Digo, no obstante, que me encantó por dos razones. Es la primera lo mucho que Francia me agrada. ¿Cuanto más natural es que el gérmen de la civilizacion europea haya nacido y

florecido, desde antiguo, en aquel feraz y riquísimo jardin, en aquel suelo privilegiado, que no en la Mesopotamia ó en las orillas del Nilo? Y es la segunda razon, la de que tengo amigos guipuzcoanos, que habrán de alegrarse mucho, si se prueba bien que su lengua y su casta fueron el instrumento de que se valió la Providencia para acabar con la barbarie, iluminar el mundo y adoctrinar á las demás naciones.

¡Cuánto se holgará de esto, si vive aún, como deseo, mi docto y querido amigo D. Joaquin de Irizar y Moya, que ha escrito obras tan notables sobre la lengua vascuence, echando la zancadilla á los Erros, Larramendis y Astarloas! Algo aprovechará él de las flamantes invenciones para dar más vigor á su sistema, arreglándole de suerte que se ajuste y cuadre con la más perfecta ortodoxia católica.

Sea como sea, para mí es evidente que ántes de que penetráran en España los celtas, los fenicios, los griegos y otras gentes, hubo en España un pueblo civilizado, que llamarémos los iberos. Este pueblo se extendia por toda nuestra península, y áun tenia colonias en Cerdeña, en Italia y en otras partes, como Guillermo Humbolt lo ha demostrado. Eran vascos y hablaban la lengua euskara. La nacion y estado

más culto é ilustre entre ellos fué la república de los turdetanos, quienes, segun testimonio de Estrabon, tuvieron letras y leyes y lindos poemas en verso, que contaban seis mil años de antigüedad. Ahora bien, los alfabetos celtibérico y turdetano, que ha reconstruido y publica don Luis José Velazquez, son muy modernos en comparacion de la fecha anteriormente citada. Dichos alfabetos son un trasunto del fenicio ó del griego, y debe suponerse, por lo tanto, que ántes de la venida á España de griegos y de fenicios, los turdetanos tuvieron alfabeto propio, con el cual escribieron sus poemas y demás obras.

A mi ver, el Sr. D. Manuel de Góngora y Martinez ha tenido la gloria de descubrir este alfabeto. Véanse las inscripciones que copia en sus *Antigüedades prehistóricas de Andalucía,* de la *Cueva de los letreros* y de otras cuevas y escondites, algunos de los cuales se hallan cerca del lugar de Villabermeja, lugar que yo he tratado de hacer famoso, así como á su más conspicuo habitante el Sr. D. Juan Fresco.

A corta distancia de Villabermeja hay un sitio, que apellidan el Laderon, donde cada dia se descubren vestigios y reliquias de una antiquísima y floreciente ciudad.

El erudito y sagaz anticuario D. Aureliano Fernandez Guerra prueba que allí estuvo Favencia, en tiempo de los romanos, ciudad que desde época muy anterior se llamaba Vesci.

Don Juan Fresco, excitada su curiosidad y estimulada su actividad infatigable, desde que el Sr. Góngora, publicando en 1868 sus *Antigüedades,* le puso sobre la pista, se ha dado á buscar letreros en *Cuevas escritas* y en otros monumentos que hay cerca de Vesci, y los ha hallado y reunido en mucha copia.

Emulo de Champollion Figeac, Anquetil Duperron, Burnouf, Grotefend, Oppert y Lassen, mi referido amigo D. Juan Fresco cree haber descifrado estos garrapatos ibéricos primitivos, como aquellos otros sabios, los hieroglíficos, la escritura cuneiforme y demás reconditeces.

Yo no intento abogar aquí por el descubrimiento de mi tocayo y paisano y demostrar que es evidente. Esto ya lo hará él en su dia. Yo voy á limitarme á referir una historia que Don Juan Fresco dice haber leido en ciertas inscripcionessemejantes á las de la *Cueva de los letreros.* Entendidas las letras, parece que lo demás es llano, pues el idioma ibero primitivo es casi el vascuence de ahora.

Me pesa de no dar aquí la traduccion exacta

del texto original. Don Juan Fresco no ha querido comunicármela. Haré, pues, la narracion con las pausas, explicaciones y comentarios intercalados que él la ha hecho. De otro modo no se comprendería.

La historia es relativamente moderna; pues, segun mi amigo, todavía han de descubrirse leyendas é historias en lengua proto-ibérica, más antiguas y venerables que el poema egipcio de Pentaur sobre una hazaña de Sesóstris ó Ransés II, y que los poemas hallados por nuestro conocido el diplomático Sr. Layard en la biblioteca de Asurbanipal en Nínive: poemas ya arcáicos ocho siglos ántes de Cristo, y traducidos los más de la lengua sagrada de los acadies, entónces tan muerta como el latin ahora entre nosotros.

Y esto no debe maravillarnos, porque segun Roisel, en *Los Atlantes,* toda cultura viene de éstos, ántes de que la hubiera en Caldea, en Asiria, en Egipto ó en punto alguno de Oriente.

Es una lástima que no tengamos aún documentos del siglo de oro ó de los siglos de oro de la literatura atlántica parisina, de hará unos ocho mil años, ni de la emanacion bética de aquella cultura, implantada á orillas del Guadalquivir por los turdetanos.

El documento hallado, descifrado, explicado y comentado por Don Juan Fresco es de época relativamente fresca: como si dijéramos de ayer de mañana. Ya la cultura ibérica indígena había decaido, y España se veía llena de colonias fenicias y áun griegas. Los de Zazinto habian ya fundado á Sagunto, y hacía más de un siglo que habian fundado los tirios á Málaga, Abdera, Hispalis y Gades. Era por los años de 1000, ántes de nuestra era vulgar, sobre poco más ó ménos.

II

Vesci era una ciudad importante de la confederacion de los túrdulos. En el tiempo á que nos referimos, los vescianos tenian ya la misma calidad que á sus descendientes del dia les ha valido el dictado de bermejinos: casi todos eran rubios como unas candelas. Descollaba entre todos, así por lo rubio como por lo buen mozo y gallardo, el elegante y noble mancebo Mutileder. Disparaba la honda con habilidad extraordinaria y mataba á pedradas los aviones que pasaban volando; montaba bien á caballo; guiaba como pocos un carro de guerra; sabía de memoria los mejores versos turdetanos y los componía tambien muy regulares; con un garrote en la poderosa diestra era un hombre tremendo; con las mujeres era más dulce que una arropía y más sin hiel que una paloma; corría

como un gamo; luchaba á brazo partido como los osos, y poseía otra multitud de prendas que le hacian recomendable. Casi se puede asegurar que su único defecto era el de ser pobre.

Mutileder, huérfano de padre y madre, no tenía predios urbanos ni rústicos, vivia como de caridad en casa de unos tios suyos, y en Vesci no sabía en qué emplearse para ganarse la vida. Era un señor, como vulgarmente se dice, sin oficio ni beneficio.

Frisaba ya en los veinticuatro años, y harto de aquella vida, y ansiando ver mundo, pidió la bendicion á sus tios, quienes se la dieron acompañada de algun dinero, y tomando además armas y caballo, salió de Vesci á buscar aventuras y modo de mejorar de condicion.

Como Mutileder tenía tan hermosa presencia, y era además simpático y alegre, por todas partes iba agradando mucho. Los sugetos de suposicion y campanillas le convidaban á bailes y fiestas, y las damas más graciosas y encopetadas le ponian ojos amorosos; pero él era bueno, pudibundo é inocenton, y nada útil sacaba de todo esto. El dinero que le dieron sus tios se iba consumiendo, y no acudía nuevo dinero á reemplazarle.

Así, deteniéndose en diferentes poblaciones, como, por ejemplo, en Igábron; pasando luégo el Síngilis, hoy Genil; entrando en la tierra de los turdetanos, y parando tambien en Ventipo, llegó á un lugar de los bástulos que se llamaba entónces Aratispi, y que yo sospecho que ha de ser la Alora de nuestros tiempos, tan famosa por sus *juegos llanos*. Allí tenía Mutileder una prima, que era un sol de belleza, con diez y ocho años de edad, y más rubia que él, si cabe. Esta prima se llamaba Echeloría. Su padre, viudo y muy rico, la idolatraba.

Mutileder y Echeloría eran de casta ibera purísima, sin mezcla alguna de celtas ni de fenicios. Sus familias, ó mejor diré su familia, pues era una misma la de ambos, se jactaba, no sin fundamento, de descender de los primitivos atlantes, que habian emigrado muchos siglos hacía, cuando se hundió en el mar la Atlántida, y que, yendo unos por mar siempre, habian llevado á Egipto la cultura, mucho ántes de la civilizadora expedicion de Osíris, miéntras que otros, conocidos despues con el nombre de hiperbóreos, desembarcando en Francia, habian difundido la luz y fundado florecientes Estados, caminando hácia Oriente hasta más allá de las montañas Rifeas, é influyendo, por último, en el

despertar á la vida política y culta de los arios y de los semitas.

En suma, Echeloría y Mutileder eran dos personas ilustres y dignas de serlo por su mérito.

Apénas se vieron, se amaron.... ¿Qué digo se amaron? Se enamoraron perdidamente el uno de la otra y el otro de la una.

El padre de Echeloría, que no tenía nada de lerdo, notó en seguida el amor de la muchacha y procuró acabar con él, porque el primito no poseía otro patrimonio que su apasionado corazon; pero Echeloría estaba prendada de véras, y el padre, que en el fondo era un bendito, se avino y se resignó al cabo á que Mutileder aspirase á ser su yerno.

Ambos amantes se juraron eterna fidelidad. «Antes morir que ser de otro», dijo ella. «Antes morir que ser de otra», respondió él. Y esta promesa se hizo repetidas veces y se solemnizó y corroboró con los juramentos más terribles.

Despues de esto, ¿qué remedio había sino casar cuanto ántes á los primos novios? Así lo resolvió el padre, y se empezaron á hacer los preparativos para la boda, que debía verificarse en el próximo otoño.

Era ya el fin de la primavera, y en aquellas

edades antiquísimas sucedía lo propio que ahora que á la primavera seguia el verano.

Aratispi era lugar más bonito que lo es Alora al presente. En torno habia, como hay aún, fértiles huertas y frondosos y siempre verdes bosques de naranjos y limoneros; pero los cerros que limitaban aquel valle amenísimo, en vez de estar pelados, como ahora, estaban cubiertos de encinas, alcornoques, algarrobos, castaños y otros árboles, entre cuyos troncos y á cuya sombra crecian brezos, helechos, tomillo, mejorana, mastranzo y otras plantas y hierbas olorosas.

Era tal entónces la generosidad de aquel suelo, que las palmas enanas, que hoy suelen cubrirle y que apénas sirven para más que para hacer escobas y esportillas, se alzaban á grande altura, miéntras que las crestas más empinadas de los montes, calvas ahora, se veian cubiertas de una verde diadema de abetos, de pinos y de cipreses.

A pesar de todo, fuerza es confesar que en verano hacía entónces en Aratispi un calor de todos los demonios.

Echeloría quiso, con razon, tomar algunos baños de mar, y su padre la llevó á un puerto muy bonito, cerca de Málaga, que D. Juan Fresco y yo calculamos que debió de ser Churriana.

Naturalmente Mutileder fué á Churriana tambien, acompañando á su futura.

Los primos estaban como dos tortolitas, arrullándose siempre. Miéntras más miraba él á Echeloría, más linda y angelical la encontraba y más melífluo se ponia con ella. Y miéntras más miraba Echeloría á Mutileder, mayor número de perfecciones y de excelencias hallaba en él.

Pues no digamos nada, porque sería cuento de nunca acabar, de la mutua admiracion que nacia en ambas almas al considerar el talento ó la habilidad del objeto de su amor. Cada pedrada que tiraba Mutileder mataba un pajarillo y partia el corazon de Echeloría, á fuerza de entusiasmo. Y Echeloría, por su parte, á más de encantar á Mutileder con los cantares que sabía entonar, le habia hecho una honda de pita, tan llena de sutiles y primorosas labores, que él se quedaba horas enteras embobado contemplando la honda.

Los dos enamorados gozaban de la más completa libertad y se iban solos de paseo por aquellos vericuetos y andurriales; ya por la orilla del resonante mar; ya por los encinares y olivares que vestian aquellos alcores; ya por los verjeles, sotos y alamedas del valle, regado por un riachuelo cristalino. Pero uno y otro eran tan

como Dios manda, que á pesar de lo mucho que se querian, no se propasaron nunca á otra cosa sino á estrecharse afectuosamente las manos, y una ó dos veces á lo más, á consentir ella en recibir un casto beso en la tersa y cándida frente, y á lograr él estamparle.

La suma virtud y exquisita delicadeza de estos primos lo ponia todo en reserva para el dia dichoso en que la religion y las leyes consagrasen su union indisoluble.

Entre tanto se decian doscientas mil ternuras á cada momento. «Tu nombre es un sello que he puesto sobre mi corazon», exclamaba Echeloría. «Mi corazon es tuyo para siempre: ántes dejará de latir que de amarte á tí sola», contestaba Mutileder.

En estos coloquios se pasaban las horas, y de contínuo estaban juntos ambos amantes, ménos cuando Echeloría se retiraba á dormir al lado de su anciana nodriza y en estancia muy resguardada, ó bien cuando iba á la playa á bañarse; pues entónces, á fin de evitar el qué dirán y las murmuraciones, Mutileder no se bañaba con ella, tal vez por no usarse aún trajes de baño, tan complicados y encubridores de las formas como los que se llevan ahora en Biarritz y en otros sitios.

III

Málaga era ciudad fenicia de mucho comercio. Casi competia con Cádiz. Su puerto estaba lleno de naves tirias, pelasgas, griegas y etruscas. En sus tiendas se vendian mil primores traidos de lejanos países: telas de lana, teñidas de púrpura en Tiro; joyas de oro, hechas en Ménfis, en Sais y en otras ciudades egipcias; piedras preciosas y tejidos de algodon del Indostan; alfombras de Persia, y hasta sedería del casi ignorado país de los Seras.

Echeloría fué á Málaga várias veces, con su padre y con su novio, á recorrer dichas tiendas y á comprar galas para el suspirado dia del casamiento.

Hallábase á la sazon en Málaga uno de los más audaces y sabios marinos que habia entónces en el mundo: el célebre Adherbal.

Acababa de hacer una navegacion felicísima, y su nave se parecia, anclada en el puerto, cargada de estaño, ámbar, hierro, pieles de armiños y de castores, y otros objetos de valor que él habia ido á buscar á las costas de Francia, Inglaterra y otras regiones del Norte de Europa, á donde sólo los fenicios se aventuraban á llegar en aquella época.

Adherbal pensaba volver pronto á Tiro; pero ántes debia tomar en Málaga cobre, vino, azogue y oro en polvo de las arenas de nuestros rios, dejando allí en cambio parte de su cargamento.

Paseando un dia por el muelle vió Adherbal á Echeloría, y al verla juró por Melcart y por Astoret, como si dijéramos por Hércules y por Vénus, que jamas habia visto criatura más linda y salada. Ganas tuvo de llegarse de súbito á la muchacha y de soltarle el pavo, esto es, de decirle sin ceremonia sus atrevidos pensamientos: pero Mutileder iba al lado de ella, mirando receloso á todas partes, con la barba sobre el hombro, en actitud desconfiada y hostil, y blandiendo un enorme y fiero garrote.

La prudencia refrenó los ímpetus del marino fenicio. Bastaba ver de refilon á Mutileder para hacerse cargo de que era capaz de deslo-

mar á cualquiera de un garrotazo, si llegaba á descomponerse un poco con la hermosa y cándida Echeloría.

Adherbal, como queda dicho, era prudente, pero era obstinado tambien, emprendedor y ladino. Echeloría no produjo en él una impresion fugaz y ligera, sino profunda y durable. Así fué que determinó averiguar quién era y dónde vivia, y lo consiguió con discrecion y recato.

Dos ó tres veces fué despues á caballo á Churriana con disimulo, y volvió á ver á la niña, quedando cautivo de su singular donaire.

Por último, por medio de personas listas del país, se informó de la vida de Echeloría, supo que iba á casarse con Mutileder, y no quedó pormenor de que no llegase á tener cabal noticia.

Con estos elementos formó Adherbal un plan diabólico, el cual le salió bien, como por desgracia salen bien casi todos los planes diabólicos.

Una mañana muy temprano levó anclas su nave y zarpó del puerto de Málaga, despues de despedirse él para Tiro. Fuera ya la nave del puerto, se quedó, muy cerca de la costa, hácia el Oeste, dando bordeadas como para ganar

mejor viento. Así trascurrieron algunas horas, hasta que llegó aquélla en que la gentil Echeloria bajaba á bañarse en la mar. Entónces saltó Adherbal en una lancha ligerísima con ocho remeros pujantes y otros dos hombres de la tripulacion, grandes nadadores y buzos, y de los más ágiles y devotos á su persona. Con la lancha se acercó cautelosamente, ocultándose en las sinuosidades de la costa y al abrigo de las peñas y montecillos, hasta que llegó cerca del lugar donde Echeloría se bañaba, creyéndose segura y con el más completo descuido. Los nadadores se echaron entónces al agua, zambulleron, surgieron de improviso donde Echeloría estaba bañándose, se apoderaron de ella á pesar de sus gritos, que pronto terminaron en desmayo causado por el susto, y en aquella disposicion, hermosa é interesante como una ondina, se la llevaron á la lancha, donde Adherbal la recibió en sus brazos, y luégo la condujo á bordo de su nave. Ésta desplegó al punto todas sus velas, y aprovechándose de un viento fresco de Poniente, que acababa de levantarse, no corria, sino que volaba sobre las ondas azules del Mediterráneo.

Várias muchachas, que se bañaban con Echeloría, huyeron con espanto de aquella zalagarda,

y, saltando en tierra, alarmaron con sus gemidos y sollozos á la nodriza, que estaba en éxtasis y de nada se habia percatado. En cambio, apénas se enteró de lo ocurrido, se extremó en hacer muestras de su dolor. Allí fué el mesarse las venerables canas, el revolcarse por el suelo, y el dar tan formidables chillidos, que Mutileder, aunque estaba léjos, acudió al sitio, oyéndolos. El infeliz amante supo entónces toda la enormidad de su infortunio, mas demasiado tarde por desgracia. La nave del raptor se percibia aún, pero léjos, y navegando con tal rapidez que pronto iba á perderse detras de la comba que forma el mar, marcando una curva de azul profundo en el cielo más claro.

El furor de Mutileder fué indescriptible, aunque á nada conducia. Ni siquiera supo á punto fijo el infeliz amante quién habia sido el raptor, por más que sospechase de aquel marino que en Málaga habia puesto en Echeloría los lascivos y codiciosos ojos.

Estos raptos de mujeres eran frecuentísimos en aquellas edades heroicas, y habian dado ya y debian seguir dando ocasion á no pocos disturbios y guerras. Los fenicios habian robado á Io, hija de Inaco; los griegos habian robado á Europa de Fenicia, á Medea de Colcos, y á

Ariadna de Creta; y por último, un príncipe frigio habia robado á la bella Helena, mujer del rey de Esparta, Menelao, motivando así una lucha larga y mortífera, y al cabo la destruccion de Troya.

Don Juan Fresco explica, á mi ver, de un modo satisfactorio estos raptos de mujeres. Supone que la mujer, por lo mismo que su belleza es tan delicada, no se cria naturalmente. Lo único que se cria es la hembra del hombre. La verdadera mujer es producto artificial, que resulta de grande esmero y cuidado y de exquisito y alambicado cultivo. De aquí la rareza entónces de la verdadera mujer y el mágico y portentoso efecto que producia en el alma de guerreros bárbaros y briosos, avezados á ver hembras solamente.

Cuando los hombres se recobraban de su pasmo volvian á hacer á la mujer de peor condicion que al esclavo más humilde; pero, en ocasiones, una mujer bien lavada, cuidada y compuesta, infundia amor ferviente, frenético entusiasmo y cierta adoracion como si fuese algo divino. De aquí las patrañas ó *mitos* de las hadas y encantadoras como Circe y Calipso, que convertian á los hombres en bestias; la *ginecocracia,* esto es, el imperio de la mujer, estable-

cido en muchas partes, como en el país de las Amazonas y en la Arabia Feliz; y el omnímodo influjo, ora funesto, ora útil, que ejercieron algunas damas en los varones más crudos y valerosos, como Onfale en Hércules, Dálila en Sanson, Betzabé en David, Egeria en Numa, y Judit en Holofernes. De aquí, por último, que ganasen tanto crédito las sibilas, las pitonisas y las druidisas; todo ello, sin duda, porque cuidaban más de sus personas, y lograban pulir y descubrir la escondida hermosura, invisible por lo general en la hembra por falta de pulimento y aseo.

Ademas, el entender la hermosura y el afanarse por lograrla hacian hermosa á la mujer. Hoy, mucho de esta cualidad, domeñada ya la naturaleza rebelde, suele trasmitirse por herencia; pero en los tiempos heroicos, la hermosura era como inspirada creacion que la mujer artista realizaba en su propio cuerpo, á fuerza de esmerarse. Todavía, cinco siglos despues de la época en que ocurre nuestra historia, asombran el estudio, la prolijidad y los preparativos minuciosos de que se valian las mujeres para presentarse de una manera digna. A fin de agradar al rey Asuero, que buscaba reina, despues de repudiada Vastí, se pasaban las chicas un

año entero frotándose con linimentos y pomadas, saumándose, lavándose, perfilándose y acicalándose. En el dia, con una hora de preparacion bastaria para presentar ante el sibarita más refinado á la más ruda de las campesinas: prueba irrefragable de que lo adquirido por arte y educacion se trasmite de madres á hijas. Verdad es que, en cambio, la naturaleza es ménos dúctil ahora, y la hotentota, aunque se friegue y se adobe más que las que iban á presentarse á Asuero, hotentota permanece; de donde, sin duda, el refran que dice: «Aunque la mona se vista de seda mona se queda.»

Dejemos, no obstante, refranes y digresiones á un lado, y prosigamos nuestro cuento.

Echeloría, por naturaleza y por arte, por herencia y por conquista, era un primor. Y Mutileder, que con razon la adoraba, no la lloró perdida, con femenil amargura, sino que, agitando su garrote y haciendo crujir la honda con chasquidos estruendosos, juró buscar á su amada, librarla del raptor, y vengarse de éste descalabrándole de una buena pedrada ó moliéndole á palos.

Cuenta la historia que Mutileder, en el instante de hacer aquel juramento, estaba tan hermoso que no podia ser más. Sus ojos azules,

dulces de ordinario, lanzaban centellas luminosas; su afilada y recta nariz, hinchada por la cólera, mostraba muy dilatadas las ventanillas; las cejas, frunciéndose en el centro, daban mayor majestad á su frente; la boca entreabierta dejaba ver unos dientes blancos, iguales y firmes, y sana frescura y vivo color de carmin en encías y lengua. Su cabeza, echada atras con arrogancia, y destocada, lucía copiosa y rubia cabellera, que flotaba en rizos graciosos á merced de la brisa; sus piernas y sus brazos desnudos, contraida entónces la musculatura por la energía de la actitud, daban envidia á los de Hércules mancebo. Todo en Mutileder era beldad, elegancia, brío y donosura. Su voz, alterada por la pasion, penetraba en los corazones, aunque sus palabras no se entendiesen.

En aquel instante ¡oh fuerza del destino! acertó á pasar por allí la graciosa y distinguida Chemed, que en fenicio significa *belleza,* la viuda más coqueta y caprichosa que habia en Málaga. Su marido la habia dejado jóven y con muchos bienes de fortuna. Ella seguia con la casa de comercio de su marido, bajo la razon insocial de *la viuda Chemed.* En aquella ocasion volvia de solazarse de una quinta que tenía en Churriana.

Seis atezados etíopes la llevaban en silla de manos, y dos escuderos, una dueña y cuatro pajecillos egipcios la acompañaban tambien para más autoridad y decoro.

Chemed oyó á Mutileder, le miró y se maravilló; volvió á mirarle y se quedó más maravillada. Entónces dijo para sí: «Divinos cielos, ¿qué es lo que miro? ¿Será éste dios ó será mortal? ¿Resplandeceria más Adónis cuando Astoret se prendó de él?»

Pero, prosiguiendo su soliloquio de preguntas, Chemed prosiguió tambien su camino, sin interrogar al mancebo, que parecia estar furioso, y sin atreverse siquiera á pararse y á bajar de la silla de manos, en medio de gente extraña, cuya lengua no entendia, porque hablaban el ibero, que, como ya queda dicho, era lo que se llama hoy el vascuence. Si Chemed hubiera sabido que Mutileder hablaba corrientemente el fenicio, como en efecto le hablaba, sin duda que se hubiera detenido; pero, no sabiéndolo ni sospechándolo, Chemed pasó de largo.

IV.

Luégo que Mutileder echó sapos y culebras por la boca y se desahogó cuanto pudo, acudió á dar á su presunto suegro la mala noticia del rapto, y á consolarle, si cabia consuelo en tamaño dolor.

Para evitar prolijidad no se ponen aquí las lamentaciones que hicieron ambos á duo. Lo que importa saber es que Mutileder y su suegro, despues de maduro exámen, reconocieron que era inútil quejarse del rapto á las autoridades de Málaga, las cuales no les harian caso, ó si les hacian caso, nada podrian contra un marino tan mimado en Tiro, como Adherbal lo era. A cualquiera exhorto, que los sufetes ó jueces de Málaga enviasen contra Adherbal, era evidente que los sufetes tirios habian de dar carpetazo, haciendo la vista gorda. No habia más recurso

que resignarse y aguantarse, ó tomar la venganza y la satisfaccion por la propia mano. Esto último fué lo que decidió Mutileder con varonil energía.

Se despidió de su presunto suegro, y sin pensar en recursos pecuniarios ni en nada que lo valiese, se fué á Málaga á tomar lenguas, á cerciorarse de que era Adherbal el raptor, como ya lo sospechaba, y á buscar modo de irse á Tiro en la primera nave que para Tiro saliese, á fin de arrancar á Echeloría del cautiverio ó secuestro en que estaba y de hacer en Adherbal un ejemplar y justo castigo.

En medio de todo, Mutileder sentia cierto consuelo. Pensaba en que Echeloría habia jurado serle fiel ó morir, y daba por seguro que moriria ántes que faltar á su promesa. Él mismo habia hecho igual juramento, y se sentia con la suficiente firmeza para cumplirle.

Con estas ideas en la mente y con el bizarro propósito de irse á Tiro cuanto ántes, recorrió Mutileder las calles de Málaga hasta que empezó á anochecer. Todas las noticias que adquirió le confirmaron en que era Adherbal el raptor de Echeloría. En lo que no adelantó mucho fué en concertarse con algun patron de buque que saliese pronto y le llevase para Fenicia.

Llegó la noche, como queda apuntado, y ya Mutileder se retiraba á su posada, cuando sintió que le tiraban suavemente de la capa por detras. Volvió el rostro, y vió á un pajecillo egipcio que le dijo:

—Señor Mutileder, sígame vuestra merced, que hay persona que desea hablarle sobre asuntos que le interesan.

—¿Y quién puede ser esa persona? contestó él. Yo, en Málaga, no conozco á nadie.

Entónces replicó el pajecillo:

—Aunque vuestra merced no conozca á esta persona, esta persona le conoce. Hoy, de mañana, pasó junto al lugar del rapto protervo, y oyó y vió á vuestra merced cuando de él se lamentaba. La persona es compasiva y excelente, y se enterneció. Ha tomado informes sobre todo lo ocurrido, y su enternecimiento se ha hecho mayor. Desea remediar el mal de vuestra merced, con quien le importa conferenciar en seguida. ¿Quiere vuestra merced seguirme?

Mutileder no halló motivo razonable para decir que no, y siguió al pajecillo.

Siguiéndole por calles y callejuelas, que atravesaron rápidamente, llegó nuestro héroe protobermejino á una puertecilla falsa y cerrada, en el extremo de un callejon sin salida.

El paje aplicó una llave á la cerradura, le dió dos vueltas, y la puerta se abrió sin ruido. Entró el paje, y le siguió Mutileder.

Cerró el paje la puerta de nuevo, y quedaron él y nuestro amigo en la más completa oscuridad. El paje asió de la mano á Mutileder, y le guió por las tinieblas. Al cabo de poco tiempo vieron luz y una linterna que estaba en el suelo. La tomó el paje, y, ya con ella, alumbró á Mutileder, y mostrándole el camino, le dijo que le siguiera. Subieron ambos por una estrecha y larga escalera de caracol: llegaron luégo á otra puertecilla; la abrió el paje; levantó un tapiz que habia detras, y él y Mutileder penetraron en una sala espaciosa y bien iluminada.

El paje entónces se escabulló sin saber cómo, y Mutileder se encontró frente á frente de una anciana y venerable dueña, la cual, con voz melíflua, le dijo:

—Sígueme, hermoso.

Y Mutileder la siguió, algo ruborizado del intempestivo requiebro.

No refiero aquí, porque estoy de prisa, y no debo ni puedo pararme en dibujos, los primores estupendos, las alhajas rarísimas, los lindos objetos de arte y los cómodos asientos y divanes que habia en várias salas por donde iban pa-

sando la dueña y nuestro héroe, que atortolado la seguia. Baste saber que allí se veia reunido de cuanto habia podido inventar el lujo asiático de entónces y de cuanto la activa solicitud de los navegantes fenicios habia podido traer de todas las comarcas á que solian ellos aportar, desde las bocas del Indo hasta las bocas del Rhin, puntos extremos de sus *periplos* ó navegaciones.

Lo que sí diré, es que si una sala era lujosa, otra lo era más, y que el primor iba en aumento conforme se pasaban salas. Maravilloso silencio y sosiego apacible reinaban en todas ellas. No se veia ni un alma. Soledad y dulce misterio. Rica y leve fragancia de perfumes sabeos impregnaba el tibio ambiente.

«—¿Qué será esto? decia Mutileder para su coleto. ¿Dónde me llevará esta buena señora?»

Y la admiracion y la duda se pintaban en su candoroso y bello semblante.

Por último, la dueña tocó á una puerta, que no estaba abierta como las demas que habian dado paso de un salon á otro salon, sino que estaba cerrada. La dueña la abrió un poco, lo suficiente para que cupiese por ella una persona, empujó á Mutileder, le hizo entrar, y quedándose fuera, cerró otra vez la puerta, dejándole solo.

Mutileder, que venía de salones donde habia mucha luz, nada veia al principio, é imaginó que el salon en que acababa de entrar estaba á oscuras; pero sus pupilas se dilataron muy pronto, y notó que una luz velada y dulce iluminaba aquella estancia, difundiéndose desde el seno de tres lámparas de alabastro.

Áun no habia tenido vagar para ver todo lo que le circundaba, cuando oyó Mutileder una voz blanda y argentina, que parecia salir de una garganta humana nueva y de una boca fresca, colorada y sana, porque todo esto se conoce en la voz, la cual le decia:

—Perdóname, amigo, que te haya hecho venir hasta aquí, deseosa de hablarte.

Dirigió Mutileder la vista hácia el punto de donde la voz procedia, y vió recostada lánguidamente en un ancho sofá á una dama morena y majestuosa como una emperatriz, vestida de blanca y flotante vestidura, con una cabellera abundante, lustrosa y negra como la endrina, y con unos ojos que parecian dos soles de luto, así por el fuego y los rayos que despedian, como por su oscuro color y por el color, no ménos oscuro, de las cejas, de las largas y rizadas pestañas, y áun de los párpados suaves, cuyas sombras acrecentaban el resplandor fulmíneo

de los referidos ojos. En los brazos desnudos, casi junto al hombro, tenía la dama brazaletes de oro de prolija y costosa labor; sobre el pecho y en las orejas, collar y zarcillos de esmeraldas; y sendas ajorcas, por el estilo de los brazaletes, en las gargantas de sus pequeños piés, calzados por coturnos de seda roja. Lazos de idéntica seda adornaban la falda y el corpiño y ceñian el airoso talle. Sobre el negrísimo cabello lucia, prendido con gracia, un ramo de flores de granado.

En todo esto reparó en conjunto Mutileder, pero sin analizar, como nosotros, porque estaba algo cortado y sin saber lo que le sucedia. La cosa no era para ménos; sobre todo, tratándose de un mozuelo que, si bien despejado y audaz, carecia de experiencia y jamas se habia visto en lances de aquel género.

Absorto, mudo, con la boca abierta, estaba Mutileder, cuando la dama se levantó y mostró de pié su gallarda estatura, esbelta y cimbreante como las palmas de Tadmor; y vino á él, y tomándole la mano, en la que él sintió como una conmocion eléctrica, le llevó á sí y le dijo:

—Siéntate. ¿Qué te asusta?

Y Mutileder se sentó, al lado de la dama, en un taburete bajito.

Luégo que Mutileder se hubo serenado, oyó á la dama con la debida atencion, y le respondió con concierto.

Ella le dijo que se llamaba Chemed, que era viuda y rica y natural de Tiro, que habia sabido su dolor, que se interesaba por él, á causa de una súbita é irresistible simpatía, y que anhelaba dar consuelo y remedio á sus males.

Aunque Chemed lo habia averiguado todo, quiso que Mutileder le refiriese su historia. Mutileder la refirió con elocuencia. Al hablar de Echeloría, aunque era hombre recio, se le saltaron las lágrimas. Con las lágrimas sobre sus mejillas y velando sus ojos azules, estaba el muchacho lo más bonito que puede imaginarse. Chemed no se hartaba de mirarle; pero ¡con qué miradas! Vamos, no es posible explicar cómo eran.

Chemed tenía cerca de treinta y cinco años. Mutileder no habia conocido á su madre. No sabia lo que era la amistad y el cariño de la mujer.

—¡Pobrecito mio! exclamaba Chemed. ¡Pícaro Adherbal! No paga con la vida el mal que te ha hecho. Haces bien en querer vengarte y salvar á Echeloría de las garras de ese monstruo. Mira, Mutileder: dentro de cuatro dias

debo yo salir para Tiro, donde tengo que arreglar mis asuntos, muy desordenados desde que mi marido murió. Tú vendrás en mi compañía. Considérame como á tu amiga más leal.

Y sencillamente Chemed tomaba la mano del inocente mozo, y la estrechaba entre las suyas y la retenia en cautividad, equilibrando el calor superior que habia en las de ella con el calor que él tenía en su mano.

Todavía se puso más interesante y bonito Mutileder cuando habló con efusion del eterno amor y de la fidelidad que él y Echeloría se habian jurado. Chemed celebraba todo esto, y lo hallaba muy á su gusto.

—Sí, hijo mio, decia á Mutileder, así debe ser. Dichosa Echeloría, que encontró en tí un modelo de amantes. No suelen ser como tú los demas hombres, sino volubles y perjuros. Todas mis riquezas, toda mi posicion daria yo si hubiese encontrado un amante tan resuelto y fino como tú.

En suma, esta conversacion siguió largo rato, y yo tengo notas y apuntes que me ha suministrado D. Juan Fresco y que me harian muy fácil referirla con todos sus pormenores; pero, como mi historia tiene que ir en un ALMANAQUE sin excitar á nadie á que los haga, y no puede ex-

tenderse mucho, sino ser á modo de breve compendio, me limitaré á lo más esencial, deslizándome algunas veces, con rapidez y como quien patina, en aquellos pasajes que más se presten á ello por lo resbaladizos.

V.

Cuatro dias despues de la conferencia primera entre Chemed y Mutileder, salian ambos de Málaga para Tiro en una magnífica nave. Mutileder iba en calidad de secretario privado de la dama para llevarle la correspondencia en lengua ibérica.

La amistad de ambos era íntima, y Mutileder, siempre que se veia en presencia de Chemed, estaba contento y como orgulloso de tener tan elegante y discreta amiga. Chemed tenía ademas mucho chiste y felicísimas ocurrencias: decia mil graciosos disparates; y Mutileder se regocijaba y reia sin poderlo remediar; pero, cuando estaba sólo, amarga melancolía se apoderaba de su alma, pensamientos crueles le atormentaban, y algo parecido á remordimientos le arañaba el corazon, como si fueran las

uñas de un gato, ó digamos mejor, de un tigre.

Mutileder hablaba entre dientes, lanzaba desconsolados suspiros, manoteaba y hasta se golpeaba y pellizcaba sin compasion, y solia exclamar:

«¡Qué diablura! ¡Qué diablura!»

En presencia de Chemed ó se olvidaba de su dolor ó le refrenaba y disimulaba. Ésta, á no dudarlo, era la diablura, á que su exclamacion aludia.

Mutileder habia tenido ya tiempo para meditar, reflexionar y hacer severo exámen de conciencia, y no se absolvia, sino que se condenaba por débil, perjuro y desleal, en grado superlativo.

A veces queria disculparse consigo mismo, y no lo lograba.

«Yo, decia, sigo amando á Echeloría, y Chemed no obsta para ello. Voy á buscar á Echeloría, á libertarla y á vengarla, y Chemed me ayuda en mi empresa. El cariño de Chemed tiene algo de maternal. ¡Es tan buena conmigo!—¡Es tan alegre y chistosa! ¡Qué tonterías tan saladas se le ocurren! ¿Cómo no he de reirme al oirlas? ¿He de estar siempre llorando? No: no es menester llorar: no es menester negarse á todo consuelo, como una bestia feroz, para demostrar

que es uno fiel y consecuente. Ya verémos cuando me encuentre con Adherbal si amo á Echeloría ó si no la amo.»

Estas y otras sutilezas y quintas esencias alambicaba, fraguaba y se representaba Mutileder para justificarse; pero, como hemos dicho, no lo lograba nunca.

De aquí su pena cuando estaba solo: y no sé de dónde, el olvido de su pena cuando de Chemed estaba acompañado. ¡Contradicciones inexplicables, raras antinomias de los corazones de los mortales!

De esta suerte, en soliloquios románticos, acerbos y dignos de Hamlet, siempre que estaba sin Chemed; y en coloquios amenos, en pláticas tiernas, y en juegos y risas, cuando Chemed aparecia, vivió Mutileder; y así se pasó el tiempo, caminó la nave, se detuvo en varios puntos de África y en algunas islas del archipiélago de Grecia, y llegó al fin á Tiro, capital entónces de Fenicia desde la ruina de Sidon, cuando los filisteos, rubios descendientes de Jafet, vinieron de Creta por mar, miéntras que del lado del desierto de Arabia entraban los israelitas en la tierra de Canaan y lo llevaban todo á sangre y fuego. Tiro habia hecho despues renacer el poder cananeo ó fenicio y estaba en

toda su gloria y florecimiento. Sobre el trono de Tiro resplandecia el rey Hiram, amigo de Salomon, hijo de David. Israelitas y fenicios eran estrechos y felices aliados.

Muy largo sería describir aquí la grandeza de Tiro. Dejémoslo para mejor ocasion. Lo que importa es decir que Mutileder buscó á Adherbal en seguida y no le halló. Pronto supo con rabia que el infatigable marino, sin reposar casi, se habia encargado del mando de la flotà, que Hiram y Salomon expedian con frecuencia á la India, desde el puerto de Aziongaber en el mar Rojo. Tres dias ántes de la llegada de Mutileder y de Chemed, Adherbal se habia puesto en marcha para tomar el mando referido.

Adherbal debia pasar por Jerusalen. Mutileder no pensó más que en perseguirle y alcanzarle, ántes de que se embarcára para tan largà navegacion, de la que sabe Dios cuándo volveria.

Temiendo que le faltasen las fuerzas y el valor para despedirse de Chemed, Mutileder preparó su viaje con el mayor sigilo, aprovechando la salida de una caravana; y, montado en un ligero dromedario, salió para Jerusalen, cuando Chemed ménos lo sospechaba.

Chemed lo supo y lo lloró al leer una carta

que él escribió ántes de partir y que entregó á Chemed una persona de toda confianza. La carta decia como sigue:

«Mi querida Chemed: Yo soy el más débil y el más malvado de los hombres. Debí huir de tí desde el primer momento y no entregarte nunca un corazon que no te pertenecia, que era de otra mujer y que jamas podia ser tuyo. Todo el afecto, toda la ternura que te he dado, ha sido falsía, perjurio é infamia. Y no porque yo fingiese esa ternura y ese afecto, que al contrario brotaban á borbotones, con toda sinceridad y con vehemente efusion, del fondo de mi pecho, sino porque, al consagrártelos, faltaba á la fe jurada, rompia el sello de la fidelidad que habia puesto Echeloría sobre mi alma, y me rebajaba hasta la vileza. De aquí mi lucha interior; de aquí mis contradicciones y extravagancias. A veces reia yo, jugaba y me deleitaba contigo; pero, cuando más contento estaba, surgia como espectro, como aterrador fantasma, de las profundidades de mi sér, el mismo amor ultrajado, el cual me azotaba rudamente con el azote de los remordimientos. Otros amantes, miéntras más aman, se hacen más dignos del amor, porque el amor hermosea y sublima los espíritus; pero yo, amándote, me degradaba en vez de

elevarme, porque pisoteaba juramentos y promesas, y no amándote, me degradaba tambien, porque recibia de tí inmensos é inestimables tesoros de cariño que no acertaba á pagar. Si olvidaba á Echeloría para amarte era yo un perjuro, y si no te amaba, para seguir amando á Echeloría, un falso, un estafador y un ingrato. Situacion tan horrible y poco digna no podia durar. El cielo ha estado benigno conmigo, aunque no lo merezco, proporcionándome ocasion de dejarte con razonable motivo, sin que puedas tú tildarme de galan sin entrañas. Adherbal no está en Tiro. Mi deber es perseguirle. La ofensa que me ha hecho no puede quedar impune. Tú misma me tendrias por vil y cobarde si yo no me vengára. No extrañes, pues, que te deje para cumplir con esta obligacion.—Adios; adios para siempre, ¡oh generosa y dulce amiga!»

Tal era la carta que escribió Mutileder, en buen fenicio, sin ninguna falta de gramática ni de ortografía. Chemed la leyó con lágrimas en los ojos y haciendo otros mil extremos de amoroso sentimiento.

Mutileder, entre tanto, caballero en su dromedario y lleno de impaciencia, iba trotando y galopando hácia Jerusalen. Harto de la pausa con que la caravana marchaba, tomó un guía,

poseedor de otro dromedario tan ligero como el suyo, y se adelantó al resto de sus compañeros de viaje. Así llegó en pocas jornadas á la ciudad que casi habia creado David, y que Salomon acababa de fortificar y hermosear con admirables monumentos. La habia ceñido de altas torres almenadas y de fuertes y gruesos muros; habia edificado, sobre gigantescos sillares, en la cumbre del monte Moria, donde fué el sacrificio de Abraham, el maravilloso y único templo del Dios único, y habia coronado las alturas de Sion con inexpugnable ciudadela y con alcázar suntuoso.

Dilatando Salomon sus conquistas al Sur del mar Muerto, domeñando á los hijos de Edom, de Amalec y de Madian, y enseñoreándose de Elath y de Aziongaber, abrió puertos para comerciar con el Hadramauth y el Yemen, con el alto Egipto, con la Nubia y con las Indias orientales. Cortando luégo las corpulentas hayas y los pinos y cedros seculares del Líbano, haciéndolos llevar en hombros de los más robustos varones de las naciones vencidas, como de los *refaim,* por ejemplo, raza descomedida de gigantes, que casi ladraban en vez de hablar; y trabando entre sí los leños con arte y maestría, hizo formar Salomon flotantes castillos que re-

sistiesen el ímpetu de los huracanes y el furor de las olas. En medio del desierto, Salomon habia fundado á Tadmor, célebre despues con el nombre de Palmira, en un oásis lleno de palmas, á fin de que fuese emporio riquísimo y lugar de reposo de las caravanas que iban desde las orillas del Jordan á las del Eufrates y del Tígris; á Damasco, á Nínive y á Babilonia. Estaba, por último, interesado Salomon en el comercio de los fenicios con Társis ó Iberia, patria de Mutileder, y áun de más allá, hácia el Occidente y Norte del mundo; bastante más allá, porque las naves tirias llegaban hasta el Báltico. Por todo lo cual refluia sobre Jerusalen cuanto Dios crió de bienes temporales. La plata era tan comun, que se miraba con desprecio. Todo se fabricaba de oro purísimo, hasta los trastos de cocina. De Arabia venian perfumes; de Egipto, telas de lino, caballos y carros; esclavos negros y marfil, de Nubia; y especierías y madera de sándalo, y perlas, y diamantes, y papagayos y jimios y pavos reales, y telas de algodon y de seda, de allá de la desembocadura del Indo. Oro venía de todas partes, ya de Tíbar, ya de Ofir; ámbar y estaño, del Norte de Europa; cobre y hierro, de España. De esta suerte abundaba todo en Jerusalen. La fama

del rey volaba por el mundo, porque el rey excedió á los demas reyes, habidos y por haber, en ciencia y en riqueza; y no habia persona de buen gusto que no desease ver su cara, y sobre todo, los hijos de Israel, á quienes las naciones extranjeras respetaban y temian, por donde vivieron ellos tranquilos y venturosos, á la sombra de sus parras y de sus higueras, desde Dan hasta Beersebá, durante todos los dias de aquel reinado.

Pues, como íbamos diciendo, á esta espléndida ciudad de Jerusalen llegó nuestro bermejino prehistórico, acompañado de su guía, pero más confiado en su fiero garrote y en la primorosa honda que le habia regalado Echeloría, y con la cual, segun suele decirse, no se le cocia el pan hasta que vengase á su primer amor, descalabrando al raptor injusto de una violenta y certera pedrada.

Preocupado con estos pensamientos de venganza, y como hombre que va á su negocio y que no viaja á lo *touriste,* Mutileder no quiso visitar las curiosidades de Jerusalen ni enterarse de nada de lo que allí sucedia, á no ser del paradero de Adherbal.

Imagine el pío lector qué desesperacion no sería la de Mutileder cuando en seguida supo

de buena tinta que Adherbal, viendo que urgia darse á la vela, y llegar pronto al Océano, para no desperdiciar la monzon, favorable entónces á los que iban á la India, habia salido en posta, con dromedarios que de trecho en trecho estaban ya preparados y escalonados en el camino, á fin de verse cuanto ántes en el puerto de Aziongaber, orillas del mar Bermejo.

Imposible de toda imposibilidad era ya que Mutileder llegase á donde estaba el marino fenicio, quien se sustraia así á su venganza. Tiempo habia de pasar, pampanitos habia de haber, ántes de que dicho marino se pusiese á tiro de su honda ó al alcance de su garrote.

Creyó entónces Mutileder que Adherbal se habia llevado consigo á Echeloría para que fuese ornamento principal de la nave capitana, desde donde habia de mandar la flota; y su rabia rayó en tal extremo, que pateó, juró, bufó, blasfemó, y hasta hubo de arrancarse á tirones algunos de los rizos hermosos y rubios que coronaban su cabeza.

En medio de todo, fué grande su consolacion cuando logró saber que el pícaro y cortesano marino, rastrero adulador de príncipes, habia hecho presente á Salomon de la preciosa Echeloría.

VI

¿Cómo resistir aquí á la tentacion de encarecer lo mucho que D. Juan Fresco se ensoberbece y ufana, y lo orondo que se pone, y lo por bien pagado que se da de haberse pelado las cejas descifrando y leyendo las inscripciones y papiros manuscritos de donde está sacada esta historia? Por ella consta que un bermejino, pues al cabo bermejino era Mutileder, ya que Vesci era la Villabermeja de entónces, rivaliza con Salomon y viene á hacer el brillante y extraordinario papel que verá el que siguiere leyendo.

Mutileder no se amilanó al saber que Echeloría estaba en el haren salomónico; ántes dispuso quedarse en Jerusalen, espiar ocasion oportuna, y, no bien se presentase, asirla por el copete, arrebatando á la linda moza de entre las manos del Rey Sabio. No por eso pensó en

hacer el más leve daño á Salomon. Mutileder era muy monárquico, y el Rey, por ser rey y por su ciencia infusa y demas virtudes, le infundia respeto. Salomon, ademas, no tenía culpa ninguna ni habia ofendido á Mutileder. Habia aceptado el presente que le habian traido, y habia dado prueba de buen gusto al aceptarle y guardarle.

A veces concebia Mutileder cierta halagüeña esperanza. Imaginaba que Echeloría habia de llorar por él y habia de decir á Salomon, con todo miramiento y finura, que no le amaba porque amaba á otro; y daba por cierto que Salomon, que era benigno con las mujeres, y tan galante y condescendiente que las consentia tener ídolos de la tierra de cada una de ellas, no debia de ser feroz con Echeloría, sino que, no bien supiese que su ídolo era Mutileder, habia de ceder en sus pretensiones. Mutileder llegaba á columbrar como probable que el Rey le hiciera buscar para entregarle á la muchacha, y hasta que quizá se allanase á ser padrino de la boda.

La entereza, constancia y resistencia de Echeloría habian de mover á todo esto, y á más, el ánimo generoso de Salomon. ¿Qué le importaba á este gran Rey una mujer más ó ménos,

cuando tenía en su haren setecientas reinas, ochocientas concubinas é infinito número de princesas? Así, pues, lo natural era que, viendo Salomon á Echeloría enamorada de otro, afligida y llorosa, y rechazándole por estilo arisco y montaraz, habia de mostrarse desprendido.

Al hacer esta suposicion, muy plausible, Mutileder se ponia colorado de vergüenza. Se presentaba en su imaginacion lo bien que se portaba Echeloría, huraña como un gato y firme como una roca, veia el desprendimiento régio y la nobilísima conducta de Salomon, y se consideraba indigno, y queria, al recordar sus infidelidades con Chemed, que se abriese la tierra y le tragase.

Estos remordimientos, esta compuncion y este sonrojo por la culpa tenian, sin embargo, bastante de sabroso y de dulce. ¡Ay, cuán pronto se trocó todo ello en amargura cuando oyó Mutileder lo que en Jerusalen se decia de público en calles y plazas!

Para saber lo que se decia conviene tomar las cosas de atras y entrar en algunas explicaciones.

El palacio de Salomon era inmenso, y la sociedad en él muy amena. Multitud de poetas y de tocadores de arpas, tímpanos y salterios, le

regocijaban de contínuo. Allí habia diestras bailarinas, artistas ingeniosos que hacian muebles elegantes y otras obras de extremado primor, y los mejores cocineros que entónces se conocian. Aquello era, en grado superlativo, en elevacion á la quinta potencia, perpétua boda de Camacho. Salomon y sus mujeres y servidumbre devoraban cada dia treinta bueyes cebados, cien ovejas y multitud de ciervos, búfalos, gacelas y aves. Y no se crea que porque comiesen poco pan. El consumo diario de harina empleada en hacer pan, tortas, bollos y pasta *frolla* ó *flora*, era de noventa coros, ó sea cuarenta y cinco cahíces, de doce fanegas se entiende.

Así es que en el palacio de Salomon hasta el último pinche se regalaba á pedir de boca y estaba gordo y lúcio.

Las mujeres, tanto por naturaleza cuanto por los afeites que usaban, parecian celestiales y de variadísimo mérito. En aquella época no llevaban nombres puestos á la ventura, sino nombres significativos de sus más egregias cualidades, por donde sólo con mentarlas se puede colegir lo que valian. Entónces no se llamaba Doña Sol una fea, ni Blanca una negra, ni Dolores una regocijada, ni Rosa la que olia mal ó era áspera como cardo ajonjero.

Las favoritas de Salomon lo habian sido y llevaban los nombres que llevaban porque lo merecian. La hija del Faraon, que fué, á no dudarlo, Meneftá II, se llamaba Uom-anhet, esto es, Destroza-corazones. Ella inspiró á Salomon el primer amor, profundo y suave. Salomon era muy muchacho cuando se casó con ella, y ella le trajo en dote á Gezer y doce mil caballos para la remonta de su caballería. Despues amó Salomon con locura á Anahid, Lucero de la mañana, hija del Rey de Armenia. Se refiere que, repudiada ésta, hubo de volver á su patria, donde tuvo un hijo de Salomon, de quien procede el famoso Abagaro, á quien Cristo escribió una carta y envió su efigie. Despues amó Salomon con no menor locura á Leliti, la Noche, princesa de Etiopía. Luégo amó apasionadamente á Vahar, á quien trajeron de la India las primeras naves tirio-hebreas que fueron por allí. Esta Vahar, ó dígase Primavera, era de la familia de los Sakias, reyes de Kapilavastu, y por consiguiente, parienta del ilustre Sakiamúni, que habia de ser Buda, y fundar una religion en que creyese cerca de la mitad del humano linaje.

Por último, pasion más durable que todas habia concebido, alimentado y guardado Salo-

mon por la Sulamita, en cuya alabanza dejó compuestas las poesías amatorias más bellas que habian sonado hasta entónces en lengua humana.

Pero Salomon, en medio de tantos deleites y triunfos, estaba hastiado. Nada le satisfacia. Todo era para él vanidad de vanidades y afliccion de espíritu. Ni siquiera tenía el goce del amor propio y del orgullo, porque sostenia que su grandeza se debia al acaso y no á su carácter ni á su entendimiento y prudencia. Salomon habia recapacitado y habia visto que, debajo del sol, ni la carrera era de los ligeros, ni la guerra era de los fuertes, ni el bienestar de los listos, ni de los prudentes la riqueza, ni de los elocuentes el favor, sino que todo era caprichoso resultado de la ciega fortuna.

Y hallándose su alma en tan doloroso estado, fué cuando Adherbal le presentó á Echeloría.

Y el pueblo de Jerusalen afirmaba que Salomon la habia conocido y la habia amado. Y que la habia hallado rosa de Saron y lirio de los valles. Y que habia comparado su cabeza rubia, por la majestad, con el Carmelo, y el olor de sus vestidos al olor del almizcle y al de las silvestres flores que crecen en el Líbano.

La ternura de Salomon por Echeloría se aseguraba que excedia á la de Jacob por Raquel y á la de Isaac por Rebeca. Se daba por cierto que la amaba mil veces más que habia amado á las otras mujeres: que sentia por ella todo género de afecto; que con el espíritu puro la estimaba y queria como su padre David habia estimado y querido á Jonatás, muerto en las alturas de Gelboé por los filisteos; y que de un modo tempestuoso la idolatraba como el príncipe de Siquen habia idolatrado á Dina.

Todos estos rumores llegaban cada vez con más consistencia á los oidos de Mutileder y le iban dando mucho que sentir y no poco que sospechar: le iban dando, permítaseme lo vulgar de la frase en gracia de lo gráfico, muy mala espina.

¿Cómo era posible que Echeloría resistiese á tantas seducciones? ¿Cómo habia de entenderse el amor de Salomon, si la muchacha, en vez de estar amable, estuviese zahareña y cogotuda?

En vista de estas y de otras reflexiones, y de no pocos indicios y pruebas que vinieron despues, el pobre Mutileder tuvo al fin que abrir los ojos, y que reconocer que Echeloría se habia dejado querer, y hasta que pagaba á Salomon su cariño, queriéndole y siendo infiel y perjura á su

Mutileder y á los juramentos hechos en Aratispi y en Churriana.

Por falta de elocuencia dejo de pintar aquí el furor de Mutileder cuando de esto se hubo cerciorado. Ni Otelo ni el Tetrarca estuvieron despues más celosos y furiosos.

Pero nuestro bermejino no se limitaba á lamentos estériles. Siempre tomaba resoluciones y procuraba darles cima. La que ahora tomó fué la de matar á puñaladas á Echeloría y matarse él á renglon seguido con el propio puñal. Lo difícil era ver á Echeloría para matarla.

Chemed, ocupada en Tiro con sus asuntos, se habia consolado de la ausencia de Mutileder, pero le conservaba buena amistad, y le habia enviado cartas de recomendacion para Adoniram, que era el mayordomo de Salomon, y para otros personajes de la Córte. Con estas cartas y con su hermoso rostro, gentil presencia y gallardo cuerpo, que más que nada le recomendaban, Mutileder pretendió y consiguió sin dificultad entrar en la guardia personal del rey.

Componíase dicha guardia de sugetos de no poco fuste; de señores y hasta de príncipes de las dinastías destronadas, cuyos reinos se habian anexionado Salomon y su padre, y de cuyos bienes habian ido incautándose. Allí habia

hetéos, amorréos y jebuséos; caballeros de la casa de Abinadab, rey de Kiriath-Yarin; dos sobrinitos de Og, rey de Basan, á quienes apénas apuntaba el bozo y tenian ocho codos de estatura; varios nietos de Hamnon, rey de los Amonitas; y *para complemento de hermosura,* como dice Ezequiel, hablando de los pigmeos de Tiro, una pequeña tropa de idénticos pigmeos, que no se levantaban un codo de la tierra, pero que eran certeros y terribles disparando ponzoñosos dardos.

Encubriendo siempre en los abismos oscuros del alma su terrible propósito de matar á Echeloría y de matarse él, Mutileder se ingenió de suerte que se ganó la voluntad de sus jefes inmediatos y hasta del General Benaya, tan ágil para cortar cabezas, segun lo demostró á principios de aquel reinado, enviando al otro mundo, á fin de cimentar bien el trono, á Adonia, hermano mayor del rey, y á otros personajes.

Con este favor, pronto subió Mutileder á capitan de una compañía de filisteos, rubios casi tanto como él, y que formaban parte de la guardia real.

Lo que no pudo conseguir fué ver á Echeloría. Lo que no pudo inspirar fué la absoluta é indispensable confianza para llegar á ser uno de

aquellos sesenta valientes, los más probados y selectos, que rodeaban el tálamo de Salomon por la noche (algo parecido á nuestros Monteros de Espinosa), y que andaban siempre con la espada sobre el muslo, por temor de los duendes y vestiglos, que eran traviesos, traian revuelto el alcázar, y no hubieran dejado, sin la citada precaucion, un instante de sosiego á las reinas y demas señoras.

¿Quién sabe si la misma gentileza de Mutileder sería óbice para que entrase él en el número de los sesenta, no hiciera el diablo que inquietase á las damas en vez de aquietarlas? Lo cierto es que su gentileza ya mencionada, su discrecion, despejo y buen trato, se hicieron notorios en Jerusalen, y que las damas le ponian en las nubes. Hasta un no sé qué de torvo, de melancólico y de trágicamente distraido, que habia en su lindo semblante, le hacía más grato á las damas.

Así las cosas, cuando ocurrió una novedad grandísima, que contribuyó á glorificar el reinado de Salomon más todavía.

VII

Ademas de los libros que conocemos, Salomon escribió otros muchos que se han perdido. Compuso tres mil parábolas y mil y cinco cantares, y disertó sobre árboles y plantas, desde el cedro hasta el hisopo que nace en la pared, y sobre aves, cuadrúpedos, reptiles y peces. Quieren decir que supo muchas cosas que despues se olvidaron; unas han vuelto á descubrirse; otras quizá no se descubran nunca de nuevo. Así, por ejemplo, parece que atraia por medio de pinchos de metal los rayos y las centellas; que entendia la lengua de los pájaros; que conocia la fuerza oculta de la palabra humana y obraba por ella mil prodigios; que los genios le obedecian; y que era sabedor de todas las doctrinas mágicas de Enoch y de las que Abraham habia aprendido en su patria, Ur de

los caldeos, y de las que estudió Moises en los colegios sacerdotales de las orillas del Nilo.

Sea de esto lo que se quiera, no puede negarse que su fama de sabio se extendió por todas partes.

La reina de Sabá, cuyo nombre, segun hemos llegado á averiguar, era Guadé, que en el idioma hymiárico, hablado entónces en su reino, equivale á *Amor* ó *Amistad*, oyó hablar de Salomon y quiso probarle con preguntas y acertijos.

Embarcóse, pues, esta augusta señora en Aden, que era el mejor puerto de sus Estados, y con próspero viento, navegando por el mar Bermejo, aportó á Aziongaber, y desde allí, por Sela, Beersebá y otras poblaciones, llegó hasta Hebron, donde el Rey Sabio salió á recibirla con mucha cortesía y aparato.

No entro aquí en descripciones del viaje de esta reina, de la pompa con que venía, de su entrada en Jerusalen, acompañada ya de Salomon, que la hospedó en su palacio, y de las fiestas que hubo con este motivo. Sería muy largo contar todo esto. Contentémonos con decir que los regalos que dió la reina á Salomon fueron magníficos, y no inferiores los que de Salomon recibió ella; que ella se quedó pasmada del lujo

que gastaba Salomon; y que, como Salomon le adivinó de tenazon todos sus más enmarañados acertijos, ella se quedó doblemente pasmada de su sabiduría.

Salomon, que era fino y discreto, creyó que el mayor obsequio que podia hacer á Guadé, miéntras morase en su alcázar, y siendo ella de un moreno muy subido de punto, era darle para guardia de su persona á los filisteos que mandaba Mutileder, todos rubios, blancos y sonrosados. En efecto, los filisteos la impresionaron agradablemente; pero Mutileder, su capitan, le pareció una divinidad y no un hombre cualquiera.

Era Guadé tan hermosa como las noches serenas del estío; sus ojos brillaban como carbunclos, y en oposicion á su rostro, algo tostado, relucian como perlas sus dientes blanquísimos. Sabía mucho. Era un Salomon con faldas. Pronto con sus miradas fulmíneas derritió la triple placa de bronce que el empeño de ser consecuente habia puesto en torno del corazon de Mutileder. Y Mutileder y Guadé se amaron, á pesar de Chemed y de Echeloría.

Guadé, á quien importaba desengañar por completo á Mutileder, el cual le habia contado toda su historia, ménos su plan de tragedia;

Guadé, que hablaba en toda confianza con Salomon y sabía los secretos del harem, reveló y probó á su jóven amigo que Echeloría amaba á Salomon con delirio.

Esto indujo más á Mutileder á amar con delirio tambien á Guadé, no sólo porque ella se lo merecia, sino para no ser ménos y tomar represalias y desquite.

Y sin embargo, y aquí entra lo más patético de mi cuento, si bien era cierto que Echeloría y Mutileder estaban enamorados el uno de su reina y de su rey la otra, ambos sentian, en medio de la embriaguez del nuevo amor, pesar tremendo, torcedor horrible en la conciencia, y pasion de ánimo, que amenazaban matarlos.

Las mismas imaginaciones, las mismas ideas acudian al alma de los dos, aunque no se veian ni se hablaban. Se sentian rebajados y humillados. Eran juguetes de la casualidad. La voluntad de ellos carecia de firmeza. ¿Habia sido ensueño infantil el amor que se tuvieron? ¿Habia sido burla ridícula el juramento que se hicieron repetidas veces? Ó no habia sido santa y hermosa aquella primera pasion, y entónces lo más poético de la vida de ambos se desvanecia; ó si la pasion habia sido santa y hermosa, ellos ha-

bian sido sacrílegos é infames, profanándola y hollándola.

Mutileder desistió ya de matar á Echeloría y de matarse; pero aquel dolor oculto iba á matar á los dos. Y miéntras más notaban ambos que el amor que tenian á Salomon y á Guadé era su encanto y su delicia, más culpados y viles se juzgaban y más ganas tenian de morirse, porque el sonrojo y la humillacion destrozaban sus pechos, no bien dejaban de embargarlos y cautivarlos el frenesí y el vivo deleite que nacen de los coloquios y caricias en el amor bien correspondido.

Salomon advirtió el mal de Echeloría, y Guadé advirtió el mal de Mutileder. Conferenciaron sobre ello. Se lo contaron todo. Buscaron remedio y no pudieron hallarle. ¿Qué hierba, qué elixír, qué talisman sería poderoso contra tan rara dolencia, que designaron con el nombre de *dolencia de los dos amores?*

Presintieron los reyes que iban á perecer sus dulces amigos y se desconsolaron. Todo era cavilar en balde qué habian de hacer para salvarlos. Llegaron hasta á ser tan generosos que proyectaron ceder él á Echeloría y ella á Mutileder para que se casasen. Pero luégo consideraron que esto sería peor. Al verse, se avergon-

zarian de verse; no dejarian de amar de otro modo á Salomon y á Guadé; no podrian amarse entre sí del mismo amor que los amaban, y moririan más pronto y más desesperadamente.

El lance no tenía otra solucion que la más lúgubre, á no ocurrir algo con visos de milagro, como ocurrió en efecto.

VIII

Años atras, en los últimos del reinado de David, habia venido á Jerusalen un príncipe hiperbóreo, á quien de fama conocen sin duda mis lectores. Hablo del sapientísimo Abaris, que caminaba montado en una flecha. Si era la aguja de marear aplicada á la navegacion aérea ó algo por el mismo órden, no acertaré yo á decirlo en este momento. Lo que hace al caso es saber que Abaris viajaba con facilidad prodigiosa.

David estaba viejísimo, y los sabios de Israel resolvieron que, para aliviar sus dolencias y hacer ménos crueles los postreros años de su vida, era menester casarle con una jovencita bella é inocente; la flor de las doce tribus. Eligieron para esto los sabios á Abisag de Sunam, de quien, por una maldita coincidencia, Abaris, muy jóven entónces, andaba perdidamente enamorado.

Abaris hizo esfuerzos inauditos para disuadir á Abisag de sacrificarse á aquel viejo; pero ella, teniéndolo á mucha honra, y creyendo que cumplia con un deber en ser útil al Rey Profeta, desdeñó á Abaris y se unió con el Rey.

Abaris montó en su flecha y se fué de Jerusalen hecho un veneno. A fin de vengarse del desden de Abisag, ya que no en ella, en otras mujeres, se convirtió en seductor desaforado, en el D. Juan Tenorio ó Lovelace de aquel siglo. Los medios de que disponia eran enormes. Era guapísimo, ágil y divertido en la conversacion; y desde que, siglos ántes, habia venido su compatriota Olen á civilizar á tracios y pelasgos, no se habia visto hiperbóreo de más doctrina en el Mediodía de Europa. Con esto, con su astucia, con sus chistes y con su atrevimiento, Abaris iba por todas partes haciendo estragos en los corazones femeninos.

Entre tanto, murió David, subió Salomon al trono, y Abisag quedó en palacio como una de las reinas viudas, aunque en realidad no se podia decir que hubiese sido esposa del Santo Rey.

Sabido es, no obstante, que Salomon queria que la tuviesen por tal y que asimismo viviese ella consagrada sólo á la memoria de David, cuyo

último suspiro habia recogido. Por esto se enfadó tanto Salomon cuando Adonia se atrevió á pedirle por mujer á Abisag. Y habiéndole perdonado que conspirase contra él, no le perdonó aquella insolencia, é hizo que Benaya le matase sin que pudiera valerle el haberse asido al cuerno del altar, en el templo mismo.

Abaris, que tuvo noticia de todo esto, y que áun estaba enojado contra Abisag, tardó en volver á Jerusalen; pero volvió al cabo y precisamente en los dias en que Salomon y la reina de Sabá andaban más afligidos con la dolencia de Echeloría y de Mutileder.

Ignorábase qué proyectos traia Abaris, pero Salomon le recibió bien, porque Salomon apreciaba mucho la ciencia. Ademas, como Abaris era hombre de mundo, lo que se llama un rodaballo muy corrido, Salomon le puso al corriente de todo, á ver si él hallaba remedio para aquel mal.

Abaris aseguró que curaria á los dos jóvenes iberos; pero que, en cambio, deseaba que Salomon le prometiese que habia de otorgarle un dón que intentaba pedirle. Salomon se lo prometió.

Pasaron despues tres dias, durante los cuales Abaris pareció como que estaba estudiando. Al

terminar los tres dias, fué Abaris al régio alcázar, hizo que Salomon le presentase á Echeloría, y, no bien la hubo visto, Abaris dió un grito y se echó en los brazos de la jóven, exclamando:

—¡Gracias, gracias, benignos cielos: al fin he hallado á mi hija!

Explicó entónces Abaris que él habia estado en Aratispi; que allí habia tenido amores con la madre de Echeloría, y que Echeloría era el fruto de dichos amores. Añadió luégo que como entónces era él tan peregrino seductor, habia tenido tambien amores en Vesci con la madre de Mutileder; y que por lo tanto, Mutileder era su hijo. En prueba de esto dió no pocos datos y razones, y la más sorprendente fué la de afirmar que ambos jóvenes iberos estaban sellados por él, en la espalda, desde el dia en que nacieron, con una salamandra azul.

Con la alegría que produjo tan fausto descubrimiento, se prescindió de la etiqueta de palacio. Vino Guadé y trajo consigo á Mutileder. Desnudaron las espaldas de ambos jóvenes y se vieron estampadas en ellas las salamandras. No cabia duda; eran hijos de Abaris, y por consiguiente hermanos.

Todo se aclaraba y se justificaba así. El amor que se habian tenido era fraternal: nacido de la

fuerza del parentesco. En vez de afligirse de haber sido ella robada por Adherbal y enamorada luégo de Salomon, y él de sus infidelidades con Chemed y con Guadé, dieron gracias á los propicios hados que de aquella manera y por tan ocultos caminos los habian salvado de un crímen feísimo, que tal le hubieran cometido si llegan á casarse.

Se disiparon, pues, las melancolías de Echeloría y de Mutileder; se abrazaron fraternalmente y más contentos que unas pascuas, y se encontraron muy á gusto de ser ella favorita de Salomon y él príncipe consorte en el reino sabeo, para donde se fué con su Guadé, cuatro dias despues de saber que era hijo de Abaris y de haber descubierto que tenia una salamandra azul en la espalda.

Echeloría se quedó en Jerusalen, ya sin remordimientos y muy alegre.

Abaris fué á ver á Salomon y á pedirle el dón que habia prometido otorgarle; pero como era hombre de mundo y precavido, llevaba preparada la flecha debajo del manto filosófico, poniéndose cerca del balcon abierto para hacer su peticion, no fuera caso que Salomon se enfadase y tuviese él que salir volando, ántes de que Benaya le hiciese pasar á mejor vida.

La peticion no era otra que la mano de Abisag.

Salomon estaba de tan buen talante con la radical curacion de Echeloría, que en seguida consintió en que Abisag se casára. Ademas, Abisag iba ya pasando de la juventud á la edad madura, y como la mayoría de las solteras algo pasadas, estaba tan jaquecosa, que Salomon no la podia aguantar, y se alegró de salir de ella.

Todos, pues, fueron felices.

Salomon tuvo una curiosidad y quiso que Abaris con el mayor sigilo la satisficiese.

—¿Hay algo de verdad, le dijo, en lo que afirmas de que eres padre de Echeloría y de Mutileder?

—En mi vida estuve en Iberia, contestó riendo Abaris. Confiesa que mi remedio ha sido ingenioso y eficaz. Sin él no se hubieran curado los chicos y hubieran sido capaces de morirse. Para hacer mas verosímil la historia, puse yo mismo por arte mágica en las espaldas de ambos las salamandras. Todo ha sido lo que allá en los tiempos venideros, dentro de cerca de tres mil años, llamarán los sabios y pulidos un *mito,* y los ignorantes y rudos, un *camelo* ó una *filfa.*

ASCLEPIGENIA

DIÁLOGO FILOSÓFICO-AMOROSO.

La escena es en Constantinopla. Siglo V de la Era Cristiana.

Habitacion de Proclo. Es de noche. Una lámpara de siete mecheros, puesta sobre un trípode ó candelabro de bronce, ilumina la estancia. Puertas al fondo y á los lados.

ESCENA I.

PROCLO, de edad de cincuenta años, seco, escuálido, consumido por vigilias, ayunos, estudios y mortificaciones, aparece sentado en un sitial. Su discípulo, MARINO, está de pié, junto á él.

MARINO.—¡Maestro! ¿Estás decidido á recibir esta noche?

PROCLO.—Lo estoy. En cualquiera otra ciudad podría yo excusarme: en Byzancio no, que es mi patria. ¿Cómo privar á mis paisanos del auxilio y consuelo de la sabiduría?

MARINO.—Difícil es; pero debieras reposar y cuidarte. Estás que parece el espíritu de la go-

losina, de puro desmedrado. Te vas á matar con tantos afanes.

Proclo.—Lléveme el cuerpo donde quiero ir, y luégo que muera.

Marino.—Me afliges al decir eso. ¿Qué haré yo sin ti en este mundo? Pero dime, y perdona mi atrevida curiosidad; los que vienen á consultarte hablan siempre á solas contigo: no extrañes que note una contradiccion...

Proclo.—Dí cuál es, y te demostraré que es aparente.

Marino.—¿No afirmas tú que se requieren largos preparativos ántes de comunicar la sabiduría? ¿Qué revelas entónces á los que te consultan?

Proclo.—No toda la verdad, cuyo resplandor los cegaría, sino algo de la verdad, velado en símbolos. Así el sol se vela entre nubes, á fin de que ojos mortales puedan fijarse en su disco glorioso.

Marino.—Veo que esta noche estás expansivo. ¿Me permites que te haga varias preguntas?

Proclo.—Haz las que se te antojen. Si me es lícito, contestaré.

Marino.—Pues con tu vénia: ¿qué nos trae aquí desde el fondo del Asia, donde estabas estudiando los más oscuros ritos y misterios

del Oriente, y desentrañando su oculto sentido? ¿Es capricho de tu alma ó mandato de un númen?

PROCLO.—Hace ya años que mi alma no tiene caprichos. Es mandato de un númen.

MARINO.—¿Puedo saber de cuál?

PROCLO.—De Vénus Urania.

MARINO.—¿La evocaste?

PROCLO.—No la evoqué. Ya sabes tú que en el dia rara vez me tomo el trabajo de evocar á los númenes. Ellos mismos bajan del Olimpo y vienen á verme, enamorados de mi afable trato. Es verdad que en la escala de la vida ocupo lugar inferior al de ellos. Si quiero elevarme á la inteligencia y á la causa soberanas, á traves de todas las manifestaciones corpóreas de su omnipotencia, tengo primero que subir por mil grados hasta llegar á dichos númenes, y áun despues, desde los númenes hasta el manantial inexhausto de lo celeste y terrenal, del espíritu y la naturaleza, hay una peregrinacion harto penosa. Por dicha, yo tengo un atajo, una trocha, un sendero recóndito y breve, por donde llego, no ya á la inteligencia y á la causa, sino más hondo: por donde llego al Uno. Me abstraigo de todo lo exterior; echo á un lado sentidos y potencias; borro imágenes de la fantasía; cubro

con niebla densa todo lo escrito en la memoria; y, hundiéndome en el abismo del alma, hallo al que es. Allí nos juntamos él y yo. Allí él y yo no somos más que el Uno. De este modo se explica que, siendo yo simple mortal, sea tan considerado por los dioses. En la ligereza de carácter, propia de la serena beatitud de ellos, no caben estas reconcentraciones poderosas de la mente que me llevan al Uno. Ya te lo he dicho mil veces: por el principio vital, que gobierna mis sentidos, no valgo más que un perro; por el alma racional me quedo por bajo de las divinidades olímpicas; mas por la inteligencia especulativa é intuitiva, llego al Uno y dejo muy detras de mí á los ángeles, á los demonios, á los genios y á los númenes. Por la unidad esencial que en mí hay, y de la cual hasta la inteligencia es emanado atributo, soy el Uno mismo. El Uno soy yo en los instantes dichosos de entusiasmo, de conjuncion y de éxtasis.

Marino.—Por Hércules vivo, maestro, que me lleno de envidia siempre que te oigo afirmar esa union, por la cual te pones en el Uno ó te identificas con el Uno. Se me ocurre, no obstante, cierta dificultad.

Proclo.—Explánala y te la resolveré.

Marino.—¿Por qué, si hallas al Uno, hun-

diéndote en el abismo del alma, te allanas á buscarle en la naturaleza? ¿Por qué no estás siempre reconcentrado y como viviendo en la eternidad?

Proclo.—Para imitar al propio Uno. Porque el Uno y yo, además de ser el Uno, somos el Bien. Es nuestra ley no quedar en el centro, absortos en el absoluto egoismo y en la inefable contemplacion de nuestra esencia. Tenemos que salir fuera á crear y mostrarnos activos. De él y de mí emanan la voluntad, la inteligencia y la palabra, y ellas crean el mundo. Desenvuelve el Uno su idea, y van apareciendo el sér, la vida y la armonía y el movimiento, y cuanto es y será. Desenvuelvo yo mi idea, y nacen el arte, las religiones y la ciencia. Y la creacion del Uno y mi creacion se compenetran y confunden y vienen á ser la misma. ¿Me entiendes ahora?

Marino.—Me pasmo de tu claridad. Con sobrada razon mereces apellidarte el sumo pontífice de todas las creencias, el gran ciudadano de todas las repúblicas y el archi-metafísico de todas las metafísicas. No, Proclo, tú no eres un mortal.

Proclo.—En la esencia no lo soy. En la esencia soy eterno. Considerado en mi unidad, vivo en la eternidad primitiva: esto es, en un

punto inmóvil, en el cual toda la duracion infinita de los siglos se halla parada, cifrada y reconcentrada. Considerado en el ápice de mi mente, en la inteligencia, vivo en la eternidad secundaria; torrente de las existencias sucesivas, perpetuo tránsito, movimiento sin término, carrera sin meta, mudanza y proceso que no acaban.

Marino.—Y dime, maestro, el sacrificio que sin duda haces al salirte del Uno y penetrar con la mente y con el discurso y con el afecto en este universo visible, ¿qué principal propósito lleva?

Proclo.—Lleva varios propósitos; pero el principal es de la mayor trascendencia. La ley divina que sigue la historia me ha suscitado en el tiempo debido para una funcion importantísima. Mi espíritu toma carne hácia el fin de la civilizacion antigua para comprenderla toda en conjunto armónico. El genio de la Grecia, con sus castizas ó peculiares creaciones, con los sueños de sus poetas desde Lino y Orfeo hasta ahora, con su pensamiento filosófico desde Pitágoras hasta Jámblico, con los descubrimientos de sus matemáticos, astrónomos y físicos, y con las enseñanzas arcanas de Samotracia y de Eleusis; el genio de la Grecia, con los despojos

ópimos que trajo de Egipto, de Persia y hasta de la India, despues de las conquistas del Macedon; todo este trabajo, toda esta aglomeracion de doctrinas, experimentos y especulaciones, han venido á fundirse en mi cabeza como en horno ó crisol candente. Ya fundido todo, he desechado la escoria por los bríos de mi virtud crítica, y he guardado sólo el metal limpio y puro. Por último, por otra virtud plasmante que hay en mí he vaciado ese metal como en un molde, y he sacado á la luz el refulgente y completo sistema de la antigua sabiduría. Los pueblos del Norte acabaron ya con el imperio de Occidente. El imperio de Oriente sucumbirá tambien. Pronto vendrá la barbarie. Las tinieblas de la ignorancia cubrirán el mundo. Yo seré, desde entónces hasta que aparezca la aurora de una nueva y tal vez más rica civilizacion, faro luminoso que alumbre y guie al humano linaje.

Marino.—Reconozco la importancia de tu vida y de tus obras. Pero, concretándonos al caso singular de tu venida á Byzancio, ¿qué es lo que á ello te mueve?

Proclo.—Muéveme amor.

Marino.—¿Amor de patria? ¿Amor de gloria?

Proclo.—Amor de una mujer.

Marino.—¡De una mujer! Me dejas turulato.

¿Quién había de suponer que pensabas en tales cosas?

Proclo.—No hay motivo para que te quedes turulato. ¿Qué tiene de absurdo que yo ame á una mujer? La amo desde que la vi: desde hace quince años. Ella tenía entónces diez y siete. Hoy tiene treinta y dos. Entónces era como capullo de rosa: hoy debe de brillar con toda la pompa y el esplendor de la hermosura, en la plenitud de su vida. Claro está que si yo estuviese siempre reconcentrado en el Uno, no la amaría; pero, volviéndome, y no puedo ménos de volverme, al mundo exterior, ¿qué hallaré en todo él que represente mejor al Bien y al Uno mismo? ¿Qué imágen, qué trasunto, qué destello de la belleza increada descubrirá el sabio que valga más que la mujer hermosa? Cuando el artista quiere representar á la ciencia, á la poesía, á la virtud, ¿no les da forma de mujer?

Marino.—Es cierto.

Proclo.—No debes, pues, maravillarte de que yo ame en esta mujer á la ciencia, á la poesía y á la virtud con forma visible.

Marino.—Ya no me maravillo. ¿Y puedo saber cómo se llama tu amada?

Proclo.—Se llama Asclepigenia. Es la hija de mi maestro Plutarco. Ya te he dicho que la

conocí quince años há. La conocí en Aténas. Plutarco me acabó de enseñar la filosofía. Asclepigenia me inició en los misterios caldeos, en los ritos de las orgías sagradas y en los procedimientos más eficaces de la teurgia. Desde entónces estamos ella y yo ligados por amor espiritual y sublime. Su gallardo y lindo cuerpo ha sido sólo para mí como dorada nube, donde se me aparecía, en reflejos fugitivos, el sol eterno: toda la perfeccion del Sér.

Marino.—Nobilísima manera de amar fué la tuya... ¿Y ella, cómo te amaba?

Proclo.—Me amaba tambien con el alma y andaba enamorada del alma mia.

Marino.—¿Y por qué te separaste de ella?

Proclo.—Por mil razones. Ni ella ni yo queríamos contaminar la pureza del amor que para siempre nos une. Ambos anhelábamos seguir sin tropiezo el camino ascendente que hácia el bien y hácia la luz nos encumbraba. Eramos demasiado jóvenes. No estábamos aún á toda la altura á que nos importaba estar. Decidimos, pues, separarnos por amor de nuestro mismo amor. Prometimos reunirnos cuando ya no hubiese peligro alguno. Vénus Urania me ha revelado que ya no le hay, y por eso vengo en busca de Asclepigenia.

MARINO.—Notable revelacion estuvo. No hay más que verte, maestro, para conocer que no estás peligroso.

PROCLO.—Tienes razon que te sobra.

MARINO.—La fama ha difundido, por esta gran capital, que la honras con tu presencia y que recibirás en consulta á tres personas cada noche. Por medio del senador Marciano, á fin de que la casa no se te llene de gente, han sido repartidos los billetes de entrada. Pronto irán llegando por su órden los que vienen hoy á verte. Tus siervos los detendrán en la antesala. Yo los conduciré luégo hasta ti.

PROCLO.—Aunque Marciano profesa la religion de Cristo, es muy amigo mio y se parece á mí en muchas cosas. Ama á la vírgen emperatriz Pulqueria, como yo amo á la hija de Plutarco. Marciano, que pronto va á cumplir doce lustros, dos más que yo, dicen que se casará con Pulqueria, con quien ha de compartir, en honestidad santísima, el trono y el imperio de Oriente. Del mismo modo, Asclepigenia compartirá conmigo el trono y el imperio de la filosofía. Pero oigo ruido en la antesala. Vé y mira si ha venido alguien.

(Sale Marino y vuelve un instante despues.)

MARINO.—¡Maestro! el primero que acude á

consultarte es un bellísimo y elegante mancebo, llamado Eumorfo. Nadie se viste con tanto lujo y primor, nadie monta mejor á caballo, nadie baila con tanta gracia y gallardía. Por estas y otras prendas es el encanto de las damas más encopetadas.

PROCLO.—¿Qué pretenderá de mí ese pisaverde? Dile que pase adelante.

ESCENA II.

PROCLO y EUMORFO á quien Marino acompaña, yéndose luégo.

EUMORFO.—Abismo del saber, lucero de la filosofía, archivo de todas las noticias divinas y humanas...

PROCLO.—Amable mancebo, déjate de lisonjas y dí lo que pretendes.

EUMORFO.—Pretendo que me ilustres un poco.

PROCLO (Con cierto desden.)—¿Y para qué?

EUMORFO.—No me desdeñes así. Confieso que no tengo por las ciencias la vocacion más decidida. Á ti, que todo lo penetras, ¿cómo he de intentar engañarte? Pero, francamente, mis chistes y agudezas, mis habilidades, mis talentos de

sociedad, todo queda deslucido sin algo de filosofía. La filosofía se ha puesto en moda entre las señoras de los círculos aristocráticos, á quienes sirvo, pretendo y tal vez enamoro. Me falta este charol; dámele, y seré irresistible.

Proclo.—Aunque es vulgar, mezquino y un tanto cuanto pecaminoso el fundamento de tu deseo, tu deseo es bueno en sí, y me decido á satisfacerle; pero la empresa es ardua. Por más que no quieras tomar sino una ligerísima tintura, necesitas varias lecciones: necesitas asimismo consagrar á mi servicio y asistencia un par de horas diarias, á fin de que vayas recogiendo sentencias de las que se escapan de mis labios muy á menudo.

Eumorfo.—Consagraré á tu servicio y asistencia ese par de horas diarias que dices.

ESCENA III.

DICHOS, MARINO.

Marino.—Una dama, que, si bien envuelta en velo argentino, deja traslucir que está dotada de majestuosa hermosura; una dama, cuyo traje de seda y cuyas joyas riquísimas manifies-

tan lo elevado de su clase, acaba de bajar de una silla de manos y se halla en la antesala aguardando que la recibas. Parece una diosa por el ritmo y la nobleza de su andar entonado y por el olor de ambrosía con que satura en torno el ambiente. ¿Le digo que aguarde?

EUMORFO.—¡Venerando maestro! La galantería exige que recibas luégo á esa dama. Yo aguardaré en otro cuarto.

PROCLO.—Bien está. (Señalando á Eumorfo la puerta de la izquierda.) Entra en aquel. (A Marino.) Dí á la dama que no se detenga.

(Vanse Eumorfo y Marino.)

ESCENA IV.

PROCLO, ASCLEPIGENIA.

(Eumorfo asoma la cabeza de vez en cuando, ve, escucha y hace gestos de asombro durante toda esta escena.)

PROCLO.—¡Deslumbrante aparicion! ¿Quién eres? ¿Eres mortal ó diosa?

ASCLEPIGENIA. (Alzando el velo y descubriendo el rostro.)—¿No me reconoces, Proclo?

PROCLO.—¡Asclepigenia de mi corazon! ¡Cuán

bella estás! Como el medio dia vence al albor de la mañana, tu beldad de hoy vence á la beldad con que hace quince años resplandeciste en Aténas. No dudo que tu alma se habrá mejorado y hermoseado tambien.

ASCLEPIGENIA.—No lo dudes. Tambien mi alma se ha mejorado y hermoseado.

PROCLO.—Sea mil veces enhorabuena. ¿Y de quién es tu alma?

ASCLEPIGENIA.—En su unidad es del Uno. En todas sus facultades, virtudes, potencias y demas atributos, es siempre tuya.

PROCLO.—¿Conque me amas?

ASCLEPIGENIA.—Te amo. Apénas supe que estabas aquí, he venido á buscarte.

PROCLO.—Ya no hay peligro.

ASCLEPIGENIA.—Lo veo.

PROCLO.—¿Viviremos juntos?

ASCLEPIGENIA.—¿Y por qué no? Poseo un magnífico palacio donde albergarte. Serás mi filósofo. Contigo, por medio de la contemplacion, en alas del entusiasmo y del amor sin mácula, me arrobaré, me extasiaré y me perderé en el Uno.

PROCLO.—Así sea.

ASCLEPIGENIA.—Ahora tengo que dejarte. No puedo faltar esta noche en mi palacio, donde

aguardo visitas. Vé á instalarte allí desde mañana.

PROCLO.—No aspiro á otra cosa.

ASCLEPIGENIA.—Como supongo que no te habrás venido sin los utensilios de tu profesion, mis criados se presentarán aquí con un carromato para la mudanza de todos los libros y trastos de hacer milagros, hablar con los muertos y atraer á los genios y demonios.

PROCLO.—Eres mi providencia terrenal. ¿Cómo pagar tanto cuidado?

ASCLEPIGENIA.—Amándome.

PROCLO.—Con el alma toda.

ASCLEPIGENIA.—Para despedida, te permito que me des un casto beso en la frente.

PROCLO. (Besándola con timidez respetuosa.)—Es la vez primera que la tocan mis labios. ¡Cuán regalado favor!

ASCLEPIGENIA.—¡Adios, amadísimo Proclo!

(Vase)

ESCENA V.

PROCLO, EUMORFO.

EUMORFO.—¿Sabes lo que digo, maestro?

PROCLO.—Dí, y lo sabré. No quiero tomarme el trabajo de adivinar tus pensamientos.

Eumorfo.—Pues digo que se me van quitando las ganas de estudiar filosofía.

Proclo.—¿Y por qué?

Eumorfo.—Porque la filosofía vuelve tonto á quien la estudia.

Proclo.—Te equivocas. Lo que hace la filosofía es reforzar las prendas que cada uno tiene. Al tonto no le vuelve discreto, ni al discreto tonto; pero al discreto le hace discretísimo, y al tonto tontísimo.

Eumorfo.—Salvo el merecido respeto, te declararé entónces que tú propio te condenas.

Proclo.—¿De qué suerte?

Eumorfo.—Porque mostrándote ahora tontísimo con toda tu filosofía, debiste de ser tonto en tu vida precientífica: tonto de nacimiento.

Proclo.—¿Y qué prueba he dado yo de esa tontería superlativa de que me acusas?

Eumorfo.—La prueba es tu amor sublime por Asclepigenia.

Proclo.—¿Qué sabes tú de eso?

Eumorfo.—Conozco á Asclepigenia muy á fondo.

Proclo.—Te alucinas. Quiero dar por supuesto que conoces las potencias de su alma, las cuales, en su efusion, han creado para ella un cuerpo tan hermoso; pero la esencia eterna

de esa alma misma, que es lo que yo amo y por lo que soy amado, está en un punto inaccesible para ti.

EUMORFO.—¿Consientes que me valga de un símil?

PROCLO.—Valte de cuantos símiles se te ocurran.

EUMORFO.—¿Quién es más dueño del mundo, la emperatriz Pulqueria que le gobierna, ó tú que le comprendes?

PROCLO.—Yo, que le comprendo. Aunque Pulqueria poseyese, no ya sólo este planeta que habitamos, sino todos los demas planetas, y los astros, y los cielos, no poseería más que un burdo remedo del Universo, tal como el Demiurgo le contempla en el Paradigma, ántes de sacar la copia ó el traslado. Pero me inclino á sospechar que eres un majadero, y que no entiendes ni entenderás jamás estas cosas.

EUMORFO.—No te sulfures, maestro. Si yo no entiendo esas cosas, entiendo otras más fáciles y agradables de entender. Asclepigenia tendrá quizá su Demiurgo y su Paradigma misteriosos que tú entiendes y posees; pero sus cielos, sus planetas y sus estrellas, son mios desde hace algunos meses.

PROCLO.—¿Qué palabra dijiste?

Eumorfo.—Dije que Asclepigenia filosofa contigo; que contigo no quiere ni quiso nunca peligrar; pero que conmigo no hay peligro que no arrostre.

Proclo.—Por las divinidades superiores é inferiores, que en larga serie proceden del Uno, confieso que me duele lo que acabas de descubrirme. Sin embargo, todo se explica satisfactoriamente dentro de mi sistema. Las cosas son como son; y no pueden ser mejores de lo que son, porque, como son, son perfectas segun su grado.

Eumorfo.—Consuélate con ese trabaleñgua.

Proclo.—¿Y por qué no consolarme? Asclepigenia y yo, con el libre albedrío de nuestras almas, dispusimos amarnos, y nos amamos y seguimos y seguiremos amándonos eternamente, ayudados del favor divino, que acude á nosotros en virtud de la plegaria. Contra esto nada puedes tú; nada pueden tus iguales. Hay, á pesar de todo, en la efusion de las potencias del alma, algo de corporal que está sujeto al hado. Esto es lo que he perdido en Asclepigenia. La fatalidad me lo roba. El libre albedrío de ella no ha sido bastante brioso para defenderlo con heroicidad. Pero la discordia entre el libre albedrío y el hado será al fin dominada por la Pro-

videncia, la cual lo purificará todo, reduciéndolo á la celestial y maravillosa armonía, que casi toca y se confunde con el Uno *hiperhipostático.*

EUMORFO.—Tu discurso suena tan peregrino en mis profanas orejas, que me induce á creer ó que eres un prodigio de prudencia semi-divina, ó que estás loco de atar.

ESCENA VI.

DICHOS, MARINO.

MARINO.—Un respetable anciano pide permiso para entrar á hablarte. Se llama Crematurgo. Es el más rico capitalista del imperio. Ha hecho del modo más filantrópico la mayor parte de sus riquezas. Ha traficado en cierta clase de individuos, que ya dirigen en los alcázares los negocios más difíciles, ya sirven sin infundir recelos á los maridos celosos, ya cantan como serafines en las iglesias. Retirado ahora de esta fabricacion y comercio, se dedica á prestar al gobierno y á los particulares al cincuenta por ciento al año. Con tales virtudes, excelencias y servicios, no debe chocarnos que haya merecido el favor de la emperatriz y de sus ministros, los

cuales le colman de distinciones. Ya le han nombrado conde Palatino y se anuncia que van á crear para él el título singular y nuevo de *Sebastocrátor*.

PROCLO.—¿Y qué pretenderá de mí ese tunante? Vamos, dile que éntre y le oiremos.

(Vase Marino.)

EUMORFO.—Y yo ¿qué hago?

PROCLO.—Escóndete de nuevo donde estabas.

(Vase Eumorfo.)

ESCENA VII.

PROCLO, CREMATURGO.

CREMATURGO.—¡Oh faro de las más altas especulaciones! ¡Oh déspota de los genios y demas poderes sobrenaturales!...

PROCLO.—Está bien. No me adules. Dí qué pretendes de mí.

CREMATURGO.—Tú, que lo sabes todo, ¿no podrías decirme de qué medio me valdré para que mi amada sea mia, solamente mia?

PROCLO.—No llega tan léjos mi saber. Si llegara, le hubiese yo empleado en favor mio, que buena falta me ha hecho.

Crematurgo.—Veo que tu saber no vale un comino. Harto me lo sospechaba yo.

Proclo.—Expon, no obstante, tu caso, y allá veremos si puedo remediarte ó darte al ménos algun consejo útil.

Crematurgo.—Yo estoy prendado de la más hermosa mujer que hay en Byzancio. Por ella hago descomunales desembolsos. No hay primor, ni refinamiento, ni objeto de arte, que ella no logre por mí. He traido para ella telas bordadas del país de los Seras, alfombras de Ctesifon, perlas y diamantes, papagayos y monos de la India, perfumes y oro de Arabia, y chales de Cachemira. Su palacio encierra muebles incrustados de marfil y nácar, estátuas de mármol de Páros, vajillas de plata, vasos de Nola y jarrones del extremo Oriente, que tienen un barniz desconocido en los imperios de persas y de romanos. Ella hace visitas á mi costa en silla de manos lindísima, ó se pasea ó va al circo ó al hipódromo en reluciente carroza ó *harmamaxa,* tirada por cuatro blancos caballos. En fin, nada le falta. ¿Cómo me compondré para que ella no me falte á mí?

Proclo.—Lo discurriremos. Para mayor ilustracion del asunto, infórmame de quién es esa dama que tan caro te cuesta.

CREMATURGO.—Es Asclepigenia, la hija del filósofo Plutarco.

PROCLO.—¡Profundos cielos! ¿Quién lo hubiera podido imaginar en la vida? Tú eres mi rival.

CREMATURGO.—¿Tu rival? Pues qué, ¿tambien á tí te ama? ¿Qué le das tú, esqueleto pordiosero y ambulante?

PROCLO.—El alma, la esencia eterna. Pero sabe ¡oh sátiro vetusto! que todavía tienes otro rival. Sal, Eumorfo.

ESCENA VIII.

DICHOS, EUMORFO.

CREMATURGO.—¿Qué descaro es este? ¿Cómo te atreves, Eumorfo, á presentarte y á rivalizar conmigo? Tengo en mi poder cuatro pagarés tuyos vencidos y archivencidos, y voy á ejecutarte mañana.

EUMORFO.—Refrena tu furor, generoso magnate. Yo ignoraba que Asclepigenia te perteneciera.

CREMATURGO.—Sea como sea, lo cierto es que Asclepigenia nos ha burlado á los tres galanes.

El acaso, ¿qué digo el acaso? la diosa Minerva nos ha reunido aquí para desengañarnos. Vamos á ver á Asclepigenia y á decirle lo que merece. Ella me aguarda solo. Venid en mi compañía

EUMORFO.—Vamos.

PROCLO.—Vamos. (Proclo toma su báculo de filósofo, y salen juntos los tres.)

ESCENA IX.

Estrado ó *parastasio* rico y elegante en casa de Asclepigenia adornado con estatuas y pinturas, é iluminado con lámparas, unas pendientes del techo, otras colocadas sobre mesas délficas.

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.

(La primera aparece reclinada, casi tendida lánguidamente en un *esquimpodio* ó silla-larga. Atenais, á su lado, en un taburete.)

ATENAIS.—¿Con que has visto á tu primer amor?

ASCLEPIGENIA.—Sí, le he visto. Me ha dado lástima. Está flaco, pálido, apergaminado. Y luégo ¡qué sucio! Doy por cierto que en los quince años que ha vivido léjos de mí no se ha lavado una vez sola ni siquiera las manos.

Atenais.—Ese grave defecto tiene el espiritualismo ó misticismo, que ahora priva y cunde. Parece que las virtudes á la moda exigen que sean puercos los virtuosos.

Asclepigenia.—Y no es eso lo peor, sino que se apodera de los ánimos una tristeza vaga y sofística que los enerva; tristeza que los antiguos apénas conocieron; un menosprecio del mundo y de las dulzuras de la vida, que despuebla las ciudades y puebla los desiertos; un desden del bienestar y de la riqueza, que roba brazos á la agricultura y á la industria; y una mansedumbre resignada, que amengua el valor del ciudadano y del guerrero. Más que Atila y todos los bárbaros, me hacen prever estos síntomas la total ruina de la civilizacion. Pero volviendo á la suciedad y descuido en la persona, te aseguro que me ha dado grima ver á Proclo. Ofende toda nariz medianamente delicada.

Atenais.—Cruel inconveniente es ese si has de vivir con Proclo.

Asclepigenia.—Yo sabré remediarle. No me meteré en discusiones ni en consejos, sino que, á modo de broma, haré que mañana le cojan dos esclavos ántes de comer, le soplen en un baño y me le laven y frieguen con pasta de almendra, y me le froten con aromoso *diapasma.*

Él mismo se sentirá mejor despues, y tomará la costumbre de lavarse.

ATENAIS.—Pero, declárate con franqueza; á pesar de estar Proclo tan viejo, tan estropeado y tan sucio, ¿le amas todavía?

ASCLEPIGENIA.—Le amo y le adoro. Se me figura que él es la última encarnacion del maravilloso genio de Grecia. Amándole, se magnifica y ensalza todo mi sér, hasta considerarme yo misma como la ciencia, la poesía, la civilizacion griega personificada.

ATENAIS.—En efecto, Proclo es el príncipe de los filósofos. Tu padre Plutarco y mi padre Leoncio, notable filósofo tambien, le veneraban como superior á ellos. Comprendo, pues, que ames á Proclo.

ASCLEPIGENIA.—Una doncella tan sábia, educada con esmero en Atenas; una poetisa tan inspirada como tú, en quien veo renacer, en edad temprana, las altas prendas de Hipátia, no podía ménos de comprender este amor mio que descuella sobre mis otros amores.

ATENAIS—Es un dolor que no pueda ser él único.

ASCLEPIGENIA.—La culpa, hasta cierto punto, la tiene el pícaro misticismo. Por él nos separamos. Sin él hubiéramos vivido juntos, hubié-

ramos sido humanamente amantes y esposos, y ni yo hubiera caido, ni Proclo hubiera llegado á ser, con lamentable precocidad, y quedándose pobre, un vejestorio tan incapaz y tan feo.

ATENAIS.—Tu propósito era difícil. No extraño que no hayas podido cumplirle. El temple de alma de la emperatriz Pulqueria es rarísimo.

ASCLEPIGENIA.—¿Qué temple de alma ni qué calabazas? Ella es emperatriz y no necesita de un Crematurgo.

ATENAIS.—¿Tiene acaso algun Eumorfo?

ASCLEPIGENIA.—¡Vaya si le tiene! Nadie lo ignora, ménos tú, que estás en Babia, y Marciano, que hace la vista gorda.

ATENAIS.—¿Y quién es ese feliz mortal?

ASCLEPIGENIA.—El lindo y gracioso Paulino.

ATENAIS.—Pues no tiene mal gusto la santa.

(Aparece una sierva.)

SIERVA.—Señora, Crematurgo pide licencia para entrar.

ASCLEPIGENIA.—Que éntre. (Váse la sierva.)

ATENAIS.—¿Me retiro?

ASCLEPIGENIA.—Retírate. (Váse Atenais.)

ESCENA X.

ASCLEPIGENIA, CREMATURGO, PROCLO Y EUMORFO.
(Asclepigenia se pone de pié para recibirlos.)

ASCLEPIGENIA.--¡Qué agradable sorpresa! ¿Qué significa venir los tres juntos á mi casa?

CREMATURGO.—Envidiable frescura te concedió el cielo. ¿Cómo, al vernos entrar juntos á los tres, no tiemblas, no te asustas, no te hundes avergonzada en el centro de la tierra?

EUMORFO.—Eso mismo repito yo. ¿Cómo no te hundes en el centro de la tierra?

CREMATURGO.—¡Inicua! Nos estabas engañando á todos.

EUMORFO.—Esto pasa de castaño oscuro. ¡Tres al mismo tiempo!

CREMATURGO.—¿Qué puedes alegar en tu defensa?

EUMORFO.—Con razon enmudeces.

ASCLEPIGENIA.—Yo no enmudezco ni con razon ni sin ella. A fin de probaros que la razon no me falta, os contaré una parábola, si teneis calma para oirla.

CREMATURGO.—Cuenta.

EUMORFO.—Te escucho.

ASCLEPIGENIA. (A Proclo, que ha estado y sigue silencioso desde que entró.) Y tú, ¿qué dices?

PROCLO.—Nada. Te escucho tambien.

ASCLEPIGENIA.—En el jardin de este palacio hay un rosal, que estaba casi seco y perdido por hallarse en terreno estéril.—¿Qué necesita? me dije yo al contemplarle.—Mantillo, me respondí. Es menester que de las sustancias corrompidas que en el mantillo hay absorba el rosal la savia vivificante que ha de dar lozanía, gala y primor á sus hojas y á sus flores. Cubrí, pues, con mantillo las raíces y el pié del rosal, y el rosal ha reverdecido y florecido como por encanto. La verdura de sus hojas es brillante: sus rosas son divinas. Los pétalos de estas rosas tienen el color encendido del alba: el centro parece cáliz de oro: en el cáliz hay miel. ¿Qué ser delicado, elegante, ligero, bonito, en armonía con la rosa, podrá tocar sus pétalos sin marchitarlos, y libar la miel del cáliz con la correspondiente suavidad y finura?—Una aérea, pintada y alegre mariposa, pensé yo. Y apénas lo hube pensado y deseado, acudió la mariposa más gentil y juguetona que he visto en mi vida; y revoloteando en torno de la rosa, se posó en su seno, sin ladear apénas el flexible tallo, y

libó la miel del cáliz de oro. Noté, sin embargo, que esto no bastaba. De la rosa se desprendía exquisita fragancia, que iba disipándose por el ambiente y que el céfiro esparcía en sus alas. En la rosa había asimismo belleza extraordinaria, reflejo de la idea; perfeccion de formas, que encierra puros pensamientos artísticos. Esto sólo puede comprenderlo la inteligencia. Sólo el espíritu puede gozar de todo esto. Es así que la mariposa no tiene inteligencia, ni espíritu, ni siquiera olfato: luego al rosal le faltaba lo mejor. Sus prendas de más valía quedaban sin fin y sin propósito. Entónces ví claro que, si el mantillo y la mariposa eran indispensables para el rosal, eran más indispensables aún mente elevada, espíritu y conciencia, que le comprendiesen y admirasen. Aplicad ahora la parábola y reconocereis mi justificacion. Yo soy el rosal; tú, Crematurgo, eres el mantillo; tú Eumorfo, la mariposa; y Proclo es la nariz que aspira el aroma y la mente que estima la beldad y goza dignamente de ella. ¿Qué culpa adquiere el rosal de que nada sea completo en este bajo mundo? ¡Lástima es que no se logren mantillo, mariposa, narices y mente en un sér solo! Como el rosal requería todo esto y no se hallaba reunido, he tenido que buscarlo por separado.

CREMATURGO.—Pues yo no me avengo. No quiero ser mantillo y nada más. ¡Adios, ingrata! (Váse.)

EUMORFO.—Tampoco me resigno yo á ser una mariposa ininteligente, sobre todo cuando por amor tuyo me había puesto ya á estudiar filosofía. ¡Adios infame! (Váse.)

ESCENA XI.

ASCLEPIGENIA, PROCLO.

ASCLEPIGENIA.--Mantillo y mariposa me abandonan. ¿Me abandonarás tú tambien, Proclo mio?

PROCLO.—Confieso que mi alma está destrozada. Tal vez haría yo bien en huir de tu lado para siempre; pero hay una fuerza que me retiene cerca de tí. En balde he querido espiritualizar, santificar la civilizacion antigua, risueña y amante de la hermosura, pero liviana. No acierto, con todo, á divorciarme de ella. Soy de ella. Soy tuyo sin remedio. El vergonzoso y duro desengaño no mata el amor de mi corazon al derribar todo el edificio filosófico que con tanto afan y arrogancia había yo levantado. Se me figura que cae sobre mí el justo castigo de

la soberbia del espíritu. El espíritu se apartó con desden de la naturaleza; quiso elevarse por cima de la inteligencia y de la causa; pugnó por ir más allá del sér mismo; aspiró á confundirse con el principio inmutable de todo sér. La union mística, de que tanto me he envanecido, fué sin duda ilusion malsana. El principio indefinible del sér, con el cual yo creia unirme, y del cual todo lo que se afirma es negando, era el no ser: era la nada. Mi supuesta identificacion con él fué muerte egoista. No fué la muerte generosa de aquel que, amando la vida, sabe darla por el triunfo de una noble idea; por su patria; por la felicidad del objeto amado. Mi prurito de perderme en el Uno, absorbente, impersonal, que todo lo tiene en sí y nada tiene, es la más monstruosa perversion del espíritu. Es no saber vivir y gozar en el seno de este vario y bello Universo. Es crear un misticismo contrario al amor. Mi misticismo reconcentra el alma: el amor la difunde. Apartado el espíritu de la naturaleza, ¿qué se puede esperar sino lo que veo y lamento ahora? Ó el delirio que toma la nada por el principio del sér, ó la vileza, el rebajamiento, la impura grosería y el brutal apetito de goces materiales, triunfantes en la naturaleza, en la sociedad y en todo pensa-

miento, cuando el espíritu los abandona. En cambio, ¿qué vale el espíritu que se aparta del mundo real, creyendo adorar lo divino y adorándose á sí propio? Ni para resistir los golpes del infortunio más vulgar conserva brío suficiente. ¿Qué energía de voluntad me queda? Sólo soy capaz de vil y cobarde resignacion ó de morirme aquí de pena, como mujercilla nerviosa. ¡Qué vergüenza! No puedo más. ¡Ay de mí!

(Proclo cae desmayado en la silla-larga.)

ASCLEPIGENIA.—¡Atenais! ¡Atenais! ¡Acude! ¡Oh desgracia! Acude; trae un pomo de esencias. ¡Nos quedamos sin filosofía! Ya no hay filosofía posible. Ya no hay más que ciencias positivas y prosáicas. Mi filósofo se me muere. (Se inclina sobre él y le abraza con la mayor ternura.) Huele mal; pero... ¡es tan sabio! ¡es tan bueno!

ESCENA XII.

DICHOS, ATENAIS.

(Atenais ayuda á Asclepigenia á cuidar á Proclo, aplicando un pomo de esencias á sus narices)

ATENAIS.—Cálmate. No es nada. Ya vuelve en sí.

ASCLEPIGENIA.—¡Buen susto me he llevado! ¡Pobrecito mio de mi alma! ¡Qué malo se me puso!

PROCLO. (Se levanta.)—Perdóname, amiga. Ha sido un momento de debilidad. (Reparando en Atenais.) ¿Quién es esta gallarda doncella?

ASCLEPIGENIA.—Es Atenais, hija de Leoncio.

PROCLO.—¡La hija de mi docto é ilustre amigo!... ¡El cielo te bendiga, Atenais!

ASCLEPIGENIA.—¿Me perdonas, Proclo?

PROCLO.—No hablemos más de lo pasado: olvidémoslo.

ASCLEPIGENIA.—¿Vivirás conmigo?

PROCLO.—No quiero ni puedo vivir yasin tí. Tú serás el lucero que ilumine con su lúz apacible la melancólica tarde de mi existencia. Estas blancas y suaves manos (las toma entre las suyas) cerrarán con amor mis párpados cuando se junten para dormir el último sueño.

ASCLEPIGENIA.—Contigo no echaré de ménos ni la riqueza, ni la hermosura corporal... ¿Qué más hermosura, que más riqueza que el tesoro de tu alma? Si es menester, viviremos en la mayor estrecheza. Algo se me estropearán las manos de guisar y de remendarte la ropa. La elegancia, el esmero, el perfume de aristocrática distincion se desvanecerán casi por completo cuando vivamos míseramente. ¿Pero qué importa? Yo poseeré tu alma y tú la mia?

PROCLO.—No ha de ser así. No consentiré que se pierda ó que se deteriore ni una chispa, ni un átomo de toda esa beldad que te dió naturaleza y que el arte ha completado y realzado. Yo ganaré riquezas para ti. Para ti tendré hermosura corporal y juventud lozana.

ASCLEPIGENIA.—No te alucines, Proclo. La juventud que se fué, no vuelve nunca. Vénus Urania no te visitó sin motivo. En cuanto á la riqueza, doy por cierto que no ganarás jamás un óbolo con toda tu filosofía, á no ser que apeles al milagro.

PROCLO.—Pues bien; al milagro apelo. Ahora vas á ver quién yo soy. ¡Aquí te quiero, oh Teurgia! Para algo me has de servir. Hasta ahora, Asclepigenia idolatrada, has poseido en Eumorfo y en Crematurgo hermosura, juventud y riquezas, contingentes, limitadas y caducas. De hoy en adelante vas á poseer la juventud, la hermosura y la riqueza, en absoluto y para siempre. Guardad silencio religioso. Ya empieza el conjuro.

(Profundo silencio. Proclo, agitando su báculo, traza en le aire círculos y otras figuras mágicas, y murmura entre dientes palabras ininteligibles. Óyese música celestial, lenta y sumisa. En el centro del teatro se va cuajando una brillante y cándida nube, con arreboles de carmin, oro y nácar.)

ASCLEPIGENIA Y ATENAIS.—¡Qué portento!

PROCLO.—Ocultos en esa nube tienes ya, á tus órdenes y para tu servicio, en reemplazo de Eumorfo y de Crematurgo, al flechero Apolo, al más elegante y bonito de los dioses, y al hijo de Jasion y de Céres, al ciego Pluto, dispensador de las riquezas. ¿Quieres que salgan con séquitos de musas, gracias, ninfas, y genios, ó que salgan solos?

ASCLEPIGENIA.—Que salgan solos. Ya les iré pidiendo, en la sazon conveniente, todo aquello que se me ocurra.

PROCLO.—¡Apareced, dioses!

(Se abre la nube, y salen de ella, con mucha luz de Bengala, Pluto, cojo, ciego y alado, y Apolo, muy bizarro y airoso, con manto de púrpura, corona de laurel y lira en mano.)

PROCLO.—¿Qué más tienes que pedir?

ASCLEPIGENIA.—Nada. Yo me contentaba con tu amor.

PROCLO.—Recapacita, sin embargo, si algo te falta.

ASCLEPIGENIA.—Si no me motejases de sobrado pedigüeña y exigente, aún te pediría una cosa.

PROCLO.—¿Cuál?

ASCLEPIGENIA.—Que te laves.

PROCLO.—Me lavaré.

Atenais.—Ya eres dichosa. Posees ciencia, hermosura, juventud, riqueza y hasta aseo. Yo, desvalida y menesterosa, léjos de envidiarte, me regocijo.

Proclo.—El cielo te premiará, generosa Atenais. Yo, que estoy ahora inspirado, leo en el porvenir tu egregio destino. El jóven Teodosio, á quien educa muy bien su hermana Pulqueria, á fin de que brille en el trono imperial, se casará contigo. Así serás emperatriz de Oriente. Serás feliz y poderosa sin acudir á la magia; pero tendrás que hacerte cristiana. Por último, para que nuestra gloria y nuestra felicidad sean más estupendas y vividoras, despues que pasen trece ó catorce siglos, contando desde el dia de la fecha, aparecerá en la risueña y fértil Bética, cuna de la dinastía reinante y patria de tu abuelo político el Gran Teodosio y de otra infinidad de personas eminentísimas, cierto escritor ingenioso y verídico, el cual ha de componer sobre los sucesos de esta noche un diálogo, donde trate de competir con el divino Platon en lo elevado y grave, y con el satírico Luciano en lo chistoso y alegre.

Atenais.—Mucho me he de holgar si tus vaticinios se cumplen.

Asclepigenia.—Y yo tambien. Temo, sin em-

bargo, que ese diálogo, que Proclo anuncia, sea una extravagancia sin amenidad y sin viveza, donde nosotros figuremos, no como séres reales, sino como personajes alegóricos: donde Proclo y yo representemos la antigua poesía sensual y corrompida y el antiguo saber agotado, desesperado y estéril, que para seguir viviendo juntos se entregan á brujerías y supersticiones.

Atenais.—Si esa alegoría puede tener alguna aplicacion cuando el diálogo se escriba, tal vez interese el diálogo.

Asclepigenia.—Suceda lo que suceda, no debe importarnos mucho. Allá se las haya el autor. Nosotros cinco, mortales y dioses, vámonos al triclinio, donde tengo preparada una suculenta y bien condimentada cena.

Mortales y Dioses.—Vámonos á cenar.

GOPA

DIÁLOGO FILOSÓFICO EN TRES CUADROS.

CUADRO I.

La escena es en la ciudad de Capilavastu: 593 años ántes de Cristo.

Interior del magnífico palacio del Príncipe Sidarta. Es de noche. Cámara del tálamo, iluminada por una lámpara de oro.

GOPA.—PRATYAPATI.

PRATYAPATI.—Los más vigilantes siervos del rey Sudonán rondan en torno de este palacio. Las puertas de la ciudad están defendidas. No se irá. Es menester que no se vaya. Sin él ¿qué será de nosotras? Con igual vehemencia le amamos, aunque de manera distinta. Yo le amo como si fuera mi hijo. Cuando, á poco de darle vida, murió su madre Maya Devi, por encargo

suyo quedó Sidarta á mi cuidado. No quisieron los dioses que ella viviese, para que no padeciera lo que nosotras padecemos hoy.

Gopa.—Inmenso dolor nos agobia. ¿Por qué anubla su hermosa frente irremediable tristeza? ¿Por qué desea abandonarnos? ¿Qué falta, qué mengua encuentra en mí? Yo le hubiera preferido á los dioses, como Damayanti prefirió á Nal. Mi ventura se cifra en obedecerle con humildad y en ser toda suya. ¡Ingrato! Su corazon insaciable no logra aquietarse en mi amor. Su noble cabeza jamas reposa tranquila sobre mi seno. Ya no me ama. Me juzga indigna de su cariño.

Pratyapati.—No te atormentes, ¡oh Gopa! Sidarta te ama. Para él eres tú el sér predilecto entre todos los séres. Pero de amor nace su pena. Amor es su martirio. Amor le devora, creando en su alma una piedad infinita, que no consiente ni deleite, ni goce, ni paz tan sólo. Todos los males de la vida pesan sobre su corazon, que abarca en su afecto la vida de los tres mundos. Amor, primogénito de la naturaleza, por una fatal expansion de su esencia divina, dió sér á cuanto vive; y con la vida nacieron el dolor, la pobreza, la enfermedad y la muerte. Se diria que Sidarta es la encarnacion,

el avatar de Amor, que llora y lamenta haber creado la vida; que padece en sí cuanto todo sér que tiene vida padece, y que anhela retrotraer la vida á la nada para que el padecimiento acabe.

Gopa.—Efímera es la vida: el padecimiento que de ella nace debe de serlo tambien.

Pratyapati.—No, Gopa; la vida no tiene término. La muerte es cambio, no fin. Arrastrados en la perpétua corriente, mudamos de forma, pero no de esencia, la cual renace ó reaparece siempre para el dolor. En este sentido, los dioses, los asuras y los hombres son igualmente inmortales.

Gopa.—¿Y no hay ningun dichoso?

Pratyapati.—Ninguno. La infelicidad es la primera condicion de la vida.

Gopa.—¿Y por qué Amor creó la vida, y la infelicidad con ella?

Pratyapati.—Porque Amor no fué libre. Como del sol brotan los rayos, como el agua mana de la fuente, así de Amor brotó y manó la vida. Sólo movido de compasion sublime, en virtud de un esfuerzo superior á lo humano y á lo divino, recogiéndose en sí con abstraccion portentosa, logrará Amor recoger tambien en sí la vida y darle quietud eterna.

Gopa.—Veo que piensas como Sidarta. Aplaudes, sin duda, su propósito, que yo no comprendo.

Pratyapati.—Hasta cierto punto pienso como él; pero su propósito es audaz, me parece irrealizable, y por audaz é irrealizable no le aplaudo. Si él estuviese llamado, como cree, á ser el libertador de los hombres, yo veria y haria con gusto cuantos sacrificios hay que hacer para lograrlo.

Gopa.—¡Oh Pratyapati! ¡Cuán encontrados sentimientos son los nuestros! Si tú le amas como madre, yo, como esposa, como mujer enamorada le amo. Este modo de amar es ménos fuerte, por lo comun, que el amor de madre. En el amor de madre hay mucho que nace de las entrañas y que allí se arraiga. Por eso, no ya las mujeres, sino las mismas fieras aman á sus hijuelos. La mujer enamorada de un hombre, cuando sólo le ama con el amor de las entrañas, no le ama más que le ama su madre; pero cuando le ama tambien con el amor del espíritu, le ama mil y mil veces más que la madre más amorosa; le idolatra; le mira como á un dios; tiene fé en él; le cree capaz de todo lo grande y de todo lo bueno; piensa que de la voluntad de él, que es ley para ella, han de nacer el milagro, el bien y la bienaventuranza para

todos. No sé, no comprendo el propósito de Sidarta; pero sé y comprendo que será bueno su propósito, y que le logrará, si quiere. Si para que le logre he de hacer yo el mayor sacrificio, pronta estoy á hacerle.

PRATYAPATI.—¡Oh desventurada y débil mujer! ¿Qué mísera resignacion es la tuya? Tú sola puedes detener al Príncipe con la deleitosa cadena de tu afecto; mas la veneracion que el Príncipe te inspira te excita hasta á romper esa cadena. La violencia no bastará á retenerle; pero si tus blancos y suaves brazos le cautivan, ¿cómo te apartará de sí para ir á donde sueña que su vocacion le está llamando? El Rey pone en tí su esperanza. No la defraudes. Reten á Sidarta con el hechizo de tu amor y de tu hermosura. No le dejes partir.... Siento pasos. Sidarta viene. No quiero que me halle aquí. Animo, ¡oh Gopa!

(Se va Pratyapati.)

GOPA.—Animo.... para detenerle no me falta; no le necesito. Para dejarle partir he menester de todo mi valor.

(Entra el Príncipe.)

SIDARTA (abrazando á Gopa).—¡Esposa mia!

GOPA.—Dime la verdad. ¿Me amas aún?

SIDARTA.—Te amo más que nunca.

GOPA.—¿Por qué, entónces, estás inquieto,

triste y como desesperado? ¿Por qué no se aquieta en mí tu voluntad?

SIDARTA.—Si no te amase, mi voluntad no se aquietaria en tí, porque buscaria más alto objeto de su amor. Amándote, no se aquieta tampoco, porque teme perderte. En breve plazo nos separará el destino, y renacerémos bajo nuevas formas para no volver acaso á encontrarnos jamas. Y no nos separarémos en la plenitud de la hermosura y de la fuerza, jóvenes y robustos aún, sino tal vez marchitos por la vejez y sobrecargados de disgustos y enfermedades. Esto hará que el afecto que hoy nos tenemos se trueque en desvío y en horror, ó dé orígen á una piedad dolorosa. Pero aunque tú y yo ¡oh hija de Dandapani! lográsemos revestirnos de juventud perpétua y disfrutar perenne salud, viviendo unidos y enamorados siempre, nunca seríamos felices, como no fuésemos egoistas. El dolor de cuanto respira, el padecer de cuanto alienta, la muerte de cuanto vive y el espantoso espectáculo de la miseria humana acibararian nuestra ventura, ó nos harian indignos de gozarla por la dureza de nuestros pechos sin compasion y por la sequedad de nuestros ojos sin lágrimas.

GOPA.—Tus razones son tan poderosas para

mí, que no sé cómo responder á ellas. Si algun engaño contienen, no seré yo quien te saque del engaño; caeré en él contigo. Es cierto: lo sé por experiencia propia: no hay dicha cumplida. Ni cuando tú, violentando la dulce modestia de tu condicion y prestándote al capricho de mi padre, te presentaste á competir con mis pretendientes, y en la lucha, en la carrera, en disparar flechas y en esgrimir las demas armas, los venciste; ni cuando me revelaste que me amabas; ni cuando toda yo fuí tuya; ni cuando sentí en mi seno agitarse viva tu imágen; ni cuando alimenté á nuestro hijo con la leche de mis pechos; ni cuando, sentado en mi regazo, aquel claro descendiente de Gotama respondió por vez primera á mi sonrisa con su sonrisa y atinó á pronunciar tu nombre y el mio; nunca dejaron de acibarar mi contento el temor de perder el bien que le causaba y la consideracion de que nuestro contento y nuestro bien eran privilegio odioso, eran contravencion de la ley que condenó á los hombres á general infortunio. Pero dime; si me amas, ¿nuestro infortunio no será mayor separándonos? ¿Por qué, pues, me huyes? Afirman que nos quieres abandonar á todos. ¿Qué propósito llevas? Porque el dolor sea general y necesario, ¿hemos de acrecentarle por

nuestra voluntad, como lo acrecentarás si nos abandonas?

SIDARTA.—Bien sabes, hermosa nieta de Iksvacú, que por mi voluntad no se ha derramado jamas una sola lágrima. ¿Cómo habia yo de darte voluntariamente el pesar más pequeño? Jamas me apartaria yo de tu lado, si esto me fuera lícito; pero no debo ocultártelo por más tiempo: un deber imperioso me impulsa á ir léjos de tí.

GOPA.—¿No te alucina, no te extravia ese deber?

SIDARTA.—No es posible que me alucine. Mi resolucion no ha sido súbita, sino nacida de largas y profundas meditaciones. Yo quiero y puedo libertar á los hombres de la miseria, del dolor y de todos los males: mostrarles el camino de la redencion, redimiéndome yo mismo. Mi inteligencia, abstrayéndose de todo, desdeñando los deleites ilusorios con que nos brinda el Universo, en la contemplacion de sí propia, en el éxtasis, irá poco á poco alcanzando la suprema sabiduría, elevándose por cima de los dioses y de los asuras, adquiriendo un poder mágico que rompa la ley fatal del encadenamiento de las causas; y, por último, llegada al colmo de su brío, realizada toda la virtud de su

esencia, se extinguirá para siempre, como se extingue la llama cuando da al mundo toda la luz y todo el calor que están en ella latentes. Mi vida será así ejemplo y dechado para los que aspiren, como yo, á salir de la esfera tempestuosa de la vida y de las mudanzas sin fin, y busquen la paz eterna. Obra fatal de Amor, efusion de su esencia divina fué este Universo tan lleno de dolor. Sean obra reflexiva de Amor el aniquilamiento, el silencio y el reposo que nos salven del tumulto y de la guerra. Limitacion y mengua son el fundamento de nuestra vida como individuos. Rompamos el límite, completemos el sér para que no tenga mengua alguna, y entónces nuestra existencia sin límites, y entera, sin mengua ni falta, será como si no fuese.

Gopa.—El fin á que caminamos es para los ojos de mi mente tenebroso como el abismo. Como en el abismo, hay en él algo que me seduce y que me atrae. No penetro, sin embargo, lo que puede ser este fin; pero los móviles que á él te llevan son generosos, admirables, dignos de tu alma. Sidarta mio, áun cuando fuese errada la direccion que llevas, es tan noble el impulso que por ella te ha lanzado, que, lo presiento con orgullo, las generaciones futuras por

siglos y siglos habrán de bendecirte y ensalzarte como al más glorioso de los hombres. Mil tribus, naciones y pueblos seguirán tus huellas y aprenderán tu doctrina. Por mi amor de esposa, por el amor que tengo á nuestro hijo, quisiera oponerme á tu empresa y retenerte á mi lado; pero el amor de tu gloria, que reflejará en mí y en tu hijo, me mueve á no impedir tu partida, aunque el impedirla estuviera á mi alcance. Vé, pero llévame contigo. Déjame primero compartir tus trabajos y despues tu triunfo.

Sidarta.—No puede ser. Debo partir solo.

Gopa.—Mi corazon se deshace de dolor; pero me resigno devotamente. ¿Y cuándo, bien mio, ha de ser tu partida?

Sidarta.—En el instante, ¡oh hermosa nieta de Iksvacú! Estamos en la mitad de la noche. Mira al claro cielo. ¿Ves aquella luz que brilla en Oriente? Es mi estrella, que se levanta para iluminarme y guiarme. Chandac, mi escudero, tiene enjaezados los caballos. Los que guardan la puerta oriental de Capilavastu, por donde ya asoma mi estrella, están ganados y me dejarán partir. Queda en paz, ¡oh Gopa!

Gopa.—¡Oh señor del alma mia! Tu esclava gemirá abandonada por tí miéntras viviere. Si no lo repugnas, ya que no á la mujer querida,

concede el último favor á la madre de tu hijo. Sella mi rostro con tus labios.

(Sidarta besa á Gopa en silencio. Gopa le estrecha en sus brazos y le besa tambien. Sidarta se desprende de ella con suavidad y huye. No bien Sidarta desaparece, Goya cae desmayada.)

CUADRO II.

Sigue la escena en la ciudad de Capilavastu: 593 años ántes de Cristo.

Es de dia. La misma cámara del tálamo.

GOPA y PRATYAPATI.

PRATYAPATI.—Quiero decírtelo, aunque sea dura contigo. No; tú no le amas, ya que estaba en tu mano detenerle y le dejaste partir.

GOPA.—Él es mi señor; yo, su sierva. No estaba en mi mano detenerle. Su voluntad es firme y superior á todos mis halagos; pero, áun pudiendo yo detenerle, no le hubiera detenido.

PRATYAPATI.—¿Por qué? ¿Acaso crees en su doctrina?

GOPA.—Yo creo en el impulso magnánimo que le mueve, y esto me basta: creo en su dulce compasion por todos los seres; en su amor á los

hombres, á quienes mira como á hermanos, sin distincion de castas; y en su deseo vehemente de enseñarles el camino de la virtud y de la paz. Sólo no creo en una cosa de las más esenciales que él afirma; y si de esto dudo, ó más bien, si esto niego, es por lo mucho que le amo. ¿Cómo he de creer yo en nuestra incurable miseria, en nuestro inconsolable dolor, y en que la actividad de la mente es dón funesto, cuando, en el colmo de mi amargura, abandonada por él para siempre, todavía vale más el recuerdo de la dicha alcanzada y de la honra obtenida en ser suya que todo el pesar del abandono en que me deja? ¿Cómo he de creer que la vida es un mal, cuando veo y columbro la suya, que ha de ser fuente de tantos bienes? ¿Cómo he de apreciar en poco la vida, cuando el precio infinito de la vida de él bastará para el rescate del linaje humano? ¿Cómo he de llamarme infeliz y no bienhadada, si el fruto de su amor vive en nuestro hijo, si la gloria de su nombre me circundará de fulgores inmortales, y si el recuerdo de que ha sido mio, de que le he tenido á mis plantas, idolatrándome, embelesado en la contemplacion de mi belleza, á par que lisonjea mi orgullo, es inagotable manantial de consuelo para mi alma?

PRATYAPATI.—No es hondo el dolor que tan fácilmente halla consuelo. No: tú no le amas.

GOPA.—Quien no ama ni entiende de amor eres tú, Pratyapati. Porque le amo, en el mismo dolor hallo consuelo, y no sólo consuelo, sino deleite y gloria. Y miéntras el dolor es más intenso, es la dulzura más grata. Padecer por él, llorar por él, verse condenada por él á soledad horrible y á viudez prematura, es sacrificio santo que hago en áras de su amor y que encierra una virtud beatificante. Tú estás más prendada de su doctrina que de su persona. Yo adoro su persona, y en parte desecho su doctrina. Por amor suyo la desecho. No es funesto dón la luz de mi inteligencia, ya que alumbra su imágen; no es funesto dón mi memoria inmortal, ya que su recuerdo vive en ella. Abomino del reposo, de la extincion que él busca y desea, y prefiero un tormento sin fin, con tal de que viva en mí el rastro del amor que me tuvo. Bajo la presion de mis penas dará mi amor su más balsámico aroma, embriagándome el alma, como huelen mejor las hierbas y las flores de la selva cuando el villano al pasar las ofende y las pisa.

PRATYAPATI.—Perdóname, ¡oh enamorada mujer! Bien presumia yo que le amabas; pero queria medir la energía de tu amor. La he ne-

gado, para cerciorarme de ella, oyendo tus palabras. Todavía tienes que pasar por un amargo trance, y ansiaba yo conocer el brío que hay en tí para sufrirle.

Gopa.—Antes de su abandono, ántes de que esta desgracia me hubiese herido el alma, la imaginacion medrosa me fingia mayor la pena que iba á sobrevenir, y me menguaba los medios de consuelo. Ahora nada hay ya que me aterre. El bien que he gozado y perdido mitiga y áun endulza con sus dejos toda la amargura del mal presente. Mi corazon es cual vaso que ha contenido un licor oloroso y de sabor gratísimo. El licor se ha derramado, pero lo más sustancial y rico que en él habia quedará para siempre en el fondo del vaso é incrustado en sus paredes interiores, y trocará en miel el acíbar que en él se ponga, y en bálsamo el veneno.

Prattapati.—Me tranquilizo al notar que el amor que tienes á Sidarta te da energía para sufrirlo todo. Sabe, pues, que fué en vano que el Rey enviase en su persecucion á sus más fieles servidores. No han podido dar con él. Sidarta se ha perdido en el seno de impenetrable y sombría floresta. Allí no es ya el príncipe Sidarta, sino el áspero penitente Sakiamúni. Su

elegante traje le trocó por el traje de un mendigo. La negra y rizada cabellera que ceñia sus cándidas sienes, formando undosos y perfumados bucles, se la cortó él mismo, y te la envia como último presente. El escudero Chandac tiene el encargo de entregártela, y ya se adelanta á cumplirle, si le dejas penetrar hasta aquí.

(Gopa hace seña de que entre, y éntra Chandac, trayendo en un plato de oro la cabellera de su señor.)

GOPA (tomando en sus manos el plato de oro y colocándole sobre el tálamo.)—¡Cuántas veces, amados cabellos, cuando estabais aún prendidos en su cabeza, os besaron mis labios y os acariciaron mis manos! Ya estais muertos y separados de él. Estais muertos porque no teneis memoria y no le recordais. Yo tambien, separada de él como vosotros, arrancada de él como la flor de su tallo, careceria de vida, si mi vida no fuese su recuerdo.

PRATYAPATI.—¿Y por qué no tambien la esperanza de que volverás á verle?

GOPA.—Porque el recuerdo es verdadero y leal, y la esperanza falsa y engañosa; porque el recuerdo evoca para mí á Sidarta, enamorado, tierno, humano conmigo; todo él para mí, y toda yo para él; miéntras que la esperanza me

niega para siempre á Sidarta, y sólo me ofrece ahora á Sakiamúni, y más tarde, cuando Sakiamúni alcance su última victoria, á un sér incomprensible, más luminoso que los astros, y mayor en poder que los dioses, pero inferior á Sidarta, jóven, hermoso y enamorado.

PRATYAPATI.—¡Pero Sidarta será el Buda libertador de los hombres!

GOPA.—Jamas el Buda valdrá para mí lo que Sidarta valia. Reniego de la libertad que el Buda me dé, y la trueco mil veces por la esclavitud con que Sidarta me esclavizaba. Doy la fria calma que la doctrina del Buda me proporcione por la agitacion y la guerra amorosa que, con las caricias, los rendimientos, los celos, la ausencia y hasta los desdenes de Sidarta, me han perturbado y atormentado.

CUADRO III.

La escena es en la ciudad de Francfort sobre el Mein, 1866 años despues de Cristo, y 2488 despues de Buda.

Habitacion del doctor Seelenführer. Es de noche. Una lámpara de petróleo ilumina la estancia, donde hay mucho librote.

El doctor SEELENFUHRER y el AUTOR.

AUTOR.—Aseguro á V., mi querido doctor Seelenführer, que cada dia estoy más encan-

tado de haber contraido con usted estas relaciones amistosas. Oyendo á V. comprendo el movimiento intelectual de Alemania, en lo que tiene de más hondo, y por consiguiente el de toda Europa, porque (¿cómo no confesarlo?) Alemania es nuestro norte en ciencias y en filosofía, casi desde Leibnitz, y sobre todo desde Kant. Usted es un resúmen vivo de cuanto ahora se sabe ó se supone que se sabe: usted es un sabio á la última moda. Todo esto me divierte mucho, porque no puede V. figurarse lo aficionado que soy á la filosofía; pero confieso que hay dos cosillas que me afligen.

Seelenführer.—Dichoso V., á quien sólo afligen dos cosillas. ¡A mí me afligen y me desesperan todas!

Autor.—Pues justamente es ésa una de las cosillas que me afligen: el que á V. le aflijan todas y le desesperen. De lo que ántes yo gustaba más, en la filosofía alemana, era del optimismo. Desde el doctor Pangloss hasta hace poco (al ménos yo así lo entendia) han venido siendo optimistas los grandes filósofos. El ser llorones se dejaba á los poetas exóticos, como Byron y Leopardi. En Alemania, ni los poetas siquiera eran quejumbrosos y desesperados. En el más grande de todos, en Goethe, celebro yo

con singular contentamiento cierta alegría reposada y majestuosa y cierta olímpica serenidad. Pero ¡amigo mio! ¡cómo ha cambiado todo! Lo que ahora priva es la filosofía de la desesperacion. La poesía la precedió en este camino, el cual, seguido poéticamente, confieso que me encantaba. Cuando yo era mozo y estudiante, ¿quién no hacía versos desesperados? Los versos desesperados eran como blasfemias y reniegos de las personas atildadas y cultas. Habia uno perdido al juego la mesadita de 30 ó 40 duros que le enviaba su papá; habia estudiado tan poco, que habia salido suspenso y le habian dejado para el cursillo; la hija de la pupilera, ó la pupilera misma, le habia plantado y preferido á otro huésped; en cualquiera de estos casos, ó de otros por el estilo, leer ó hacer versos desesperados á lo Byron, á lo Leopardi ó á lo Espronceda, era un desahogo, con el cual se quedaba sereno el vate ó genio en agraz, y comia luégo con más apetito que nunca. El asunto es mil veces más serio en el dia. La desesperacion no se muestra en jaculatorias y raptos líricos, más ó ménos elegantes y poco metódicos, sino que se deduce de todo un sistema dialéctica y sábiamente construido. Confiese V. que esto es lastimoso. Si el término del

progreso no es la desesperacion momentánea, poética y romántica de un poeta impresionable, sino la desesperacion reducida á reglas y demostrada como una serie de teoremas de Geometría, convenga V. en que debemos maldecir el progreso. Aquí tiene V., pues, las dos cosillas que me afligen. Los dos artículos principales de mi fe filosófica quedan destruidos con la filosofía á la moda: la fe en el optimismo y la fe en el progreso. ¿No sería puerilidad ridícula alegar, como prueba del progreso, el que vamos ahora en ferro-carril ó en tranvía, en vez de ir á pié ó á caballo; el que los retratos en fotografía salen baratos; el que se teje con prontitud y primorosamente por medio de máquinas de vapor, y el que enviamos á decir á escape lo que se nos antoja por medio del telégrafo, si en lo esencial estamos, de un modo sistemático, pertinaz y dialéctico, desesperados y dados á todos los demonios?

Seelenführer.—¿Y por qué ha de ser puerilidad ridícula? ¿Quién, que penetre en lo esencial, cree que el progreso pasa de los accidentes á la esencia? El telégrafo, el vapor, la fotografía, los cañones rayados son, pues, el progreso.

Autor.—Yo entendia, sin embargo, que el

objeto y fin de la filosofía era la bienaventuranza, y el término del progreso la perfeccion del hombre hasta llegar á la bienaventuranza deseada: á su ideal, en el sentido más lato. Así, pues, no puedo convencerme de que caminamos hácia la bienaventuranza, cuando veo que, no sólo estamos desesperados, sino que es tonto probadísimo, hombre ajeno á la filosofía, acéfalo ó microcéfalo insipiente, el que no se desespera.

SEELENFÜHRER.—Esa desesperacion, hoy más vivamente sentida que en otras edades, es la prueba más clara del progreso. Cuando el viandante va acercándose al fin de su jornada pica y da de espuelas á su caballo para acabarla pronto y descansar. Así el progreso, que va caballero en la humanidad, la pica y la espolea para que llegue y se repose cuanto ántes.

AUTOR.—¿Y cuál es la posada á donde el progreso nos lleva?

SEELENFÜHRER.—Nos lleva á la nada; al fin del Universo y de toda la vida; á la extincion del egoismo y al triunfo del amor, que es la muerte. No le quepa á V. la menor duda: la ciencia llegará á poder destruir toda esta pesadilla horrible del Universo, que es lo que nos conviene. En el no sér nos aquietarémos todos y cesará

esta lucha incesante por la vida que traemos ahora, ya valiéndonos de la fuerza, ya de la astucia. ¡Cesará el dolor y se extinguirá el deseo! ¡Qué paz tan hermosa!

Autor.—Guárdesela V. para sí; que yo no la quiero.

Seelenführer.—Pues no hay otro remedio. Para todos vendrá. Es el único fin de nuestros males. La *idea* de Hegel, despues de llegar á su total desenvolvimiento, por medio de mil y mil evoluciones y determinaciones, se replegará sobre sí misma con toda la plenitud del sér, sin algo que la limite y determine, y será el no sér. La esencia de los krausistas se realizará toda, y la realizacion de la esencia será la nada. La *voluntad* de Schopenhauer, este prurito, este amor primogenio, que lo ha sacado todo de sí, como representacion y fantasmagoría, dará fin á la representacion trágica de la vida, y lo volverá á encerrar todo en sí. Miéntras llega este dia dichoso, en que ha de acabar la vida, crea usted que los adelantamientos científicos sirven de mucho para hacerla ménos intolerable.

Autor.—Póngame V. algun caso.

Seelenführer.—Pondré uno ó dos de los más capitales, pero será menester cierta explicacion prévia.

AUTOR.—Pues dé V. la explicacion.

SEELENFÜHRER.—Ya V. sabe que pasó la edad de la fe.

AUTOR.—Sea, pues V. lo asegura.

SEELENFÜHRER.—Los hombres, en esta edad de la razon, no pueden dejarse llevar para sus actos del temor ni de la esperanza de premios ó de castigos ultramundanos. Los hombres son autonómicos. Ellos mismos se imponen las leyes que quieren, las derogan cuando gustan, y se absuelven cuando las infringen. No hay sér superior al hombre, que legisle y juzgue, salvo un fantasma que tal vez crea la conciencia y proyecta fuera de sí, agrandándole, como la figurilla pintada en el vidrio de una linterna mágica se agranda al proyectarse en la pared, á causa de la oscuridad. Traiga V. una luz clara, y la figura grande que habia en la pared desaparece, y sólo queda la figura pequeña dentro de la linterna. Así la proyeccion del fantasma que habia en nuestra mente, y que nos fingiamos en lo exterior, inmenso, infinito, se borra, se desvanece del todo, ante las claras luces del siglo en que vivimos.

AUTOR.—Enhorabuena. ¿Y qué?

SEELENFÜHRER.—Los hombres, pues, no tienen para sus actos sino dos móviles, ó, mejor

dicho, uno solo, que se bifurca: lo que los positivistas ramplones llaman la utilidad. La bifurcacion consiste en que unos buscan la utilidad exclusiva de ellos, y otros, los ménos, la utilidad de todos. Esto no implica mérito ni demérito en el hombre: todo está predeterminado: todo es fatal: todo es obra de esa voluntad inconsciente, de ese prurito que creó el mundo, y que se agita en nosotros y nos impulsa: á unos á la devocion, al sacrificio, negando al individuo por amor al todo; á otros al egoismo, procurando la conservacion, el deleite y el bienestar del individuo, á despecho y tal vez en perjuicio de la totalidad. Nace de aquí que no poca gente de la más ruda, menesterosa y fiera, alentada y capitaneada por espíritus inquietos, trate de subvertirlo todo por envidia ó por codicia, en virtud de teorías que se llaman, por ejemplo, socialismo, comunismo y nihilismo. ¿Cuál es el mejor modo de evitar esto? Aquí de la sabiduría, ha dicho mi docto amigo Ernesto Renan; y ha discurrido un medio, que pronto ofrecerá á los sabios en un libro precioso. Consiste su medio en que los sabios se reunan en corporacion ó cofradía; se comuniquen sus inventos sin que el público los trasluzca, volviendo á la época de las ciencias ocultas y de la magia; y, no bien

chiste la plebe, se alborote ó no los deje en paz, reciba su merecido, produciendo los sabios contra ella, ya un buen terremoto, ya una inundacion ó un diluvio, ya una epidemia, ya un par de volcanes en actividad, ya otra plaga por el estilo. Así llegará al cabo el gobierno de los sabios: todos los que no lo sean nos obedecerán y temblarán, y el mundo estará lo ménos mal posible. Seguirá entre tanto progresando la ciencia, y no bien logremos poseerla del todo, acabarémos este drama del Universo y de la historia con un suicidio colosal, ó mejor expresado, con un *totalicidio* y aniquilamiento de cuanto existe. El otro caso de ventajas que ha de traernos la ciencia es el de dar una nueva religion á la plebe ignorante. La ciencia y la filosofía niegan á Dios; pero los que no son científicos ni filósofos es menester que le tengan. Esto nos conviene. La religion será, pues, nuestra misma filosofía, expuesta, no ya en términos dialécticos y con método, sino en imágenes, símbolos, alegorías y otras figuras retóricas, cada una de las cuales tomará consistencia en la fantasía del vulgo y será una persona divina, un ente mitológico, Dios en suma. Ya varios amigos mios andan por esta manera confeccionando la religion del porvenir. Difícil es la empresa; pero

¿qué no puede la ciencia novísima? Yo creo que acabará por salirse con la suya.

AUTOR.—Y dígame V.: ¿se va ya entreviendo á cuál de las religiones positivas, existentes hasta hoy, se parecerá más la religion del porvenir?

SEELENFÜHRER.—Vaya si se entreve. Se parecerá al budismo.

AUTOR.—Hombre, me alegro. Buen lazo de fraternidad, así que seamos budistas, vamos á tener con más de doscientos millones de ellos que hay en Asia y en Oceanía. Pero me alegro tambien por otra razon.

SEELENFÜHRER.—¿Por cuál?

AUTOR.—Porque estoy escribiendo un diálogo, donde Gopa, la mujer de Buda, es la heroína, y no sé cómo terminarle. Usted, que ya es casi budista, debe de tener vara alta con Gopa. ¿Podrá V. evocarla y hacer que yo hable con ella?

SEELENFÜHRER.—No hay nada más llano. Antes de todo, quiero que sepa V. que yo no soy un espiritista adocenado, sino el más ilustre de los espiritistas. Yo he hecho dar un paso gigantesco al espiritismo. En primer lugar, le he conciliado con mis ideas á lo Schopenhauer. Mi escepticismo, á fuerza de negarlo todo, nada niega.

La misma duda cabe en que V. sea ilusion ó realidad, que en que Gopa, aparecida ahora ante nosotros despues de cerca de veinticinco siglos de muerta, sea realidad ó ilusion. Los puros materialistas son necios. Por medio de combinaciones y operaciones físicas y químicas de lo que llaman materia, y donde sólo ven ó pretenden ver la realidad, se jactan de explicar el espíritu, la voluntad, la inteligencia y el deseo, que ellos creen cualidades ó resultados; y la verdad es que el resultado, tal vez aparente, es la materia, y que de la voluntad y del entendimiento, única cosa real, si hay algo real, es de donde procede todo. Así, pues, no hay fundamento alguno para negar que existan aún la mente y la voluntad individuales de Gopa, aunque los órganos que esta voluntad y esta mente se proporcionaron ó se crearon para su uso, en cierta época dada, hayan desaparecido.

Autor.—De eso no tiene V. que convencerme. Yo creo en la inmortalidad de las almas. Lo que se me hace duro de creer es que ni V. ni nadie las evoque.

Seelenführer.—Yo no trataba de convencer á V. Queria sólo justificarme de haber incurrido en contradiccion. Por lo demas, V. se convencerá de mi poder nigromántico. Gopa aparecerá

y hablará con V. ahora mismo. No en vano me apellidan Seelenführer, que equivale en griego á Psicopompo ó conductor de almas, epíteto dado á Hérmes, tres veces grande, y á otros hábiles taumaturgos de la antigüedad.

Autor.—Y dígame V., ¿por qué *medio* se comunicará Gopa conmigo?

Seelenführer.—Por la perla de los *medios*. Mi *medio* es una paisanita de V., una lozana andaluza, cuyo nombre es Carmela, á quien hallé, cinco años há, extraviada en Homburgo, haciendo sortilegios, que no le salian bien, al rededor de una mesa de treinta y cuarenta. Desde entónces está conmigo y se ha *mediatizado,* ejerciendo la *medianía* de un modo que no tiene nada de *mediano,* y sí mucho de nuevo. Yo embargo magnéticamente su espíritu, y queda su cuerpo como casa deshabitada, donde el espíritu evocado penetra, se infunde, y, valiéndose de los órganos de ella, emite la voz con sus pulmones y garganta, y articula palabras con su boca.

Autor.—Amigo mio, estoy encantado de oirle. Linda invencion la de V. Eso sí que me gusta, y no aquella pesadez de los golpecitos en las mesas y de la escritura despues. Vea yo cuanto ántes á Carmela.

SEELENFÜHRER.—Aguarde V. un momento. (Hace ciertos ademanes y pases con las manos, como quien vierte por ellas diez chorros de fluido magnético.) Ya está Carmela dormida. Ahora evoquemos el espíritu de Gopa para que se infunda en el lindo cuerpo de Carmela. ¡Gopa! ¡Gopa!

(Se abre la puerta que debe de haber en el fondo, y Gopa aparece, toda vestida de blanco, muy guapa moza, aunque algo morena, y con los hermosos, largos y negros cabellos, sueltos por la espalda.)

GOPA.—¿Qué me quieres?

SEELENFÜHRER.—Que respondas á lo que este caballero te pregunte.

GOPA.—¿Qué he de responder? No: yo no quiero responder á nadie. Acabas de herirme, de emponzoñarme el corazon. Hace veinticinco siglos que gozaba yo con el recuerdo de Sidarta, noble, generoso y enamorado. Su último casto beso, el de la noche en que se despidió de mí, estaba en lo íntimo de mi sér como luz celestial que le iluminaba. Todo mi encanto se destruye ahora. Yo no he vuelto á ver á Sidarta. No he vuelto á saber de Sidarta en todo este tiempo. ¿Conseguiria su propósito? me he preguntado á veces. ¿Lograria escaparse de la esfera de la vida y hundirse en el *nirvana?* En el mundo de los espíritus me he encontrado con

muchos espíritus, y nunca con el de Sidarta. He aprendido mil verdades. He conocido el error de Sidarta, pero mi afecto tenía razones para disculparle. En Capilavastu, allá en el centro de la India, seis siglos ántes de que viniese al mundo Nuestro Señor Jesucristo, nada sabiamos de Dios; no alcanzábamos que hubiese un Sér omnipotente, bueno, infinitamente sabio, principio y fin de todas las cosas. Nuestros dioses eran los astros, los elementos, las fuerzas naturales personificadas; dioses ciegos, sin amor y sin inteligencia; sin libertad; esclavos del destino; inferiores á la naturaleza; muy inferiores á toda alma humana. ¿Qué mucho que con este ateismo por deficiencia, con este desconocimiento infantil del Sér supremo, y movido Sidarta de caridad sublime, imaginase su absurda aunque benévola doctrina? Pero en la culta Europa, en el siglo XIX, sabiendo ya cuanto los profetas de Israel han revelado, cuanto han especulado racionalmente los filósofos de Grecia sobre Dios personal, y cuanto nos han enseñado el Evangelio y la ciencia moderna, que de él dimana, es una mala vergüenza hacerse ateos, caer en la desesperacion y retroceder al budismo. Imagina, pues, cuán hondo será mi dolor cuando en tí, que te llamas ahora el doctor Seelenführer,

acabo de reconocer á mi Sidarta, á mi Sakiamúni y á mi Bagavat, porque todos estos nombres te dábamos. Tú no caes en ello; pero no lo dudes: tú fuiste el Buda y quieres volver á serlo. Entónces, como era en sazon oportuna, fuiste un grande hombre; hoy me pareces un charlatan ó un mentecato, y ó te desprecio, ó te abomino. Adios para siempre. Para siempre acabaron ya nuestros amores.

(El espíritu de Gopa abandona, á lo que puede inferirse, el cuerpo de Carmela, que cae por tierra como exánime.)

AUTOR.—¿Qué es esto, amigo Seelenführer? ¿Es verdad ó mentira? Si es burla de Carmela, es burla harto pesada, y si son véras, las véras son más pesadas aún.

SEELENFÜHRER (atolondrado).—¿Si habré sido yo el Buda? ¿Si estaré loco? ¿Si se burlará de mí esta muchacha? (Se acerca á Carmela para levantarla del suelo.) Está fria como el mármol. ¡Qué desmayo tan horrible! ¿Si estará muerta? Carmela, Carmela, vuelve en tí.

CARMELA (volviendo de su desmayo y levantándose.)—¡Ay, Jesus mio!

SEELENFÜHRER.—Muchacha, respóndeme con franqueza. ¿Te has estado burlando de mí? ¿Qué diabluras son las tuyas?

CARMELA.—¿Qué diabluras han de ser sino

las que V. hace conmigo y que al fin han de costarme caras? He tenido una pesadilla feroz; me he caido redonda en el suelo, y estoy segura de que tengo el cuerpo lleno de cardenales.

SEELENFÜHRER.—¿Y no recuerdas nada de lo que has dicho?

CARMELA.—Nada recuerdo. Déjeme V. ahora. Tengo necesidad de descanso.

(Carmela se vá)

AUTOR.—Mi querido Doctor: yo no sé qué pensar de lo que acabo de ver y oir; pero, francamente, todos estos pesimismos, ateismos y espiritismos me parecen malsanos y disparatados.

SEELENFÜHRER.—Ya sabía yo que V. pensaba así. V. es un metafísico superficial, burlon y escéptico, que no sabe lo que se pesca.—Usted es un descreido, anticuado en más de cien años; un discípulo de Voltaire.

AUTOR.—Seré lo que á V. se le antoje. Aunque no he tomado á Voltaire por maestro, Voltaire me divierte, y los pesimistas alemanes me aburren. Voltaire, á pesar del *Cándido,* no era un pesimista radical. Voltaire, en el fondo, era tan optimista como Leibnitz, de quien quiso burlarse. Fácil me sería demostrarlo, si no estuviese de priesa. Y en cuanto al descreimiento,

digo que Voltaire jamas negó con seriedad las más altas y consoladoras verdades, de que son fundamento la existencia de Dios, su justicia, su providencia, y la libertad y responsabilidad del hombre. Me atrevo, por último, á dar por evidente que, si Voltaire hubiera previsto los abominables y desesperados sistemas de estos últimos tiempos, en vez de hacer la guerra al cristianismo, se hubiera hecho amigo de los Padres Jesuitas, hubiera oido una misa diaria, hubiera ayunado una vez por semana, y se hubiera confesado cada mes un par de veces.

SANTA

(EPISODIO DEL MAHABHARATA)

El rey de Anga, Lomapad glorioso,
A un brahman ofendió, no dando en premio
De un sacrificio lo que dar debiera.
Irritados entónces los brahmanes,
Salieron todos de su reino: el humo
Del holocausto al cielo no subia;
Indra negaba la fecunda lluvia,
Y la miseria al pueblo devoraba.
Lomapad, consternado, saber quiso
El parecer de los varones doctos,
Y los llamó á consejo, y preguntóles
Qué medio hallaban de aplacar la ira
Del Dios que lanza el rayo y amontona
En el cielo del agua los raudales.

Mil sentencias se dieron; mas al cabo
El más prudente de los sabios dijo:
—Escucha ¡oh rey! miéntras brahman no haya
Que sacrificio en este suelo ofrezca,
Indra no saciará la sed abriendo
El líquido tesoro de las nubes.
Los brahmanes, movidos del enojo,
Al sacrificio no se prestan. Oye
Para cumplir el venerando rito
Cómo hallar sólo sacerdote puedes.
En la fértil orilla del Kausiki,
En lo esquivo y recóndito del bosque,
Del trato humano léjos, su vivienda
Vinfandák tiene, el hijo de Kasyapa,
Brahman austero y penitente. Vive
En el yermo con él su único hijo,
El piadoso mancebo Risyaringa.
No vió á más hombre que á su padre nunca;
Sólo frutos silvestres, hierbas sólo
Y licor sólo que entre rocas mana,
Alimento le dieron y bebida.
Tan inocente y puro es el mancebo,
Que de lo qué es mujer no tiene idea.
Manda, pues, rey, que una doncella hermosa
Vaya al bosque, le hable, y con hechizos
De amor, cautivo á la ciudad le traiga.
No bien sus piés en tus sedientos campos

La huella estampen, no lo dudes, Indra
Dará propicio el suspirado riego.
Así habló el sabio, y su atinado aviso
Agradó mucho al rey. Dinero y honras
Prometió Lomapad á la doncella
Que hábil trajese al candoroso jóven:
Pero todas miraban con espanto
De Vifandák la maldicion horrible,
Y exclamaban:—¡Oh príncipe! perdona;
No llega á tal extremo nuestra audacia.
En tanto, iban mostrándose tan fieras
La sequía y el hambre, que perdieron
Toda esperanza el rey y sus vasallos,
Cuando Santa, del rey única hija,
Vírgen por su beldad maravillosa,
Modestamente se acercó á su padre
Y así le habló:—Si quieres, padre mio,
Yo he de intentar que venga á nuestra tierra
El jóven que no vió seres humanos.
Con gran contento el rey escuchó á Santa,
Y al instante dispuso que una nave
Se aprestára, de flores y verdura
Cubierta por doquier, como retiro
Feraz de bienhadados penitentes.
Peregrinando en ella con su hija,
Fué contra la corriente del Kausiki
Hasta llegar al prado y á la selva,

Mansion de Vifandák el solitario.
Con discretos consejos de su padre
Para tan ardua empresa apercibida,
Santa desembarcó, y entró en la choza
Do el mancebo por dicha estaba solo.
—Dime, *múni,* le dijo, si te place
La penitencia aquí. ¿Vives alegre
En esta soledad? ¿Tienes en ella
Abundancia de frutos y raices?
—Tengo, contestó el jóven; mas ¿quién eres
Que como llama refulgente luces?
Bebe del agua mia: te suplico
Que mis flores aceptes y mis frutos.
—Allá en mi soledad, replicó Santa,
Al otro lado de los altos montes,
Nacen flores más bellas y olorosas,
Son los frutos más dulces, y es más clara
Y más salubre el agua de las fuentes.
—¡Oh huésped celestial! dijo el mancebo;
Algun sér superior eres sin duda.
Yo me postro á tus plantas y te adoro
Como adorar debemos á los dioses.
—¡Ah, no! tú eres mejor, tú eres perfecto,
Y adorarme no debes: yo rechazo
La no fundada adoracion: permite
Que te dé paz como se da en mi patria.
Cediendo en parte entónces al consejo

Discreto de su padre, y al impulso
Del corazon tambien, Santa la bella
Al cuello del garzon echó los brazos,
Y le dió un beso, y llena de sonrojo
Huyó á la nave do su padre estaba.
Volvió del bosque Vifandák en esto,
Grave, terrible, penitente, todo
Desde los piés á la cabeza hirsuto.
—¡Hijo! exclamó, ¿por qué has holgado, hijo?
Ni partiste la leña, ni atizaste
El fuego, ni lavaste la vajilla,
Ni la vaca cuidaste ni el becerro.
Mudado me pareces. ¿En qué sueñas?
¿Qué cavilas? ¿Sabré lo que ha pasado?
—Un peregrino, respondió el mancebo,
Estuvo por aquí, de negros ojos
Y sonrosada y blanca faz; en trenzas
Los cabellos caian por su espalda;
En sus labios brillaba la sonrisa;
Gentil, gracioso, esbelto era su talle,
Y en suave curva levantado el pecho.
Como canta el *kokila* en la alborada,
Así su voz sonaba en mis oidos,
Y á su andar un aroma yo sentia
Como el del aura en grata primavera.
No quiso de mis frutos, y no quiso
Agua tampoco de mis fuentes: frutos

Más sazonados me ofreció y bebida
De más rico sabor, cuya promesa
Bastó á embriagarme un tanto. Ciñó luégo
Con sus brazos mi cuello el peregrino,
Inclinó hácia la suya mi cabeza,
Tocó en mi boca con su amable boca,
Hizo un susurro pequeñito y blando,
Y por todo mi sér discurrió al punto
Un estremecimiento delicioso.
Por este peregrino en vivas ánsias
Me consumo; do vive vivir quiero;
De que se ha ido el corazon me duele;
Y á hacer la misma penitencia aspiro
Que me enseñó, para endiosar el alma
Más eficaz ¡oh padre! que las tuyas.
Vifandák contestó:—No te confies,
Hijo, en belleza material; á veces
Van los gigantes por el bosque errando,
Y toman bellas formas, con intento
De seducir á los varones píos
Y perturbar su penitente vida.
Para buscar á Santa salió entónces
Vifandák, ciego de furor; y apénas
Hubo salido, penetró de nuevo
La linda moza con furtivos pasos.
La vió el mancebo, trémulo de gozo;
Corrió á ella y le dijo:—No te pares;

Huyamos sin tardanza do tú vives;
No nos halle mi padre cuando vuelva.
Así Santa logró que Risyaringa
La siguiese á la nave. Dió á los vientos
La vela entónces Lomapad, y raudo
Bajó por la corriente del Kausiki.
No bien puso la planta el virtuoso
Mancebo en tierra, cuando abierto el cielo
Vertió torrentes de fecunda lluvia.
El rey, viendo sus votos ya cumplidos,
A Risyaringa desposó con Santa.
Volvió, entre tanto, Vifandák del bosque
A la choza, y al hijo fugitivo
Buscó en balde doquier. Con saña cruda
De Anga á la capital marchó en seguida
Para lanzar su maldicion tremenda.
Con la fatiga á reposar paróse
En medio del camino, y miró en torno,
Y vió praderas de abundantes pastos,
Y ovejas mil y lucios corderillos
Y pastores alegres.—¿Quién os hace
Tan dichosos? les dijo, y respondieron:
—El piadoso mancebo Risyaringa.
Siguió su marcha Vifandák, y hallaba
Paz, opulencia, dicha en todas partes,
Y cada vez que de álguien inquiria
De tanto bien la causa, mil encomios

Escuchaba de nuevo de su hijo.
Aduló con són grato las orejas
Del austero varon tanta alabanza,
Y se entibió su cólera fogosa.
Llegó, por fin, á la ciudad, en donde
Le colmó el rey de honores y mercedes;
Vió feliz como un Dios al hijo amado;
Vió tan gozosa á la gallarda nuera,
Que como luz de amor resplandecia;
Y en torno vió rebaños florecientes,
Y amenos, verdes sotos, y el hartura
Y el deleite por huertos y jardines.
No pudo entónces maldecir: las manos
Elevó hácia los cielos y bendijo.

ÍNDICE

	Páginas.
El pájaro verde	5
Parsondes	57
El bermejino prehistórico ó las salamandras azules	71
Asclepigenia	141
Gopa	149
Santa	211

X chog
2

LS
V162cu
21181
Author Valera, Juan
Title Cuentos y diálogos.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU